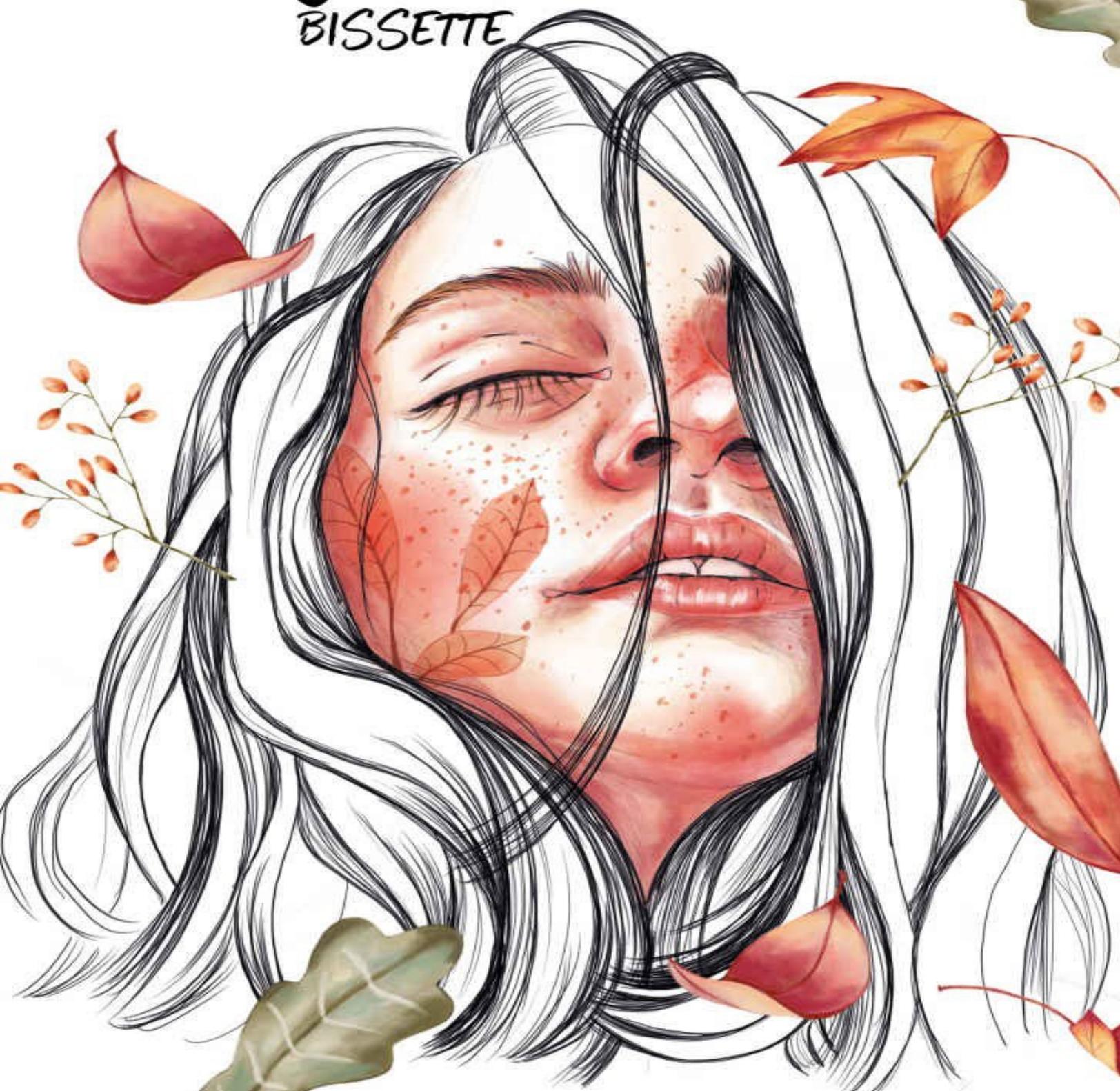


Elijo Sentir

ANNA
BISSETTE



Elijo Sentir
ANNA
BISSETTE

Título: *Elijo sentir*
© 2020, Anna Bissette

De la maquetación: 2020, Romeo Ediciones
Del diseño de la cubierta: 2020, Ropunto ilustración
De la corrección: 2020, Romeo Ediciones

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Elijo sentir

Anna Bissete

Prólogo

—No, no me mires a mí, mira más como... detrás, como si estuvieses observando el horizonte, un atardecer, un barco a lo lejos. —Vaya ocurrencias las mías, si aquí lo más lejos que podría mirar esta pobre chica sería un edificio en la acera de enfrente.

Terminamos la sesión de fotos y empiezo a guardar todo en el maletín que tengo que cargar hasta llegar a casa. Ni tengo coche ni voy a malgastar dinero para ir cómoda en taxi, así que, como siempre, toca ir en metro.

Agradezco enormemente cada trabajo para el que me contratan, porque sé de buena mano que encontrar curro de lo mío en Nueva York no es tarea sencilla. Hay fotógrafos a patadas, y ¡de los que te dejan boquiabierta! Yo todavía necesito más práctica, pero no tengo tiempo. O sí... aunque prefiero ocuparlo en disfrutar de las mil cosas que nos ofrece esta ciudad con mis amigas.

No ha sido fácil. Cuando les dije a mis padres que me mudaba a otra ciudad pusieron el grito en el cielo, porque mis estudios se reducen a un par de cursos de fotografía en la ciudad más cercana a mi pueblo. Y ya cuando les dije que esa otra ciudad a la que me quería ir estaba, no solo fuera de mi país, sino de mi continente..., bueno, eso es otra historia que, de contártela, solo podría describirte gritos, enfados y caras coloradas de rabia, luego lloros, abrazos... Ahora están encantados con cada *e-mail* que les envío resumiendo las fotos semanales que consigo hacer, y con cada llamada y videollamada que hacemos para abrazarnos de forma virtual. ¿Los echo de menos? Sí, un montón, sobre todo el cuidar de mi hermano pequeño, Lucas, ese diablillo que nos trae a todos de cabeza, pero estas llamadas hacen que nos sintamos más cerca. Y espero que algún día me visiten y pueda enseñarles este maravilloso lugar, el lugar donde vivo.

El metro es todo lo que imaginé, aunque con más gente, otro olor, un poco más sucio... He llegado a ver de todo, aunque mejor te cuento lo de aquella violinista que hizo que me emocionara en solo unos segundos, cuando corría para no perder el siguiente metro, pero estas cosas hacen que pares, cierres los ojos y disfrutes de los pequeños momentos. Hasta que pasan por tu lado, soltando alguna grosería en otro idioma o dándote un golpe en el hombro alguien con mucha más prisa que tú.

Esa violinista de la que te hablo es Kate, una de mis amigas de la *city*, como nosotras la llamamos. Kate en realidad es Catalina, otra española como yo que vino a triunfar y a ganar millones para bañarse en billetes de no sé cuántos dólares en la bañera de la *suite* más lujosa del Four Seasons, o de cualquier otro hotel igual de majestuoso, para qué engañarnos.

Te lo cuento todo, con los cascos puestos y sonando *With Me*, de Sum 41. Mientras, vigilo el maletín de la cámara de fotos, con la cazadora vaquera sobre mis piernas. Es primavera y hay contraste de temperaturas, por lo que a veces necesitas incluso pañuelo y chaqueta en algunos lugares, mientras que, en otros, te sobra hasta el hilito del tanga.

¡Me encanta! Adoro vivir aquí, tanto por sus cosas buenas, que son muchas, como por las no tan buenas, y te mentiría si dijese que son pocas.

Por fin, agotada, saco las llaves de la riñonera y abro la puerta de mi pequeño pisito, que comparto con Jess. Ella sí que es de aquí, se quiso independizar y tampoco había mucho donde elegir. Cuando empecé a buscar alojamiento, mientras vivía en un albergue, todo lo que encontraba eran cajas de cerillas con la cama escondida tras un armario, en la parte de arriba del sofá, tipo litera, o con sofá cama. Todo esto por bastante más de lo que podría llegar a pagar.

Hasta que llegué a un anuncio que me parecía falso, con el objetivo de estafar a tontas como yo que buscaban desesperadas algo decente. Pero decidí probar, no perdía nada, y no, resultó que justo había quedado libre hacía una semana, y era precioso. Tenía mucha luz y un balcón en el que podría sacar la cabeza para que me diese el aire, ¡aunque no puro!, ya sabes, y dos habitaciones, ¡dos! ¿Te lo puedes creer?

Mi pisito es precioso, luminoso, con una pared de ladrillos, la cocina pegada al salón, separada por una barra americana, para ahorrar espacio, un baño y dos habitaciones, una para Jess y otra para mí.

Cuando encontré el anuncio y vine a ver el piso, le pedí de rodillas al casero que me lo reservara, que en unos días encontraría un compañero o una compañera para poder compartir el alquiler, que estaba segura de ello. Empapelé todo por donde pasaba, y por fin me llamó ella, una chica decidida, fuerte, valiente, segura de sí misma, un poco seria y quizás hasta borde, pero es su encanto. Ella es Jess y, desde ese momento, nos lo contamos todo, nos hemos vuelto inseparables. Recorreremos la ciudad juntas, ella es mi guía y, a veces, también descubre cosas nuevas de su ciudad, ya que normalmente no iba a esos sitios cuando era una simple habitante y no la compañera de piso de una extranjera perdida como yo.

—Por fin, Lisa. Tía, todo el día para hacer las mismas fotos que me he hecho yo hoy tirada en el sofá viendo *Dexter*. —Sé que lo dice por picarme. Ella valora mi trabajo y me ayuda mucho haciendo de intérprete cuando hay algo que no entiendo bien o alguien con un acento que no consigo captar del todo.

—¿Gracias?, ¡por apoyarme, digo! Y espero que no hayas estado cogiendo ideas de esa serie —le digo en broma.

¡Casa! «*Home sweet home*», suelen decir, y aunque me chifle este lugar y vivir en el barrio de Brooklyn, me falta algo. Veo mi vida perfecta, o casi, vivo en la ciudad de mis sueños, haciendo fotos, que es a lo que siempre quise dedicarme, tengo a Catalina y a Jess, que me apoyan y ayudan en todo lo que pueden, a mi familia a un clic de distancia... pero veo que no avanzo en mi trabajo. Estoy algo así como estancada, siempre el mismo tipo de fotos, de edificios, de personas, y a veces incluso fotos serias porque me contratan empresas para fotografiar su plantilla. Y aunque Nueva York ha sido siempre lo más para mí, no imaginé vivir sin aire, sin campo, sin espacio... y aquí es de lo que menos tengo. Seguiré dando vueltas a todo esto mientras no digo ni mu a mis amigas ni a familia. Me lo guardo para mí.

Bueno, ya es hora de que me presente, ¿no?

Mi nombre es Elisabeth, aunque aquí todos me llaman Lisa. Tengo veinticinco años y me encanta la fotografía, es lo que siempre me ha gustado. De pequeña hacía dibujos y decía que eran fotos que había hecho. Recuerdo la primera cámara que me regalaron, unas navidades. No esperaron ni al Día de Reyes para que así pudiera hacer fotos de lo más especial durante esos días. A partir de entonces, empecé a hacer cursos de fotografía y dejé el instituto, cosa que no gustó nada a mis padres, pero al final me apoyaron porque me veían feliz y haciendo lo que más me gustaba, y porque, si todo eso no salía bien, sabían que podría trabajar en lo que encontrase; no me ha molestado nunca trabajar de cualquier cosa. Siempre he sido más bien independiente, aunque adoro un abrazo a tiempo, una mirada que lo diga todo, carcajadas hasta llorar y silencios cómodos con la compañía correcta.

Quería, por todos los medios, venir a Nueva York, así que busqué y busqué, y por fin me llamaron para concertar una entrevista de trabajo por Skype.

Llegué con el visado de trabajo porque no podía venir sin ningún tipo de permiso y arriesgarme a que me echasen y multasen. Dos días después de hacer la entrevista, lo empezaron a

tramitar todo para entrar a trabajar en el Sky Roof Terrace, un bar que, desde que lo busqué en Google, me pareció un lugar increíble. Se encuentra en el centro de Manhattan, así que yo ya no necesité más para aceptar. Las vistas de su terraza son una pasada, con el río Hudson y el Empire State Building como un fondo espectacular. Todos allí van superarreglados, veía tacones de veinte mil centímetros de altura. Un sitio único que siempre recomiendo a todos aunque ya no trabaje allí.

Me fueron contratando empresas para las fotos de sus empleados, fiestas, celebraciones. Además se fue corriendo la voz de que tampoco cobraba mucho, y me llamaban bailarines, actores, cantantes... para hacerles su *book* profesional. Me he divertido mucho todos estos meses haciendo esto, siete meses de dolor de espalda haciendo fotos, de sonrisas eternas al acabar la jornada y de pasar al ordenador todo el trabajo para empezar a editar. Como hoy, que la actriz a la que fotografiaba ha hecho un gran trabajo con el frío que hacía, todos tiritando de vez en cuando, aun estando en marzo, y ella con un traje de noche, en tirantes, grrrr, y su cara disimulando el frío... Ojalá yo fuese así, y es que siempre se me nota todo lo que pienso.

Durante este tiempo, he hecho muchos contactos, he conocido a mucha gente y he sido feliz, pero ya siento que todo esto de la *city* está llegando a su fin. Necesito hacer otro tipo de fotografía, con más sentimiento, más natural y menos superficial y programado.

Después de reflexionarlo todo muy bien, me voy a aventurar. Esta tarde se lo contaré todo a las chicas. Que sea lo que tenga que ser.

Capítulo 1

Abro el grupo de WhatsApp que tenemos las tres amigas, *Run the world*; así lo nombró Jess y así se quedó.

No le voy a contar la noticia a Jess aunque viva con ella porque no quiero excluir a Kate de todo esto, y porque Jess también está trabajando. Ella es publicista, pero trabaja como secretaria en una de las oficinas de la Torre Hearst. Nunca llegaré a entender lo que hace, es algo así como la ayudante de un publicista que parece ser muy permisivo porque falta cuando le da la gana y acaba cuando le apetece, aunque sí que más de una vez y de dos la he visto llevarse trabajo a casa. Así compensará todo el trabajo que ha perdido faltando, supongo. Es un poco pasota.

Me dispongo a escribir y no sé cómo explicárselo, así que decido mandarles un audio, pero tampoco me salen las palabras. Entonces acabo con ganas de irnos a algún bar a tomar algo juntas, y así les comento en persona. Sí, mejor, mucho mejor.

Yo: Hey, girls, ¿nos vemos esta tarde donde siempre? Os tengo que contar algo importante. Y no, pesadas, no es de chicos. A las seis, ¿os parece bien?

Kate: Vale, allí estaré.

Jess: ¿Tienes que contarnos que te has echado novio? ¡Déjate de rodeos! A las seis allí.

Cuando llego, como era de esperar, soy la primera. Si es que me educaron para llegar tan puntual siempre que diez minutos antes de la hora ya estoy allí plantada. Por suerte no me hacen esperar mucho, solo el tiempo que tardo en pedir en la barra mi bebida preferida y en que me sirvan en la mesa un Long Island Ice Tea. Me apetece una bebida fría, aunque fuera hace bastante aire, y es que con las mantitas que nos dan en este bar se siente una tan a gusto que da igual que bebas frío o caliente.

No tardan en mirarme de arriba abajo, tanto a mí como a mi cóctel.

Nunca he sido ni de bares, ni de alcohol, ni de chicos, ni de fiestas. Pero aquí todo cambió y lo empecé a ver de otra forma, y estas chicas me ayudan a querer salir y a compartir momentos de risas y cotilleos.

—Anda, la mojigata. ¿Vienes a decirnos que te vuelves a España? —Creo que Kate me ha calado. Eso de citarlas yo, que siempre soy la que menos iniciativa tiene, y recibirlas con esto, en vez de con una cervecita con limón o un refresco de cola y ya está, le ha resultado raro.

—¡Pero si solo es un té! Aunque, ¿a que no lo sabíais? El Long Island Ice Tea, aunque su nombre indique «tea», no lleva infusión ni nada de eso, apenas lleva un poco de vodka, ron blanco, ginebra, tequila, limón...

—Hala, hala, ¿te has dejado algún tipo de bebida alcohólica por pedir que echen en ese vaso? Al final te llevamos de vuelta a casa a rastras. Siempre con tus datos que solo a ti te parecen interesantes. —Menos mal que Jess controla a las mil maravillas mi idioma, así me siento mucho más cómoda al no tener que estar traduciendo en mi cabeza todo lo que digo. Y así tampoco parezco tonta cuando me quedo trabada intentando explicar algo.

—Ya has cambiado de tema otra vez, siempre que nos quieres contar algo importante lo haces. —Kate me conoce bien y me lo dice con una mirada de sospecha con sus oscuros ojos rasgados y apoyando su mentón en el dorso de la mano. El pelo lo lleva tan brillante como siempre, largo y ondulado. Nunca tiene tiempo de nada, pero eso sí, el pelo cada día lo tiene a las mil maravillas, si no, no sale de casa para pasar toda la jornada entre mascarillas y tratamientos capilares. Hay

personas que nos preguntan si somos primas o algo, porque no es que nos parezcamos, pero como somos de estatura media tirando a baja las dos, nuestra forma de vestir es muy parecida, tanto que nos prestamos ropa de vez en cuando, tenemos el mismo acento y estamos juntas en otro país, pues eso hace que todos piensen que somos familia. Pero en realidad somos muy diferentes. Ella tiene tanto el pelo como los ojos de un negro azabache precioso, mirada felina por sus ojos rasgados y un cuerpo con curvas que hace que se te vaya la mirada por lo bien que le sientan los pantalones, incluso teniendo tú los mismos de la misma talla, pero en ti no terminan de convencerte.

—Es que, a ver, no sé cómo explicaros esto, pero...

—¡Nos quieres hacer fotos desnudas! —Jess, tan directa y pensando siempre en lo mismo, y con ese tono de voz que, la palabra «desnuda», aun en español, hace que los de las mesas de alrededor, incluido el camarero cañón, se queden mirando.

—¡Dios, qué vergüenza! Que no.

—Pues di, que nos tienes aquí ansiosas —dice Kate, y aunque diga esto, se la ve la mar de tranquila. Acaban de traerles sus Budweiser, una cerveza típica americana, y las veo superrelajadas.

—Dejadme explicaros y lo sabréis. Es que... lo del tema de las fotos aquí no me está llenando mucho, está siendo trabajar para sobrevivir y poco más. Sí, me encanta hacer fotos y el trabajo final que sale, pero quiero más, quiero vivir, disfrutar. Y creo que eso no lo voy a tener aquí. Ya cumplí mi sueño de vivir en la *city* y creo que ha terminado esta etapa de mi vida. —Veo que están como dispersas, o es que no les afecta tanto como a mí o no se lo creen de verdad. Siguen en silencio, miran alrededor, a la gente del bar, hablando entre ellos, a la televisión con videoclips, a los camareros a toda prisa sirviendo, a otro tras la barra agitando lo que será un rico cóctel... pero no, no reaccionan a lo que acabo de decir—. ¡Que me quiero ir, reaccionad!

Pasa un rato cuando, por fin, Jess, la más directa y seria, me responde.

—Lo veíamos venir desde hace tiempo, Lisa. Es normal, quieres irte a seguir haciendo tu trabajo, pero no en esta ciudad, aquí todo es más agobiante, lo sé.

—Te deseamos toda la suerte del mundo, amiga. Te lo mereces —me dice Kate, sincera, encogiéndose de hombros, un poco apenada aunque lo quiera ocultar con una sonrisa con sus finos labios apretados.

—Qué poco afectadas se os ve, creía que me queríais, y yo que tenía una pregunta que haceros... —Por fin se interesan por la noticia—. ¿Queréis venir?

—Sí, sí, sí, ¿cuándo nos vamos? —Ya sí, vuelven a ser ellas, con ojos como platos, unos tan oscuros y otros tan claros, las dos respondiendo con sonrisas de esas que provocan que te duela la mandíbula cuando estás sonriendo de esa forma durante mucho tiempo.

—¿Hará allí frío? Tengo que comprarme una maleta.

—¿Dónde? ¿Has mirado antes en internet si hay tíos buenos?

—Eh, por fin, esas son mis chicas, ya me estaba preocupando. Pero ¿y vuestros trabajos? Me encantaría que vinieseis, pero sé que tenéis vuestras responsabilidades.

—Bueno, si hay metro, a mí me vale, o calle principal por donde pase gente, cualquier sitio es bueno para tocar, ya me las apañaré —me dice Kate guiñándome el ojo. Otra a la que le va bien económicamente, gana bastante con esto, tanto que me quedo sorprendida cuando nos cuenta lo que le van echando en la funda del violín.

—Anda ya, pero si paso más tiempo por ahí en horario de trabajo que en la oficina. ¿Acaso mi jefe notaría que no estoy? Y si lo nota, me da igual, estaba deseando que me despidiese hace mucho. Me aburroooooo. —Jess, como siempre, pasa completamente del trabajo. Tiene dinero para dar y regalar procedente de su abuelo, el general McGillis, que proveía de carne de ganado

bovino a las tropas americanas durante el conflicto de las guerras bananeras a principios del siglo XX, en disputa por los territorios de Centroamérica, desde su extenso rancho de Texas. Nos lo contó una vez para que no estuviésemos preguntando y nos tuviera que mandar a callar. Lo que no imaginaba era que, cada poco, le sacaríamos el tema planeando imaginariamente un viaje al oeste de las películas en busca de sus antepasados.

Jess se levanta rápidamente, es tan alta que ni la miro a la cara si estoy sentada. Tiene un cuerpo de modelo que ya me encantaría a mí. Es la típica rubia de ojos azules, con ondas en el pelo, hechas con alguna plancha o tenacillas, porque tiene un cabello liso como una tabla, pero sabe sacarle la gracia. Sonríe con esos dientes blancos interminables, apretando los brazos para que se fijen más en el escote, y lanza una mirada al camarero dejando billetes encima de la mesa para pagar la cuenta. Siempre quiere encargarse ella y nosotras no ponemos impedimento ninguno.

—Vamos, ya estáis tardando en salir de este bar y correr hacia el piso, no hay tiempo que perder, ¡a hacer la maleta! —lo dice sin haber dejado de mirar al pobre camarero, al que cada vez que venimos no para de lanzarle indirectas; no tiene remedio. Y ahora está alzando la voz intentando que la mire.

Están locas y querrán irse ya, sea donde sea, cuando lo que acabo de proponer tampoco tiene una fecha prevista. No sé si irnos la semana que viene, el mes que viene o dentro de un par de meses, pero si se lo digo a las chicas, ya se emocionan y todo tiene que ser más rápido.

Capítulo 2

Ya han pasado dos semanas desde que di la noticia a las chicas, y hemos estado preparando lo que queremos llevarnos. Listas, listas y más listas, ¡qué cuadrículada! Posibles destinos, cuándo viajar, cómo hacerlo, dónde vivir, dónde buscar trabajo, cuánto dinero nos queda...

Pero, antes de irnos o de decidir siquiera el destino, hemos reservado una semana para nosotras tres, para poder hacer aquí en la ciudad todo lo que nos queda pendiente de hacer y de lo que siempre hemos tenido ganas, las tres, juntas.

Comienza nuestra semana neoyorquina. Con ayuda de Jess y su conocimiento de cada rincón y los miles de apuntes que siempre tomé de series y películas que veía y que rodaban aquí, nos ponemos nuestras mejores galas y nos decidimos a salir.

Ya no hace tanto fresco, y eso de las mejores galas, en mi caso, como siempre, son unos *jeans* y unas zapatillas de deporte. La camiseta, la primera que pillo del armario, una básica blanca pero customizada con perlititas formando las letras «NYC» que me hizo mi madre. Hoy soy la típica turista, y claro, con la cámara al cuello todo el día aún más. Siempre elijo lo mismo excepto para repartir currículums, que escojo algo más arreglado, pero ahora, ¿para qué? Mejor cómoda, comodidad ante todo.

Kate, al ser de mi estilo, va vestida igual que yo, y no me sorprende, aunque con una camiseta negra. Normalmente solemos vestir bastante informal, casual, aunque a mí personalmente me encanta el toque bohemio que añadimos a nuestro vestuario en alguna ocasión especial. Por sorpresa, en la mochila lleva unos zapatitos la mar de monos, pero incomodísimos para mi gusto. Dice que, cuando vaya a hacerse fotos, o me toque a mí hacérselas, se cambiará de zapatos. ¡Qué modelo ella! Pero todas sabemos que no lo hará.

Jess va con un vestido informal, no tan corto como los que suele llevar, muy floreado, y zapatos altos. A ella le da igual hacerle sombra a los más famosos rascacielos de la ciudad. Sabe que es bonita, fuerte, segura de sí misma, y no le da miedo mostrarlo. Es todo lo que siempre quise ser, esa seguridad me deja embobada de pura envidia.

Pasamos todo el día de un lado a otro, yo siempre cámara en mano, y el metro lo pisamos bien poco. O vamos andando o cogemos un taxi, total, Jess se niega a perder el tiempo esperando metros para ir apretados y llegar oliendo a humanidad y despeinadas. Aunque, bueno..., eso de despeinadas... yo siempre ando así, con mi media melena castaña a lo loco, y esto hace que desde siempre se hayan reído de mí, desde pequeña, preguntándome si me había peleado con el peine en casa. Pero a mí me gusta. Es diferente, y lo diferente no tiene por qué ser malo, todo lo contrario. Me siento cómoda, libre, como cuando me da el viento en la cara. Aunque reconozco que sí, a veces parezco un poco loca, ¿y qué?

Nuestra primera parada es, sin duda, donde las tres estuvimos de acuerdo. Teníamos que ir, con gafas de sol, cruasán y café en mano a la 5th Avenue para admirar embobadas los escaparates de *Breakfast at Tiffany's*. Después de unas cuantas fotos posando en la fachada, entramos. Actuamos todo lo modositas que podemos y, mientras el ascensor nos lleva a la planta donde venden lo más económico, la plata, oímos de fondo un *Moon River* que enamora los oídos.

El chico que se ocupa de la seguridad del ascensor no para de mirar de reojo a Jess, y parece que tanto Kate como yo nos damos cuenta. Es alto, fuerte, de piel morena y pelo demasiado corto para adivinar si es liso o rizado. Es muy moreno, de los que dan envidia cuando estás en la playa

y se pasean delante de tus narices, con tu típico blanco nuclear. Entre codazos unas a otras, pataditas por lo bajo y miradas aguantando la risa, es imposible que no se nos note que sabemos que le ha gustado nuestra amiga. Ella descarada le hace un gesto de coqueteo con la cara, y él, con su tono de piel, hace que la sonrisa que se le escapa con la cabeza gacha brille.

Salimos del ascensor y vamos observando todo disimuladamente, pero con detalle, y, uf, ¡qué barbaridad de precios! Yo que había guardado un poco de dinero para poder tener algún recuerdo de aquí... y en estos momentos lo veo impensable. Toda la planta está rodeada de mostradores, cientos de joyas los componen, y de decenas de trabajadoras, todas chicas, lo que hace que nos sorprenda. ¿Un chico no puede trabajar como dependiente?

Decidimos bajar tras la decepción de dar una vuelta por toda la planta mirando cositas brillantes: a Kate y a mí no nos interesa nada y Jess quiere ver de nuevo a aquel chico. Se repite el coqueteo por parte de mi amiga y la profesionalidad del chico no deja que sea correspondida, o al menos lo intenta.

—¡*Ciao*, moreno! —dice alegre Jess, descarada, despidiéndose.

Cuando salimos, entra rápidamente diciendo que tiene que ir al baño. ¿Al baño de Tiffany's? Sí, ¡claro! Te imaginas a lo que va, ¿verdad? Seguro que ha ido directa a aquel chico. Claro, ella no puede perder ni un minuto de su tiempo en ir, plantarle un beso y darle su tarjeta para quedar otro día. Ella es mucho de eso, pero no de dejarnos tiradas por un chico, así que seguro que vuelve en un momento.

—¡Tarda mucho! —Kate se queja poniendo los ojos en blanco y apoyándose en la pared de al lado de la tienda.

Me encojo de hombros y decido ser más paciente, un poco más antes de escribirle.

—Quizás no sea solo un beso —digo, y nos reímos.

—*Bitches*, obviamente no estaríais pensando que os iríais definitivamente de Nueva York sin un recuerdo de esta tienda, ¿no? Anda, tomad, ¡recuerdo de tres! Pero que conste que no soy tan cursi como estáis imaginando. —Jess saca de una bolsita color Tiffany's (porque, para mí, tiene su propio color, tanto que debería tener hasta nombre propio) tres minibolsitas de terciopelo. Las vaciamos en la mano y vemos, con lágrimas en los ojos tanto Kate como yo, que contienen un colgante con dos corazones, uno del característico color y otro en el que pone «*Please return to Tiffany & Co. New York 925*». Rápidamente nos los ponemos.

—No tendrías que haberlo hecho, Jess, es lo más bonito que me llevo de aquí, además de vuestra amistad —le dice Kate emocionada.

—Sí, sí tenía que hacerlo, porque es perfecto. Que esta lo cambia si le dices que no tenía por qué.

—Dejaos de tonterías, anda, solo es un recuerdo, como las pulseritas de la amistad, aunque de otro material y ya está. —Jess intenta quitarle importancia, pero no se imagina lo que esto significa para nosotras.

Estamos un rato en la 5th Avenue recordando escenas de *Sexo en Nueva York*, y vamos caminando hacia Central Park cuando tengo que preguntar algo, no me lo aguanto más.

—Jess, ¿qué pasó con el chico del ascensor? No paraba de mirarte y casi se equivoca de planta al pulsar los botones porque solo estaba centrado en ti.

—Traigo diez tarjetas, ahora me quedan nueve —dice orgullosa de habérsela dado. Es que esta mujer es lo más. Nos hace reír durante un buen rato mientras continuamos con nuestro *tour*.

Vamos llegando donde yo quería, a ellas dos les daba igual. Dentro de Central Park nos paramos en Naumburg Bandshell. Es una especie de media cúpula donde suelen venir diferentes orquestas ofreciendo conciertos gratuitos; uno de los pros de Nueva York, que son muchos. Nos

quedamos maravilladas por el sonido suave del concierto, que hace que Kate esté emocionada, con lágrimas a punto de brotar de sus ojos, y mientras imaginamos, al menos yo, a John Lennon bailar y disfrutar en aquella misma cúpula.

Ha pasado el tiempo superrápido y vamos a comer algo a un *diner*, no muy lejos de donde estábamos: USA Brooklyn Diner. Siempre me ha encantado verlo desde fuera, con sus letreros de neón y colores, enorme, pero nunca había entrado. Ya que hoy es el día de hacer las cosas típicas, vamos hambrientas a por unos *bagels* y compartimos como postre una auténtica tarta de queso con mermelada de fresa, tan auténtica que recordaré este sabor durante mucho tiempo, además de que salimos casi rodando.

Las chicas y yo no paramos de hablar. Hablamos de todo, de nuestros meses juntas en la *city*, de qué nos falta por hacer, de cosas que ya hemos hecho, de museos por visitar, de otros ya visitados y de chicos, de muchos chicos. Que si el hijo de nuestro casero, que si el camarero del bar al que siempre vamos, que si el portero de Tiffany's... y las tres coincidimos en lo mismo. Jess no se cansa, y tanto Kate como yo estamos hartas de tanto chico por aquí y por allá, así que pasamos un poco de todo.

—Os adoro, chicas. No sé qué hubiese sido de mí si no os hubiese conocido —me sincero.

—Bah, tonterías. —Jess tan pasota como siempre, aunque al poner su brazo sobre mi hombro me hace saber que eso es solo una fachada, por dentro es tan blandita y sensible como nosotras dos.

Capítulo 3

Estos días los pasamos recorriendo cada esquina que nos faltaba, que si las escaleras del MET, de la serie *Gossip Girl*; el bar McGee's, de *Cómo conocí a vuestra madre*; la 101 Bedford Street, de *Friends*; monumentos de Central Park; el mítico Empire State Building recordando a Meg Ryan y Tom Hanks... Las fotos que hago son la mayoría *selfies*, también saltando o poniendo caras, y de vez en cuando damos la cámara a algún turista para que aparezcamos las tres en la foto, aunque con miedo de que vaya a salir corriendo.

Son unos días únicos en los que disfrutamos al máximo de todo lo que nos ofrece la ciudad que nunca duerme.

Vamos a Times Square, y en el puesto de TKTS conseguimos entradas para ver en Broadway el musical de *Wicked*. Siempre he sido fan de Dorothy, y es que este musical hace que te quedes de principio a fin boquiabierto. Tiene una magistral puesta en escena, con un vestuario y una escenografía increíbles; disfruté muchísimo. ¡Tienes que verlo! Por algo tiene un premio al mejor musical de Broadway.

Visitamos los edificios más emblemáticos. Subimos a las plantas más altas para tirar besos a la ciudad entera y gritar con los brazos abiertos: «¡Te queremos, Nueva York! ¡Te echaremos de menos!».

Me apena que estos sean mis últimos momentos en la *city*, aunque los estoy disfrutando tanto que solo puedo sonreír.

Lo único que me quedaría por hacer sería patinar sobre hielo en Central Park. Siempre vi imágenes de mucha gente en la pista de patinaje, divirtiéndose, riendo a carcajadas, y aunque yo no tenga ni idea de cómo hacerlo, me hubiese gustado calzarme los patines con cuchillas e ir pasito a pasito agarrada del borde mientras me tiemblan las piernas y seguro que poniendo caras dignas de ser fotografiadas. Pero ya no hay nieve, y lo bueno es que ya tengo excusa para volver.

Acabamos agotadas tirándonos en el sofá de casa, las tres a la vez. El sofá que no echaremos de menos. Un sofá rojo intenso, con botones grandes, antiguo, de una tela que hasta sentía que me exfoliaba la piel. ¡Un horror! Aunque la casa es preciosa, la decoración es un poema. No caben

más colores. Que si sofá rojo, manta verde, algunos cuadros modernos y otros clásicos, cojines de croché... un batiburrillo de estilos.

Nos quedamos dormidas viendo la televisión, aunque sin ver nada en concreto, solo juntas, recordando los últimos momentos.

Capítulo 4

Una semana después, tres días antes de marcharnos, ya tenemos decidido dónde queremos ir. Lo hemos decidido Kate y yo, porque últimamente Jess apenas pasa tiempo en casa. Está todo el día fuera, sorprendentemente, con el mismo chico. Aquel chico del ascensor al que dio su tarjeta tras comprarnos los colgantes de Tiffany's. Ella, que es de ir de flor en flor, parece estar más coladita por él de lo que admite.

Nos lo ha presentado y hemos estado tomando algo los cuatro juntos más de una vez. La primera vez vino por sorpresa al piso mientras Kate y yo estábamos pintándonos las uñas de los pies. Sentimos una vergüenza increíble, pero tiene mucha labia, es abierto y divertido, y desde el primer momento nos habló como si nos conociera de toda la vida. A Jess la mira diferente a como la habían mirado otros chicos, aunque a muchos de ellos ni siquiera los vimos... ¡Ni ella sabe sus nombres!

Ya tranquilas en casa, repasamos todos los preparativos del viaje y la mudanza. Tenemos mapas además del GPS del móvil, así llegaremos sin problemas a nuestro destino. Hemos alquilado un coche que allí cerca entregaremos en el *rent a car* de la compañía, y ya hemos hablado con un pequeño hostel en el que nos vamos a quedar hasta encontrar un alojamiento para las tres.

La maleta y las cajas las tengo casi hechas, al igual que Kate, que las ha traído a casa y ha dejado su minipisito para quedarse en nuestro sofá. Pobre espalda la de Kate estos días.

Las dos tenemos casi todo preparado, pero Jess es una tardona, no hace caso cada vez que se lo recordamos. Ella prefiere abrirse la cerveza, tirarse en una silla o subirse a la barra americana y contarnos cómo ha ido todo con Matt. Sí, el de Tiffany's. Muchas veces tenemos que pararla porque incluso los más íntimos detalles nos los quiere contar.

—¡Eh, para! No hace falta que nos des toda esa información, nos vale con que nos digas que estás feliz.

—¿Qué vais a hacer cuando nos vayamos? Quedan solo unos días, ¿habéis hablado de eso? — Kate le pregunta.

—Pues, chicas, de eso quería hablaros. Y es que Matt entregó mi currículum en la empresa y por lo visto necesitan un publicista urgente porque hay una chica que se dará de baja por maternidad esta semana. Aún no se sabe si es un contrato temporal que puedan alargarme o si solo durará el tiempo que esta chica esté de baja. Ya he conocido al de Recursos Humanos y quiere que empiece en unos días. Además, tengo que reconocer que estoy bastante coladita por él. Me gustaría seguir intentándolo —nos cuenta eso que no queríamos escuchar, que nos duele, que parte el trío de amigas, por lo que no estaremos todo este tiempo juntas, de viaje en una nueva ciudad.

Jess tiene razón, por fin encuentra un trabajo de lo suyo y en el que puede demostrar todo lo que vale. Y también tiene alguien que le gusta, ambos se tratan bien, y ella tiene cara de tontita enamorada cada vez que habla de él, aunque es pronto para decirlo.

No queremos decir nada más, ni convencerla para que se venga con nosotras, ni alegrarnos porque vaya a quedarse con el trabajo y Matt. No queremos, solo lloramos, reímos y nos abrazamos. Vemos películas ñoñas que a Jess le molestan porque, aunque se haga la dura, no es de lágrima muy difícil, y sé que también siente todo lo que estamos sintiendo nosotras. Nos da pena, pero nos alegramos. Sentimientos encontrados.

Al acabar la noche nos prometemos estar en permanente contacto por el grupo *Run the world*, por videollamadas, por Skype y todo lo que haga falta. Además, tampoco vamos a estar tan lejos, puede venir a visitarnos y nosotras volver a la ciudad a recordar viejos tiempos.

Prometemos estar juntas aun estando separadas, porque una amistad que se reforzó al estar lejos de los nuestros no va a ser debilitada por unos cuantos kilómetros.

Estos días los pasamos sin mencionar mucho el viaje cuando estamos en compañía de Jess, aunque es inevitable esconderlo.

Un día llega pronto del trabajo y nos encuentra tiradas en el suelo con mil papeles de las opciones de alojamientos, de casas de alquiler y de pequeños moteles, aunque ya tuviésemos escogido uno, pero era de tres. Suelta su bolso, se quita los zapatos, desabrocha el botón de su pantalón y se tira con nosotras al suelo.

Le da la mano a Kate, me mira, sonrío y suelta:

—Acabo de dejar mi trabajo, me he sentido superliberada y por fin puedo hacer lo que me venga en gana... Hasta el jueves, que empiezo en Tiffany's trajeadita con el color vomitivo que tanto os gusta. Venga, que no sabéis organizaros en condiciones si no estoy yo. ¡Contádmelo todo!

Le contamos dónde hemos decidido irnos, todas las opciones que tenemos de hospedaje y cada detalle ya planeado.

Jess se alegra de vernos contentas disfrutando de todo este previaje, aunque sé que por dentro siente un poco de tristeza de no venir finalmente.

Apostamos por no irnos muy lejos, aunque al principio un par de opciones estaban a unas cuarenta horas en coche, pero lo descartamos por tener más cerca a nuestra amiga. Así que vamos a vivir a solo cinco horas y media de aquí, al norte. La ciudad elegida se llama Steewon Village y se encuentra en el estado de Vermont.

Llevamos estudiados mil planos y vistas millones de fotos del pueblo que nos ha enamorado a las dos. Tiene menos de quince mil habitantes, que es lo que andábamos buscando. Es algo pequeño, no lo más grande que hemos visto nunca, como lo es esta ciudad.

Entre terminar maletas, salidas a tomar algo al bar con las chicas y Matt, papeleo y recados, se nos pasan los últimos días volando. No nos hemos dado cuenta de cómo ha pasado tan rápido hasta la noche anterior, cuando decidimos hacer algo así como una *pijama party*, ¡como si tuviésemos diez años! Esto lo hacemos casi cada semana, pero esta vez va en serio. Nos hacemos manicura y pedicura, comemos palomitas, bebemos, cantamos y bailamos mientras saltamos en el colchón que ponemos en el suelo del salón, vemos una comedia romántica con la que acabamos llorando a moco tendido y terminamos durmiendo casi al amanecer.

Por la mañana nos despierta el horrible timbre de casa, que no para de sonar. Se nos mete el sonido hasta en la sien y odiamos al que hay detrás de la puerta, sea quien sea. Ninguna quiere levantarse y abrir. Hartas de que no pare de insistir, empujamos a Kate para que abra por fin. Ella es a la que menos le cuesta despertarse cada mañana, así que le toca; mientras, nosotras nos quejamos debajo de la manta y decimos groserías del pesado que quiere que nuestro día empiece así.

Al abrir la puerta, aún con los ojos medio cerrados y el pelo enmarañado, se encuentra Matt, que nos trae el desayuno con una sonrisa. Qué amable, pero vaya si ha sido oportuno.

—¡Buenos días, chicas! Hoy es vuestro gran día, y como sabía que ibais a estar flojeando con cosas a medio terminar, he venido a traeros el desayuno y ayudaros.

Nos da a cada una un café en un vaso de cartón, tan caliente que creo que va a derretirse. También trae una bolsa de la que va sacando donuts de colores, repartiéndonos a medida que vamos eligiendo. Yo pido azul; Kate, amarillo, y para Jess el que haya, le da igual.

—¡Oh, están rellenos! Riquísimos, pero sigues siendo un capullo por despertarnos tan pronto. Lo siento, tenía que decirlo.

—De nada —dice encogiéndose de hombros—, y son ya las diez de la mañana. Al final os veo saliendo al anochecer.

No queremos irnos y Matt ya nos ha dicho repetidas veces que nos quedemos. Lo conocemos poco, pero lo poco que hemos podido saber de él nos ha gustado mucho, así que sabemos que nos dejamos aquí a un amigo, aunque nos consuela que estén juntos Jess y él, cuidándose el uno al otro.

Después de remolonear sin querer vestirnos, vamos bajando todos juntos cajas y maletas. Todos en chándal o en mallas. El coche que ha traído Matt de alquiler está hasta arriba, no cabría ni un par de zapatos dentro. Parece que llevemos una vida entera aquí, y es que nos vinimos con una simple maleta que no superaba los veinte kilos, y comprando de todo sin pensar en ahorrar nos volveremos con casi un tráiler lleno de ropa, maquillaje, libros...

Ya está todo dentro y gritamos un «aleluya» al unísono que no estaba planeado y que salió de manera espontánea.

Tenemos que salir pronto, si no, nos pillarán la noche y sin conocer el sitio exacto y sin haber estado con anterioridad allí no creo que sea buena idea. Pero tenemos que pasar la última comida juntas, darnos una tanda de charla buena y besitos de despedida.

Es temprano para comer y pensamos en un último *brunch*, aunque estamos llenas de los donuts del desayuno, así que vamos donde siempre a por un refresco y nada de alcohol, que hay que conducir.

En la puerta del bar, Matt nos dice que tiene que hacer unas llamadas, aunque sabemos que lo hace para dejarnos solas. Ya dentro nos hacemos tantas promesas como futuros planes que llevar a cabo juntas. Lo vamos a cumplir todo, todo, todo. Y tras una hora de delirios mentales pensando en viajes, fiestas y demás, pagamos la cuenta y nos vamos. Bueno, sí, paga Jess, y sorprendentemente ni guiña el ojo al camarero ni le lanza una sonrisa. ¡Esta va en serio!

Vamos hacia el coche y, antes de subir, Matt me sorprende cogiendo mi cámara de fotos. Posamos las tres, abrazadas. Estoy intentando hacer todo lo posible para contener las lágrimas mientras sonreímos, no sabiendo si estoy feliz por emprender una nueva vida o triste por dejar una parte de mí en esta maravillosa ciudad.

—Un último abrazo —ruega Kate.

Yo ya no puedo hablar por el nudo que tengo en la garganta. No quiero llorar porque sé que pronto nos veremos, tampoco nos vamos tan lejos.

—Venga, chicas, no seáis tan ñoñas, ¡que al final os echo a patadas! —Jess quiere hacerse la dura, pero se le nota la voz entrecortada. Estamos las tres a punto de llorar o con lágrimas ya asomando—. Vale, yo también os quiero.

—Te echaremos mucho de menos —me sincero, ya sin importarme esta llorera imposible de controlar.

Ese abrazo fuerte que nos damos en conjunto es lo que necesitábamos para romper en llanto las tres. Nos tocamos el colgante de Tiffany's que nos regaló, sonreímos como podemos y nos decidimos a subir al coche para emprender nuestro viaje. Nos decimos un último adiós con la mano, Matt abraza a Jess y nos saludan desde lejos ya.

Vemos la ciudad a gran distancia de nosotras, emocionadas y con sentimientos encontrados, pero preferimos pasar página y disfrutar de la nueva experiencia que nos espera. ¡Volveremos!

Capítulo 5

Llevamos casi la mitad del recorrido ya hecho y volvemos a turnarnos para conducir, me vuelve a tocar a mí de nuevo. El camino es siempre el mismo, aburrido, sin vistas que recordar. Hay árboles a cada lado de la carretera y todo es de doble carril en ambos sentidos, a veces incluso de tres carriles. No nos gusta conducir a ninguna de las dos, así que nos vamos turnando. No paramos de hablar y planear, de cantar a toda voz como si nos jugáramos una expulsión en *La Voz* o nos fuera a juzgar Risto en *Tú sí que vales*, que menuda nos caería. Actuamos exageradamente mientras cantamos *I Just Came To Say Hello* y decenas de canciones más. Acabamos riendo a carcajadas de los gallos, de lo desafinadas que sonamos y de que, en su mayoría, nos inventamos la letra. Cantamos mal y estamos en tensión por no manchar mientras comemos ganchitos y demás chucherías que compramos antes de salir, porque tener que ponernos a limpiar el coche de arriba abajo antes de entregarlo es una buena faena.

Nunca había hecho un viaje en coche con amigos o con una amiga, como ahora, y está siendo muy divertido.

Hace bastante tiempo que hemos parado a comer y a tomar algo para merendar. Ya estamos cansadas, pero según el mapa falta muy poco para llegar al pueblo.

Cuanto más nos acercamos, más se van estrechando los carriles. Vemos casas de madera casi a pie de carretera, bonitas, grandes, las típicas americanas que antes solo vi en Nueva Jersey. La mayoría blancas, pero también azules, grises, marrones... Tampoco lo distinguimos todo bien, ya que ha anochecido hace poco y está bastante oscuro.

Siguiendo las indicaciones del GPS, llegamos sin pérdida al motel de carretera al que habíamos llamado para reservar habitación. Está alejado del centro del pueblo y decidimos cenar algo de la máquina expendedora y descansar en vez de salir fuera a ver nuestro nuevo destino.

Hay un *parking* enorme y las habitaciones están subiendo unas escaleras, por los largos pasillos al exterior; tal y como lo imaginábamos gracias a las películas. Algo así como el motel de Norma Bates, aunque sin la casa aterrador a lo lejos. Este al menos no da miedo, aunque la luz de la habitación es muy tenue, con moqueta, camas separadas y un leve olor a humedad camuflado con productos de limpieza.

Seguro que nos queda mucho tiempo en este pueblo, así que ya lo visitaremos y lo veremos todo con más tranquilidad. Agotadas pero entusiasmadas de conocer nuestro nuevo destino, hablando sobre cómo deseamos que sea todo, acabamos quedándonos dormidas.

Es de día y el sonido estridente del despertador del móvil de Kate hace que dé casi un salto de la cama.

—¡Buenos días desde nuestro nuevo pueblecito! —Estoy de buen humor y a Kate también se la ve ilusionada.

Nos vestimos con la primera camiseta que encontramos en la maleta y *jeans* (cómodas, como siempre) y salimos a emprender nuestro camino al pueblo en busca de inmobiliarias y con un bloc de notas en mano para ir anotando lugares en los que dejar el currículum con más tranquilidad.

No vemos edificios, todo son casas de madera con tejados en pico, como las que dibujábamos de pequeños, tan bonitas que te hacen sonreír mientras paseas. Calles estrechas, o, al menos, bastante más que en Nueva York. El tráfico es tranquilo, no se ven las calles congestionadas de vehículos que van a toda prisa y que conducen de manera agresiva. ¡Todo lo contrario!

Está todo relajado y se respira aire, no polución, y seguro que se debe a las montañas que se ven de fondo, con numerosos árboles que nos encontramos a nuestro alrededor.

Dentro del pueblo vemos una vida diferente, más relajada y amistosa, pues observamos grupos que se encuentran o se saludan desde la distancia con una sonrisa, algunos se cruzan y se dan la mano, a veces un abrazo. Es lo que buscábamos y hace que nos sintamos aún más dichosas.

Como buenas neoyorquinas, o al menos habitantes de la *city* durante casi un año, desayunamos andando con un café para llevar en mano y cualquier cosa para no tener el estómago vacío toda la mañana. Lo hemos comprado en una cafetería en la que había varias mesas ocupadas; si hay gente será porque es buena, ¿no?

Entramos en la única inmobiliaria que nos indican los lugareños. Es pequeña, bueno, aquí pocas tiendas son grandes; sin embargo, ya en el escaparate vemos muchos anuncios y todos son de casas preciosas, de las que te hacen pensar en las películas que ven las madres los domingos después de comer.

—Contadme, chicas, ¿qué estáis buscando? —nos pregunta el chico, muy amable y cercano, como si nos conociera de toda la vida.

Le contamos lo que tenemos pensado, ya que nos conformamos con algo pequeñito y que no esté alejado del pueblo como para ir caminando. No tenemos grandes requisitos ni expectativas, así que por lo que hemos visto recorriendo algunas calles sé que nos gustará lo que haya.

Nos va enseñando fotos y demás anuncios de casas en alquiler, pero nos dice que casi todas son de contratos para solo unos meses, ya que cuando acabe el buen tiempo y empiece el frío y la nieve, esto estará más concurrido y alquilarán las casas por bastante más dinero a turistas que vienen a esquiar en la montaña.

No queremos quedarnos en una casa tres meses para que después tengamos que buscar otro alojamiento, cosa que quizás no sea tan fácil ni haya tantas opciones como ahora. ¿Te imaginas otra mudanza a los meses de haber hecho una?

—Lo único que podría recomendaros para alojamiento a largo plazo, o al menos más a largo plazo que solo tres meses, es la compra de una casa. Hay varias en el pueblo, aunque si estáis cerradas a compra, hay solo dos en alquiler para larga temporada, una a las afueras, con algún arreglillo que otro por hacer, pero grande y muy bien de precio, y otra en el centro, más cara y pequeña. La de las afueras, por estar no tan cerca del centro ni ser nueva está bastante bien, económicamente hablando —se sincera con nosotras, cosa que no parece tan mala idea después de ver precios y plazos de pagos. Esta última que nos comenta sería como media mensualidad de alquiler en Nueva York. ¡Qué diferencia de una gran ciudad a un pueblo pequeño! Algunas se nos van de presupuesto, y mucho, aunque esta otra parece estar bastante decente y las descripciones suenan ideales.

Nos llevamos dos opciones impresas para pensárnoslo y volver cuando ya decidamos algo, que será después de la comida, porque queremos mudarnos ya.

Damos una vuelta por el pueblo y decidimos ir a comer a un bar en el que también venden ropa. ¡Qué original! Es un sitio con terraza, varias mesas fuera, escaparates mostrando las prendas de vestir y letreros de distintas tipografías. Es muy bonito, aunque todo el pueblo nos lo parece.

Elegimos un sándwich con huevo y patatas y una ensalada, todo para compartir porque ya hemos echado el ojo a esos ricos rollitos de canela que nos llaman desde la vitrina: «¡cómeme, cómeme!».

¡Qué gente tan amable hay por aquí! Los que nos atienden lo hacen sonriendo y dando siempre las gracias, y los grupitos de más o menos nuestra edad nos saludan, sabiendo que somos nuevas en el pueblo. No parece que cada uno vaya a su rollo como en la *city*, y esto me gusta. Seguro que

hacemos amistades muy pronto.

Todo está tan rico como la buena pinta que tiene, y tras los rollitos de canela no podemos evitar pedir un segundo postre. Una *cheesecake* de un sabor exquisito, con fresas naturales, queso suave y cremoso y mermelada recién hecha, una mezcla de sabores que se derriten en tu boca. Nunca había comido nada tan rico. Me gustaría que pudieras olerlo.

Saco los impresos de la inmobiliaria para comparar las dos casas que tenemos por elegir.

—¿Y si nos vamos a otro pueblo donde haya alquileres para más tiempo? Es que eso de tener que comprar o alquilar para trabajar en ponerlo en condiciones... —Kate teme que nos endeudemos o nos tengamos que quedar aquí hasta los restos.

—Pero ya buscamos y rebuscamos todos los pueblos de por aquí cuando estábamos en Brooklyn. Venga, anda, Kate, que si nos echamos atrás... Ya se nos ocurrirá algo, siempre lo hacemos. ¡Es fácil! —intento convencerla porque de verdad veo un futuro en este pueblo. Es de esos en los que piensas para quedarte, no para unos días ni unas vacaciones, sino para trabajar en algo que tampoco te estrese mucho y disfrutar de tu vida tranquila sin complicaciones.

—Bueno, estamos juntas y no voy a dejarte colgada. Esto es muy bonito, lo reconozco. Quizás sí que sea nuestro lugar. —Algo más animada Kate dirige la vista hacia los papeles para que empecemos a sopesar los pros y contras.

—Venga, ¿qué escogerías? Vamos a resumir. Opción A: casa en el centro, una habitación con dos camas, un baño y poco más. Puede ser muy bonita, como todas las casas que vemos en el pueblo: altas, de madera, colores claros y la mayoría blancas, aunque a veces encuentras alguna rosa, amarilla, celeste, roja... pero no compensa por lo que vale. Cuesta tantos dólares como pasos que daríamos desde la segunda opción si vamos al centro andando. Opción B: casa más amplia, tres habitaciones, dos baños y patio delantero y trasero con jardín. Luminosa, con vistas y acceso al lago, entorno tranquilo. Muy barata, aunque alejada, y hay que hacer un par de arreglillos según el de la inmobiliaria.

Le cuento las opciones en voz alta a Kate y las dos nos quedamos pensativas mirando las descripciones. Ambas tienen sus cosas buenas y sus cosas mejorables. Quizás nos convendría más la A, pero adoraría tener patio, aunque está en el centro del pueblo, sin embargo es cara. Claro que la B la tenemos más lejos y hay que arreglar un par de cosas, y aún no sabemos ni cuáles son. Estamos en duda, lo mejor es que nos decidamos cuando las veamos. Seguro que opinas lo mismo que nosotras.

—Volvamos a la inmobiliaria y pidamos que nos lleven a las dos casas para poder decidir. Sin verlas es muy difícil saber cuál es la nuestra. —Kate tiene razón, así que pagamos a medias y volvemos a la inmobiliaria.

Todo está siendo muy rápido, creía que tardaríamos como una semana en poder arreglar el tema alojamiento, pero parece que en un solo día ya vamos a tener decidido algo.

Cuando llegamos a la puerta, nos sorprende un cartel de «vuelvo en diez minutos». Siempre he pensado lo mismo, ¿hace cuánto colgaría este cartel?, ¿serán diez minutos de verdad?

Cuando pasan cinco minutos llega el chico, que se disculpa con nosotras explicándonos que siente mucho habernos hecho perder el tiempo, ya que los dueños de la casa en alquiler del pueblo, la opción A, lo han llamado para decirle que vienen unos familiares que se alojarán allí. Así que tema resuelto, ¿no? Nos quedamos con la opción B forzosamente, aunque contentas porque en nuestro interior es lo que estábamos deseando poder hacer.

El anuncio sonaba a un hogar para decorar a nuestro gusto, para llenarlo de los numerosos recuerdos y anécdotas que nos sucedieran allí. La pega es que tendríamos que hacernos con algún transporte, aunque fuese una bicicleta, para llegar al centro, si es que conseguimos trabajo por

aquí pronto y no en otros pueblos o ciudades cercanas.

Capítulo 6

Unos días más tarde ya habíamos firmado el contrato; no obstante, seguíamos alojadas en el motel, con todas las incomodidades que eso conlleva. Ya devolvimos el coche de alquiler y teníamos a una empresa contratada que nos llevaría nuestras cosas a la nueva casa, aunque esperábamos a que el de la inmobiliaria nos dijese la dirección y quedásemos para que nos enseñara el sitio y nos entregara de llaves. Estábamos deseando poder ir ya a casa a deshacer maletas y cajas y empezar nuestra nueva vida en Steewon Village.

Nos sentíamos tan emocionadas que ni se nos había pasado remotamente por la cabeza el que nos enseñase la casa. ¡Habíamos firmado sin haberla visto siquiera! Pero era la única opción, y teníamos el presentimiento de que iba a ser nuestra casita a las afueras.

Llegamos a la inmobiliaria, nerviosas y casi con las manos vacías porque era la empresa la encargada de llevar todas nuestras pertenencias al lugar donde estaba nuestra casa, cuando les enviáramos ubicación, hoy mismo.

Sale el chico y nos saluda dándonos la mano y disculpándose de nuevo; este chico no para de disculparse cada vez que nos vemos.

—Lo siento de veras, me va a ser imposible acompañaros a la casa, tengo una importante reunión y están a punto de llegar. Aquí tenéis la dirección, un pequeño plano para que no os perdáis y las llaves. No os equivocaráis de sitio porque es la única casa que hay en ese carril. ¡Lo siento mucho! Cualquier problema, no dudéis en llamarme. —Cierra la puerta tras entrar, sin dejarnos un segundo para que pensemos y respondamos.

Ya tenemos las llaves, tenemos la dirección y lo tenemos todo, así que nos lo tomamos con calma y enviamos la ubicación al transportista diciéndole que en media hora estaremos allí.

—Nos da tiempo de tomar un último café siendo unas sintecho —le digo a Kate, y me recorre un escalofrío solo de pensar que pronto llegaremos y que por fin podremos instalarnos.

Ya en el taxi, lo que no sabemos es que en un par de manzanas llegaremos a lo que se convertirá en nuestro hogar.

El taxi para en seco y se gira esperando que paguemos lo que indica en el taxímetro. Lo hacemos y bajamos del coche sonriendo, dando saltitos de alegría. Damos las gracias al taxista y también a los de la empresa que nos han dejado en la entrada nuestras cosas, y nos dejan solas. Estamos tan ilusionadas que no decimos ni una palabra.

Es una casa preciosa, de madera oscura y con tejados de un tono azul intenso, tanto que llenan los ojos de alegría solo con mirarlos. Es más grande de lo que habíamos imaginado. Tiene dos plantas; parecerá que somos ricachonas con una casa enorme. Es la más grande en la que he vivido nunca. Tiene unos enormes y preciosos ventanales blancos por los que vemos entrar los rayos del sol.

—Abre tú, estoy nerviosa —le digo, con manos temblorosas. Siempre me he puesto así en cada momento importante de mi vida.

Abre la puerta, entra y, al taparse la boca sorprendida, entiendo por qué lo ha hecho. Maldita la hora en la que nos fiamos del de la inmobiliaria, que nos dio descripciones y precios y no nos enseñó fotos ni nos trajo a verla antes. Nos aseguró que estaríamos más que encantadas aquí.

Claro que estaremos encantadas, aunque será después de una buena reforma en toda la casa. En nuestra cabeza todo era más bonito y nuevo, pero parece que eso de que «necesita unos

arreglillos» se ha transformado en «tenéis que reformar ya».

Al entrar, vemos una habitación diáfana. La planta baja es una sola, sin estar dividida por muros, a excepción del baño. Está lleno de escombros y polvo por todos lados, es difícil distinguir el color de los muebles. El sofá está roto y hasta ha crecido hierba en el suelo entre los tablones de madera.

Si lo miro con otros ojos, veo la casa de mis sueños, porque es todo amplio, con una distribución de muebles perfecta. En la entrada a la izquierda, hay un sofá y una butaca, antigua, única. En el centro de estos, una mesa blanca despintada de madera maciza, aunque se ve que después de un buen lavado de cara estará en buen estado, y otra butaca al otro lado del sofá, algo más pequeña; piezas de colección para los amantes de la decoración rústica. Hay también dos pequeñas mesitas de noche a los lados, con las lámparas. Al fondo, la chimenea, y justo antes de llegar a ella, pegada a la pared entre dos grandes ventanales, una estantería que hace las veces de biblioteca, repleta de libros antiguos llenos de polvo y telarañas. La chimenea de piedra oscura es majestuosa, decorada con decenas de velas a su alrededor. A la derecha de la entrada, la cocina, con su encimera en forma de ele, y lo que me llama la atención es esa nevera blanca, no muy alta, de modelo antiguo, pero que al abrir vemos que funciona perfectamente. Los muebles de la cocina son oscuros, con pomos plateados simples que resaltan, o resaltarán cuando estén limpios, con tanta oscuridad.

Hay un pequeño baño pasando la cocina, escondido, muy básico, y el inconveniente es que también suena un goteo provocado por una pérdida de agua.

Tanto el suelo como las paredes de la casa son de madera, y la encimera, de un mármol vetado que da grandiosidad a la cocina. Los techos no son rectos, sino que van creciendo a medida que avanzas en el salón, y luego vuelven a bajar, acabando a la misma altura que en la entrada al llegar a la chimenea, alternando vigas y escayola. Y ventanas, ventanas por todas partes, es una maravilla, y lo será aún más después de todo el cambio que tenemos que hacer aquí.

A la chimenea le faltan trozos, no sé si será muy seguro encenderla en este estado; además, ya toda la estancia huele a humo. Hay puertas de muebles de la cocina descolgadas, algunas láminas de la madera del suelo rotas, astilladas, y aún no hemos visto la parte de arriba, que es la que tiene las dos habitaciones y el baño.

Tenemos mucho trabajo por delante, pero sé que vamos a conseguir que sea nuestro hogar.

Menos mal que yo siempre leo la letra pequeña del contrato, y ponía que en cualquier momento de nuestra estancia podríamos exigir una opción a compra, descontando un porcentaje de lo ya pagado como alquiler. Al fin y al cabo, veníamos para quedarnos una buena temporada, y quién sabe si ese tiempo era más de unos cuantos años y nos compensaba comprar en vez de alquilar después de tanto arreglo. Creo que me estoy precipitando en todo esto, y es que en vez de estar enfadada por cómo está la casa, estoy ilusionada. Podremos hacer todo a nuestro gusto, y es un entorno de ensueño: árboles alrededor de casa, un pequeño camino de tierra en lugar de carretera y el lago que veíamos en tantas fotos, maravilladas, ahí estaba. Es como si estuviésemos en mitad del bosque, a cientos de kilómetros de alguna ciudad, pero no, tampoco hay tanto que recorrer hasta llegar al pueblo; unos cinco minutos hemos tardado en venir en taxi.

Capítulo 7

Llevamos días de reforma y de entrega de currículums.

La reforma la estamos haciendo con una empresa del pueblo que nos permite pagar poco a poco, afortunadamente. Los chicos son muy atentos, no solo para que todo quede como realmente queremos, sino para que no nos falte de nada. Nos dicen dónde comprar cada cosa para que nos salga por menos dinero, dónde ir para ahorrarnos papeleos, nos dan consejos de qué lugares visitar, de qué hacer por aquí... y estamos entablando una bonita amistad, sobre todo Kate con uno de ellos, James, que parece que pasa más tiempo hablando con ella que trabajando. Aunque a los demás esto no parece importarles mucho, hacen sus tareas y, cuando acaban, pasan un buen rato en casa, fuera, en el enorme jardín que hay en el patio trasero, o en la escalera grande de madera que lleva a la parte de abajo del jardín, donde está el lago. A este patio se puede llegar desde dentro de casa, mediante una puerta trasera o bordeando la casa por fuera. Tomamos algo y, cuando empieza a anochecer, se marchan a casa para al día siguiente seguir con la tarea.

—¡Hasta mañana, chicas! Y mañana por la noche os llevamos a un bar, no os olvidéis. —Están insistiéndonos, haciendo planes desde el primer día. Al principio nosotras nos negábamos, pero como ya estamos cogiendo más confianza con ellos, hemos aceptado ir, aunque solo un ratito.

Son tres, todos saben lo mismo porque se van dando instrucciones cada uno, y lo hacen tal y como se dicen, sin pedir permiso, ayuda o consejo al otro, sino que trabajan codo con codo y al mismo ritmo. Los tres son más o menos de nuestra edad. Está James, que es el que le hace ojitos a Kate; es alto, fuerte, con ojos grandes y oscuros y de media melena morena siempre atada en una coleta. Y los hermanos Count, que son igualitos, aunque ellos digan que no se parecen ni en el apellido casi. Son todos muy majos, nos cuentan anécdotas y tradiciones del pueblo. Ya hemos cedido a salir mañana y ya nos irán enseñando más sitios otros días.

Al día siguiente madrugamos, dejamos a los chicos trabajar tranquilos y sin distracciones de ningún tipo, sobre todo del tipo chica morena de ojos rasgados y bonita sonrisa llamada Kate. No estaremos en casa porque tienen que estar con parte del suelo del salón, y es un peligro que estemos las dos de aquí para allá; así que ellos se encargan.

Salimos a llevar más currículums y a comprar unos platos que faltan en casa y un par de cosillas básicas de decoración, sin gastar mucho. Nos han dejado casi de todo para entrar a vivir directamente, pero nos faltan algunos imprescindibles.

Hemos llevado currículums a prácticamente todos los bares, a las poquitas tiendas de ropa que hay, al supermercado, a los hoteles... Sin embargo, no parece que lleguemos a convencer a ninguna empresa. Como esto siga así, vamos a tener que ir a alguna ciudad cercana a intentar encontrar trabajo allí, aunque sea más difícil estar desplazándonos cada día.

Entramos en una tienda maravillosa, con un reguero de flores en la entrada y un aroma suave y delicado que te anima a pasar dentro. En la fachada, preside una bandera americana ondeando. Es de menaje para el hogar, de decoración, de utensilios de cocina, de pequeños electrodomésticos de colores pastel, y todo floreado... Muchas tonterías, pero es todo precioso, aunque son tonterías para nosotras al menos ahora, que no podemos gastar en estas cosas, sino en lo básico, y aunque más barato, también más feo. Porque se comerá igual en un plato blanco que en uno rosa pastel con flores, ¿no?

Allí la dependienta nos atiende de forma superamable. Se muestra alegre y vivaracha, con más

ganas de conocernos que de vendernos algo. Ella es de melena larga ondulada y ojos oscuros y va vestida a juego con la tienda con un vestido rosa palo con pequeñas florecitas en morado. Se nos acerca y nos pregunta:

—Nunca os había visto por aquí, ¿sois nuevas o tenéis familia en Steewon Village? Si no es mucha indiscreción —nos pregunta con curiosidad.

—Hemos venido hace unos días para probar suerte, pero parece que no nos está acompañando mucho. Tenemos la casa del tejado azul, cerca del lago. Estamos buscando trabajo, y por más que insistimos en todos los sitios que vemos, no encontramos. ¿Por casualidad no necesitarás una ayudita por aquí? Yo soy fotógrafa y ella música, aunque nos da igual en qué trabajar —le digo ya desesperada.

—Ssssh, Lisa. —Kate a mi lado me da disimuladamente con el codo, muerta de vergüenza, y me susurra mandándome a callar en tono reprimenda.

—La verdad es que no —dice riéndose—. Si queréis, venid esta noche a Porter's Pub, es un bar irlandés que se anima mucho por las noches. Allí os puedo presentar a algunas personas a ver si os pueden ayudar en vuestra búsqueda de empleo. Creo que tengo algo en mente que os podría servir.

—Hemos quedado con los chicos que están haciendo nuestra reforma, pero les propondremos ir allí y así nos vemos. Muchas gracias por ayudarnos... hum... ¿tu nombre era? —le pregunto descarada. Tengo que olvidarme de la vergüenza si queremos conseguir algo en este pueblo.

—Rachel, y nada, estamos para ayudar.

Nos presentamos las dos, pagamos lo que compramos, nada de flores ni colores bonitos por el momento, y nos despedimos hasta la noche.

—Qué gente tan afectuosa nos estamos encontrando por aquí, esperemos que siga igual y no nos llevemos ningún chasco. —Kate tampoco olvida la parte negativa.

¡Estamos listas! Nunca hemos sido muy tardonas en lo que a arreglarnos se refiere. Las dos estamos vestidas con *jeans* y una camiseta casi arregladita. Eso sí, lo de «antes muerta que sencilla» no es para nosotras. Kate con manolinas y yo con mis Converse de color rojo, y ya estamos. Nos alborotamos un poco el pelo y nos ponemos colorete, máscara de pestañas y algo de brillo de labios y ya estamos saliendo de casa para ir a donde hemos quedado con James y los hermanos Count. Lo siento, ni me acuerdo de sus nombres ni logro distinguirlos por mucho que me expliquen sus claras diferencias, aunque yo no las vea así.

—¡¿Guau, chicos, cómo os arregláis tanto?! Después dicen que si las mujeres, ¿eh? No hay más que vernos a los cinco —dice Kate sorprendida, y yo también, por supuesto, de cuán elegantes van ellos, con sus camisas y sus pantalones y repeinados, y nosotras en plan paseo por el puerto una tarde de primavera.

Les explicamos lo que hablamos con Rachel y nos dicen que allí mismo es donde tenían pensado llevarnos, así que dos en uno, perfecto.

El bar está lleno, hay bastante gente y también ruido, aunque no es muy molesto. Algunos están sentados por grupos en las mesas, otros con su vaso en la mano bailando o hablando entre ellos. Es todo de madera, con decoraciones de tréboles verdes, guirnaldas y demás detalles irlandeses. Nos acercamos a la barra y pedimos, dejándonos aconsejar por James, que insiste en que nos gustará.

Nos atiende el camarero, que es un clon de Jess, pero en chico; es el típico que te imaginas cuando te dicen que es inglés o americano: rubio, ojos azules, alto... Cuando nos sirven, nos reparten unas jarras, que cogen entre los hermanos Count, y vamos a una mesa. Aunque el bar esté lleno, no es difícil encontrar un sitio donde sentarse, además hay sitio para estar dentro o en la

terraza de la parte de atrás.

—Es una cerveza artesanal que fabrican aquí en el pueblo, ¡es imposible que no os guste! Lo autóctono de Steewon Village os tiene que gustar sí o sí, probad, irresistible. —James con su picaresca lanza una mirada a Kate. No lo dice por la cerveza, obviamente tiene doble sentido y ella lo sabe y le sonrío de forma inocente.

Tras probar la cerveza, sintiéndolo mucho, no puedo poner buena cara, como cuando chupas un limón o pruebas una chuchería con picapica, ¿a que no puedes disimular que es amargo o que te pica? Igual me pasa a mí con la mayoría de las cervezas.

—Anda, ya no soy la única a la que no le gusta. Mira que te lo digo, James, no tiene que gustar a todos, eres un exagerado —dice Rachel, que justo ha aparecido a nuestro lado con otra jarra que contiene una bebida de color morado.

—Eso tiene buena pinta, sea lo que sea, ¿me acompañas a pedir una? Lo siento, chicos, ahora vuelvo —me disculpo sobre todo con Kate, ya que la dejaré sola con James, pues los hermanos Count se han encontrado con alguien y están de espaldas a la mesa hablando con ellos.

—Sin problema, cuidaré bien de James. —Kate se adelanta a la frase que seguro él iba a decir. James, sorprendido, sonrío y se acomoda.

Rachel me coge de la mano para llegar a la barra sin separarnos, como si nos conociéramos desde hace meses y tuviésemos ya confianza. Me sonrío cuando llegamos y se sube de un saltito a una de las sillas altas acolchadas con cuero sintético verde oscuro. Ríe dulcemente y llama al camarero con solo levantar la mano un poco. Hay mucha gente y todos piden o quieren hacerlo, en cambio ella, que acaba de llegar, con un pequeño gesto llama la atención del trabajador, que ya está justo delante de nosotras escuchando lo que queremos pedirle. No sé cómo se llama la bebida, pero, tras probarla, ha dado en el clavo. Sabe dulce, como a frutos del bosque, mora, frambuesa... y también tiene el característico sabor a bebida alcohólica, aunque suave. Sí, me gusta.

Suena *Are You Gonna Be My Girl* de Jet, y ella, como loca, se baja del alto taburete para ir al centro a bailar, dejándose llevar. Cierra los ojos, abre un poco los brazos, poniéndolos sobre su cabeza tanto como la gente le permite, con pequeños brincos y cantando tan fuerte que podemos todos oírla pese al alto nivel de la música. Está disfrutando, y nadie puede impedirle que lo haga. Hasta que, de repente, la para un chico. Sorprendentemente, pese a todos esos saltos, no se le ha derramado ni una gota de la dulce bebida que lleva.

Se sobresalta y se abrazan. Le da un beso en la mejilla y un pequeño tirón de pelo sacándole la lengua.

—¡Este es mi chico! —le dice a él mismo.

Será su novio, supongo, por lo que le ha dicho y porque están muy cerca y se dicen cosas al oído. Llevan un rato y a mí ya me está empezando a dar corte estar ahí, de sujetavelas. ¿Me voy disimuladamente a la mesa con Kate? ¿Qué estará haciendo? Giro la cabeza buscándola y no consigo dar con ella. No creo que se haya ido sin mí.

Me sorprende Rachel con un toquecito en el hombro para presentarme a su chico. Está gritando, aunque puedo oírla perfectamente a la distancia a la que se encuentra de mí.

—Lisa, te presento a Tyler, es uno de los chicos que te dije que te tenía que presentar, por si pudiese ayudarte en tu problemilla. —Me guiña el ojo acentuando eso de «problemilla». A ver qué va a pensar el pobre chico este.

Estoy distraída pensando en dónde se habrá metido Kate, o es que me estoy situando tan mal que no recuerdo dónde estaba nuestra mesa. ¡Vaya sentido de la orientación tengo!

Me despierta de mi distracción un «¡LISA!» a voces de Rachel para que espabile y diga algo.

Miro hacia delante, me topo con Rachel y, a su lado, están esos grandes ojos color aguamarina con una mezcla de ámbar en el centro que hace que esté más distraída todavía. Es alto, moreno y con una barba que empieza a asomar, dándole un toque sexi. Tiene complexión atlética, aunque no de forma exagerada, una nariz perfecta y una mirada fija y penetrante a la vez que dulce.

Al verlo, me quedo inmóvil, sin poder articular palabra. El tal Tyler me tiende la mano, sonriéndome, con esa sonrisa que paso de comentar. En serio que paso, no quiero ni que me insistas, porque no voy a decirte que tenía una sonrisa aún más dulce que la chica que estaba a su lado, con labios carnosos y perfilados y un tierno hoyuelo en la barbilla. Casi se me olvida hasta respirar. No quiero ni mirar de la vergüenza que siento ahora mismo, con eso te lo digo todo. Estoy haciendo la idiota, pero afortunadamente suena mi móvil, el cual tengo justo en la mano. Miro y, sorpresa, ¡es Jess! Una videollamada, qué alegría, y justo a tiempo, menos mal.

—¡Jess! —digo casi gritando, y salgo corriendo, buscando a Kate.

Apenas hemos hablado desde que nos fuimos de Nueva York y ya echo de menos esas conversaciones juntas llenas de risas e ironías por parte de mi rubita.

Respondo a la llamada dando voces debido al ruido que hay en el bar. Le pido a Jess que espere un momento mientras encuentro a Kate, pero no doy con ella, hasta que veo a los hermanos Count, que me señalan desde lejos hacia la puerta. Allí está ella, con James de la mano, hablando sin más, y yo, sintiéndolo mucho, voy a estropear ese momento. Y eso es exactamente lo que hago, llevo ilusionada gritando: «¡Es Jess!». Entonces empezamos a hablar por videollamada, no a tres como nos prometimos antes de irnos de la ciudad, sino a dos, pero apareciendo en la llamada más de cinco personas. Reímos mucho, le presentamos a los tres chicos que nos ayudan a arreglar nuestra casita y le contamos de todo. Ya cuando acabamos, decido entrar y buscar a Rachel y a su chico, aunque ya no los consigo volver a ver y tampoco tengo cómo llamarles. Se habrán marchado, supongo. Le debería haber pedido el número de teléfono porque si dijo que me iba a ayudar con el tema trabajo... Bueno, al menos ya no tendré que pasar la vergüenza de estar con él y ella juntos y hacer una minientrevista de trabajo rogándole algún puesto mientras tomamos una copa en un *pub*.

Capítulo 8

Siguen sin llamarme de ningún sitio y han pasado ya dos días desde la salida al bar. Kate ha empezado hoy a trabajar dando clases de solfeo y piano al primo pequeño de James y a su amigo del colegio. Al menos ya podrá cubrir algunos gastos, y seguro que con su forma de dar clases se animan más pequeños a aprender a tocar algún instrumento.

No necesitamos comprar mucho más para casa; aun así, voy a ir a la tienda de Rachel para disimular y comprar unas fundas de cojines, una alfombra pequeña o unas cortinas, algo básico sin ser muy recargado. Así, de paso, le pregunto lo del trabajo. Además, también voy para disculparme por desaparecer así cuando me presentó a su chico para poder ayudarme. Ese chico tan... en fin, que no quiero seguir pensando en él.

Estoy terminando de desayunar en el patio, en una mesa tipo picnic de las que tienen el asiento alargado unido a la mesa. Al otro lado del jardín, también hay unas sillas dispuestas en círculo, en cuyo centro hay una especie de redondel de piedra para encender pequeñas hogueras. Ya nos imagino ahí sentados por las noches, quemando con palos nubecitas de algodón, de esos dulces color rosa que saben a puro azúcar, pero sientan de gloria estando quemados en un fuego.

Se respira paz. Miro el lago, los árboles y las flores; hay árboles enormes a los lados de las casas, pero, aunque hay varias, no se oye nada de ninguna de ellas. Hay algunos patos fuera del agua que van en fila india y otros en el agua nadando tranquilamente. Está todo coloreado con sutiles pétalos que hacen elegante el paisaje. No está recargado. Parece obra de un pintor. Apoyo la barbilla en mi mano y respiro con los ojos cerrados. Solo oigo la brisa, el piar de los pájaros, las hojas de los árboles moverse por el suave viento que las empuja... hasta que me sobresalto con un:

—¡Hola! Perdona, no quería asustarte. —Es Rachel, ¿cómo no la he podido oír?

—Lo siento, perdóname tú a mí, no quise irme aquella noche así, tan rápido. Es que no encontraba a Kate, me llamó nuestra amiga... —intento disculparme, pero ella me sonrío diciendo que no pasa nada.

Le ofrezco un zumo de naranja y nos lo tomamos relajadas. Aún falta para que abra la tienda, así que puede quedarse un rato más por aquí haciéndome compañía. Kate está con James en el colegio hablando con el director, por si hubiese alguna vacante de profesora de música.

—Sé que me repito, y es que lo siento de veras, no quise ser tan maleducada con tu novio, y menos porque querías ayudarme.

Rachel se echa a reír, una risa descontrolada que yo no llego a entender. Tampoco he dicho nada raro para que reaccione así. Tiene una risa tan contagiosa que empezamos a reír las dos, aunque yo sin motivo alguno, creo.

—Venga, vente de nuevo esta tarde y hablamos. En el mismo lugar, pero un poco antes. Hoy no habrá tanta gente y podremos hablar tranquilos. Le digo a Tyler que se venga y habláis. Porque... me dijiste que eras fotógrafa, ¿no?

Asiento, ya nerviosa por lo que tenga pensado, pero estoy decidida. Si quiere ayudarme, yo estoy dispuesta a dejarme ser ayudada. Lo necesito. Y también necesito superar esta inseguridad y vergüenza que pueden conmigo en la mayoría de las situaciones.

Kate ha decidido quedarse en casa, tranquila viendo una película, y, según ella, sola.

—¿Sola? Sí, claro, y sin distracciones —bromeo porque hasta ella sabe que no será así. Ni

sola ni sin distracciones. Seguro que se presenta James.

Ya tenemos televisión en casa, aunque apenas la veamos. Nos hemos comprado un sofá en una tienda de segunda mano, color *beige*, y le hemos puesto una funda del mismo color. Lo hemos llenado también de cojines con motivos indios y florales. Las butacas al final las restauramos entre Kate y yo, y han quedado superbonitas, aportan una decoración única a nuestro salón. Además, ya que el sofá es *beige* y la mesa blanca despintada, como si estuviera gastada, las butacas las hemos comprado de un marrón oscuro casi negro, con una pequeña manta en una y una alfombra en la otra, que hacen las veces de cobertor y de adorno.

La parte de arriba de la casa ya estaba casi perfecta. Sucia, nada más, pero ni en mal estado los suelos ni los muebles. La distribución de los muebles es ideal, tanto la cama, con un cabecero de hierro color plateado, como la cómoda a su lado, con un espejo sobre ella y una mesita de noche de estilo boho chic; está todo muy bien decorado, tenía buen gusto el anterior inquilino o propietario. Es rústico, aunque con un delicado toque romántico, así que solo son necesarias unas colchas blancas o *beige* para dar claridad a la estancia, y no hace falta mucho más.

Las paredes tienen un papel pintado sorprendentemente en buen estado, es de color rosa palo tan claro que se acerca al blanco y con unas pequeñas flores de un tono más oscuro. Los pasillos de la planta de arriba no están nada decorados, no hay ni cuadros ni muebles, solo una larga alfombra color marrón, y así lo dejaremos, despejado, ya habrá tiempo de poner algo. Las puertas son blancas, aunque con un lijado que deja entrever el color madera que había debajo de la pintura. Mi habitación y la de Kate son prácticamente iguales, y la de invitados, además de tener la cama, una cómoda y una mesita de noche, también tiene un pequeño sofá cama por si vienen varias personas, así hay sitio de sobra para todos los que vengan.

Estoy en la puerta del Porter's Pub y estoy decidida a entrar. Tras un intento de relajarme, empujo la puerta y paso dentro. No está muy lleno, apenas hay gente si lo comparamos con la otra noche, que era de locos. Aun así, no los encuentro por más que miro y remiro. Llego pronto, no había caído en la cuenta de mis diez minutos de cortesía, así que salgo por la otra puerta, que es la terraza donde se encuentran las mesas, para ir cogiendo sitio.

Suena *Legend*, de The Score, a un volumen más que aceptable para poder hablar tranquilamente. ¡Adoro la música! A lo lejos veo al novio de Rachel, pero intento disimular haciendo como que no lo he visto. Vuelve a tomar el control la quisquillosa vergüenza antes que Lisa, ¡qué rabia! Veo de reojo que se levanta, alza su brazo saludando y, no gritando, pero en un tono para que yo pueda enterarme, me llama por mi nombre.

«ELISABETH»... Nunca supe cómo sonaba mi nombre pronunciado por una voz tan exquisitamente dulce. ¡Buah, pero qué ñoña! Soy una tonta pensando en un chico así siendo el novio de otra. Tampoco es para tanto, vamos. Y menos con esa gorra que le queda de fábula, los vaqueros de la talla exacta para enseñar lo que quieren ver las otras chicas (yo no), y esa camiseta blanca ajustada...

—¿Elisabeth? Si no recuerdo mal es ese tu nombre, ¿no? —Venga, Lisa, tú puedes, por supuesto que puedes, va a ayudarte a conseguir trabajo, según su chica.

—Sí... hum... Bueno, todos me llaman Lisa. ¡Hola! —Mi tic nervioso aparece, no dejo de enrollarme un mechón de pelo entre los dedos; esto es algo que siempre hago de manera automática cuando en alguna situación me superan los nervios. Quiero matar esta inseguridad que va ganando terreno—. No me acuerdo de tu nombre, ¿eras...? —Espero respuesta por su parte, pero, claro, ¿no iba a recordar su nombre? ¿A quién quería engañar?

—Soy Tyler. Encantado, Elisabeth. —Oh, no, vuelve a sonreír y yo ya no sé qué decir, qué hacer ni dónde mirar. Esto es una tortura. Le devuelvo la sonrisa intentando parecer tranquila y

sigo jugueteando con el mechón de pelo. ¡Qué manía tengo de hacer eso cada vez que me pongo nerviosa!

—Puedes llamarme Lisa.

Llega corriendo Rachel, interrumpiendo, faltándole el aire. Afortunadamente, no me ha dado tiempo a decidir en mi mente si le daba la mano a Tyler o qué hacía. Rachel se disculpa por haber llegado la última, porque tarde no ha sido. Una pareja muy puntual, me gusta. Aunque es obvio que no es lo único que me gusta. Yo que decía que «chicos no, por favor», y vuelvo a babear por uno que, además, está pillado.

Le da un beso en la mejilla y a mí un abrazo. Ella toma las riendas de la conversación, es la que dice que nos sentemos, la que llama al camarero y la que empieza a hablar.

—¿Ya la has contratado? —le pregunta Rachel.

—No hemos podido hablar aún. Elisabeth, cuéntame, ¿qué estás buscando? —dice mi nombre completo, parece que por llevarme la contraria, pero me encanta cómo suena en sus labios. ¡Qué facilidad tiene para sonreír! Una sonrisa que ilumina su cara. Dudo qué responder y, como me nota incómoda, porque se nota que lo estoy, decide cambiar de táctica porque lo veo más cercano, más informal. Entonces me pregunta qué hacemos aquí, cuánto llevamos y más preguntas, pero a riesgo de parecer un interrogatorio, no lo es, porque ya me estoy sintiendo mejor. Al menos he vuelto a mi color normal, antes tendría que parecer un tomate porque me quemaba toda la cara, y he dejado a mi pelo tranquilo.

Le cuento qué hacemos aquí en Steewon Village, que estoy buscando trabajo, que me da igual de lo que sea, siempre que sea algo decente, ya me entiendes, que queremos quedarnos aquí una temporada y que soy fotógrafa... y me interrumpe:

—¿Fotógrafa? ¿De verdad? ¿O lo dices porque Rachel te ha pedido que me cuentes eso?

—Lo soy, o al menos desde que dejamos Nueva York intento que esa siga siendo mi profesión, porque estoy fotografiando muy poco. No me ha contado nada de fotografía, ¿qué pasa? —pregunto a Rachel directamente porque tanta conversación con él me está deshidratando. Tengo las manos sudando, tanto que el refresco de cola se me está quedando aguado, se está derritiendo el hielo y a mí me da vergüenza subir la mano para coger el vaso y que se me note. Imagínate que se me resbala y se cae, prefiero no beber. Parezco una quinceañera, ¡hombre!

—Es que el fotógrafo del periódico se jubila este mes y tenemos que buscar a alguien que entienda de fotografía, o lo intentaremos disimular nosotros haciendo lo que podemos con una cámara corriente, porque la del trabajo solo la sabemos usar en modo automático —me explica Tyler. No me puedo creer que el trabajo que vaya a encontrar sea de lo mío.

Rachel lo sabía, y también que su chico trabajaba con el fotógrafo que se iba a jubilar. Me mira con cara de pilla y media sonrisa.

—¡Me apunto! —La emoción se ha apoderado de mí y no he oído ni las condiciones ni nada. Ellos se ríen de mi efusividad. Al menos ahora sí que me estoy empezando a relajar.

Capítulo 9

Y él, fijando la mirada, susurra: «Tienes los ojos más bonitos que haya visto jamás». Parece que James es todo un romántico, y Kate se derrite con su mirar. Me da cosa estar presente en estas situaciones, y es que debería darles su intimidad, pero un leve movimiento mío rompería el momento. De todas formas, tampoco estoy tan cerca, ellos están sentados en la mesa de picnic y yo en las escaleras de madera contando las novedades de mi vida por WhatsApp a mi familia. Hacía algún tiempo que no hablaba con ellos, ni siquiera sabían de mi nuevo destino. Se alegran mucho por mí y me piden que haga fotos de toda nuestra casa, aunque yo prefiero esperar a que todo esté más decente y bonito.

Hemos comprado las cortinas de lino, de un tono blanco roto. No son totalmente tupidas, por lo que, aun teniéndolas cerradas, los rayos de sol entran iluminando levemente toda la estancia. También hemos comprado una alfombra para la cocina, blanca y marrón con flecos a los lados y unos triángulos étnicos por toda la extensión de la alfombra. Ya lo estoy viendo más como me gusta, aún faltan un par de detalles, pero no me avergonzaría enseñársela a alguna amiga. Aunque no a mi madre, porque ella es más perfeccionista y quiere lo mejor para su hija, pero a una amiga sí.

Es hora de marcharme y, sintiéndolo mucho, corto el momento bonito, despidiéndome.

—¡Adiós, chicos! ¡Nos vemos en la comida! —Odio interrumpir, sobre todo en esos momentos.

Voy a ir a hacer la compra y antes tengo que pasar por las oficinas del periódico local para entrevistarme con el director, Tyler me ha conseguido una cita. Al menos me ha dicho que me pase por allí a lo largo de la mañana para saber las condiciones laborales y demás.

Unas gotitas de perfume, cascos puestos, le doy al *play* y voy caminando hacia el pueblo. Es un camino que, lejos de ser tedioso para ir andando, es entretenido y la mar de bonito, con sus árboles, con el lago, el cual voy dejando atrás, con casas de madera... Al principio es un poco pedregoso, pero, cuanto más avanzo, es más estable y está asfaltado.

A ritmo de *Naive*, de The Kooks, me dirijo directamente al que será mi nuevo trabajo. Voy decidida, segura, pensando en qué haría Jess en estos momentos. Y gracias a ponerme en situación, sé que entraré con una sonrisa, preguntando amablemente, dejando que se explique y exigiendo mis propias condiciones laborales porque sé que las merezco.

Siempre me pasa igual, voy decidida y luego entro y pierdo toda la fuerza. Espero que hoy no se dé el caso y todo vaya rodado, tanto para la empresa como para mí. Porque me gusta mucho este pueblo y todos nos están acogiendo como mejor saben.

Pienso en llevar a Tyler un café o algo para agradecer que me haya conseguido una entrevista con el jefe, pero ¿y si no se encuentra en ese momento allí? O ¿y si piensan que soy una enchufada? O, peor aún, ¡que soy una loca fan quinceañera trayéndole regalitos! No, mejor con las manos vacías, y lo saludo cortésmente y guardando las distancias, si no, empezaré a ponerme más nerviosa. Ya se lo agradeceré invitándolos a él y a Rachel a tomar algo en otro momento.

Me estoy acercando a la puerta, guardo los cascos y observo lo bonito que es todo esto. El local de la oficina tiene unas enormes puertas de madera pintadas de verde, una cristalera en el centro y un cartel que parece un listón con una preciosa caligrafía hecha a mano con el nombre del periódico. Entro y hay risas, charlas y el sonido del tecleo de mil palabras en los ordenadores;

adoro este sonido, me recuerda a películas antiguas en las que se ven escritores frente a sus máquinas de escribir. Es blanco, amplio y luminoso. No está dividido en despachos ni cubículos, sino que hay escritorios unos frente a otros, todos trabajan a la par. Solo hay un par de habitaciones, y, por lo que puedo apreciar, en una de ellas se encuentra el baño, ahí al fondo escondido, y la otra tiene un cristal negro, pero que deja entrever una tenue luz roja, que seguro será mi adorada habitación de revelado. Al fondo se ve claramente desde la entrada una escalera que lleva a la planta de arriba, donde hay un par de oficinas.

¡Casi se me olvida! Aunque prefiero no encontrarme con Tyler, al menos hasta que acabe, no quiero parecer tonta y entrar nerviosa a la entrevista. Me he traído mi portfolio y sé que, si me pongo nerviosa y no sé dónde poner las manos temblorosas, acabará todo desparramado por el suelo.

—¡Hola! Venía a una entrevista de trabajo para lo del puesto de fotógrafo —le digo a una chica que se ha acercado a mí para prestarme su ayuda.

—Sí, sube. Terminó la reunión hace rato y te está esperando.

Subo las escaleras, sintiéndome orgullosa de la soltura y firmeza que aparento; aunque solo porque no me he encontrado a quien ya sabes. Entonces toco la puerta.

—¡Pasa! —Oh, no, pero ¿se puede saber qué hace esa melódica y armoniosa voz ahí dentro?

—¡Lo siento! Si quieres puedo esperar fuera hasta que acabes. —Estoy dispuesta a quedarme pasmada en la entrada del despacho mirando a la nada con tal de que salga pronto y yo pueda por fin entrar... sin él.

—No seas tonta, entra.

Al entrar me doy cuenta; sí que he sido tonta, y mucho. En mi defensa diré que no me dijo que el nombre que presidía la mesa de su despacho junto al cartel de «director» era el suyo: Tyler Blake... Y yo ya empiezo a tener la vista nublada.

—No me dijiste que la entrevista sería contigo —le reprocho.

—Venga, no te enfades, siéntate y hablamos.

Viste pantalones chinos de color gris claro, una camisa blanca y una corbata oscura. Su pelo perfectamente peinado y su sonrisa irresistible. Noto zumbidos en los oídos, la vista nublada y cómo voy perdiendo fuerza poco a poco.

Al abrir los ojos, siento paz. Su sonrisa y mirada me acogen, pronunciando palabras que aún no puedo oír. No es un sueño, y es que sigo en el mismo despacho en el que estaba cuando hablaba con Tyler, pero ahora en un suave sofá al fondo de la oficina, mientras él me pone un pequeño paño mojado en la frente.

—Toma, un caramelo. Has tenido una pequeña bajada de tensión. Si tan nerviosa te pone la entrevista, te contrato directamente. Esto era un mero trámite para que no te llamaran enchufada. —Me dedica un guiño pícaro. Hasta así es tremendamente sexi.

Intento incorporarme y noto que sigo algo mareada. Estoy haciendo el ridículo, pero qué bonito es cuando alguien te está cuidando, sobre todo alguien así. ¡No! ¡Mierda! Pienso en Rachel y en cómo se sentiría y vuelvo a la normalidad en un segundo.

—Por favor, ¿puedes mirar tú mi portafolio? —le pido. No quiero ser una enchufada.

Sacude la cabeza suspirando, pensará que estoy loca. Veo que lo coge y lo va hojeando, arquea las cejas y asiente.

—¿De verdad quieres trabajar aquí? ¡Eres muy buena! —«Sí, y tú estás muy bueno», pienso.

Todavía no estoy recuperada del todo, pongo la mano en mi frente y cierro los ojos.

—Ven, vayamos a tomar el aire fuera. —Me tiende su mano, pero dudo en si corresponderle dándole la mía. Finalmente lo hago, y es suave pero firme... aunque acaba sujetándome de la

cintura pese a mi intento de resistencia.

Cuando menos lo espero, recobro toda mi consciencia y me encuentro apoyada sobre su hombro mientras estamos sentados en el banco frente a la oficina del periódico. Mi mano está en su pierna y rápidamente la quito. Me ofrece un caramelo, porque es bueno tomar algo de azúcar, según él. La suave brisa acaricia mis mejillas y entrecierro los ojos para sentirla.

—Oye, vaya impresión estás dando a tu jefe —bromea—. Venga, que tienes que recuperarte. Mañana mismo puedes pasar por aquí y estar con el fotógrafo que tenemos ahora para que vayas aprendiendo tu nuevo trabajo. Aunque, viendo tus fotos, poco tiene que enseñarte. ¿Cómo estás?

Me sonrojo, y quizás sea lo mejor, porque del mareo mi cara será del color de Casper. Entonces muero de vergüenza, y por lo visto de manera literal. ¿Cómo puedo desvanecerme de los nervios y la inseguridad? Pues lo he hecho. Y eso tiene que cambiar.

Inconscientemente mi mano se dirige a mi pelo y empiezo a enroscarlo en el dedo. Él me mira, notando mi tic. Me levanto con más seguridad de la que he demostrado durante todo el día, aparentándola, al menos. Le agradezco haberme ayudado y me despido. Quizás esté siendo algo fría, yo no soy así, pero cuando estoy cerca de él me sumerjo en un torbellino de sensaciones y ni mi cabeza sabe cómo debo sentirme.

Se lo cuento todo a Kate y a James porque están en casa cuando llego y no puedo callármelo. De pie, ante las risas incesables de los dos, arqueo las cejas y me quejo.

—No tiene gracia, es que me impone mucho.

—¿Te impone o te pone?

—Estás chistosa, ¿eh, Kate? Pues sí, las dos, pero no es el caso ahora.

Me siento tan avergonzada... he hecho completamente el ridículo. Mi amiga nota que no estoy como siempre y me abraza con tanta fuerza que hace que empiece a reír. Me río de mí misma y de todo lo ocurrido en el día de hoy.

—Buenas noches, chicas, mañana nos vemos. —James también me abraza, y lo agradezco.

Se ha ido para dejarnos a las dos, que vamos a hacer una videollamada con la rubita. Tres tonos y...

—¡Jess! ¡Tenemos que contarte! —Es lo primero que dice Kate al ver a Jess en la pantalla.

Nos lo contamos todo y les explico cómo ha sucedido con más detalle, o con los detalles que recuerdo. Por más que lo pienso, no puedo dejar de sentir bochorno al imaginar la situación.

Ríen, reímos. Pasamos horas y horas como en los viejos tiempos, solo que con una pantalla de por medio. Jess sigue trabajando en Tiffany's sin faltar ni un día, porque le encanta. ¡Está hecha toda una chica responsable! Y estamos deseando que venga a visitarnos.

Capítulo 10

¡Lo controlo todo a las mil maravillas! He nacido para esto. Me paso el día haciendo fotos, editando, eligiendo cuál de ellas poner en qué sección, seleccionando el pie de página de cada una de mis obras... Incluso me han dejado una habitación de revelado por si quiero usar la cámara del trabajo. Me encanta todo y el equipo es fantástico, aunque reconozco que paso mucho tiempo frente al ordenador o encerrada en el cuarto oscuro, un cubículo en el que no queda ni una sola rendija por tapar para que no entre luz del exterior y así no estropear el papel fotográfico antes de que acabe el proceso de revelado.

Y todo va bien hasta que me cruzo con él, el jefe, que, vuelvo a repetir, me impone y pone una barbaridad. A la plantilla de trabajo se la ve cómoda aun con él delante, llega y es como si se cruzasen con cualquier compañero. Hace que cojan confianza fácilmente. Es amigable, sonriente (oh, sí, sonriente), te pregunta por cómo lo llevas, si necesitas algo... Y yo prefiero tomar distancias con él, porque me hace sentir tantos nervios que no quiero ni acercarme. Cuando hablamos respondo con monosílabos o cuanto más corta la frase mejor, y un «adiós, muy buenas» y sigo con el trabajo.

Ya se ha jubilado el anterior fotógrafo, y ahora la que tendrá que ir cada día al despacho del piso de arriba soy yo. Tampoco será para tanto, solo es subir, mostrarle las fotos terminadas con sus pies de páginas y enviarlas a la rotativa en el despacho contiguo al suyo. Yo hago el trabajo del diseño además de lo que ya te he contado, y cuando me dé el visto bueno, lo envío. ¿Qué va a ser lo más difícil? Pues eso mismo, tener que subir y mostrarme tranquila, segura y como si no me pasase nada ante su presencia. Habrá que trabajar en ello porque voy de culo y cuesta abajo.

«Vamos, Lisa, llegó la hora y tu trabajo es de diez, ahora solo créetelo y entra decidida, segura de todo», me repito tantas veces en estos cinco minutos que acabo por trabarme la lengua. No sé por qué me tengo que poner así, como si fuese una chica débil a la que un chico la intimida y la hace sentir más pequeña. Pues no, eso tiene que cambiar, y ¡YA! Bueno, hoy no. Voy a subir a enseñarle el trabajo hecho y sin distracciones bajo, recojo y hasta mañana.

—Hola, Tyler, ¿puedo pasar?

—Claro, la puerta siempre está abierta. —Cuando entro lo veo ajetreado, hojeando papeles, tirando algunos a una caja de cartón para reciclaje y con el bolígrafo inquieto entre los dedos, pero al saludarlo y preguntarle para todo en seco. Me mira y se seca con el dorso de la mano una gota de sudor que cae por el lado de su frente, sonriendo como si todo estuviese tranquilo. ¿Lo hará a conciencia para que nos derritamos ante ese movimiento sexi?

Mejor no digo nada por temor a sacar a relucir un posible tartamudeo que me haga parecer inquieta, como realmente estoy. ¿Te ha pasado alguna vez? A mí nunca, lo reconozco, y no sé cómo controlarlo; sin embargo, como esto siga así, voy a tener que buscar otro trabajo, cosa que no quiero hacer porque todo lo que estoy haciendo me encanta. Solo tengo que pensar en Rachel y en cómo se sentiría.

Dejo suavemente la carpeta de cartulina con todos los artículos y fotografías para que me dé el visto bueno. La pongo sobre los papeles desordenados que estaba trasteando cuando he entrado, no veo otro hueco para molestar lo menos posible. Está todo impoluto, los libros de las estanterías ordenados, por lo que puedo apreciar, por colores; la mesa, las sillas y el sillón en un ángulo que no cualquiera distinguiría, sino las obsesionadas con el orden como yo; una foto en su mesa

perfectamente dispuesta frente al teclado... Todo cuidado menos ese gran montón de documentos.

Abre la carpeta y va hojeando los documentos mientras de vez en cuando me mira de reojo. Está tardando bastante, y es que o me quiere poner nerviosa o algo no le gusta.

—Elisabeth, mañana en vez de trabajar fotografiando por aquí por el pueblo tendrías que ir a la granja Anderson, ¿te viene bien?

Me venga bien o no es mi trabajo, pero ¿dónde narices estará esa granja?

—Claro, allí estaré. —Me doy la vuelta inmediatamente, tonta de mí, al oír las siguientes palabras...

—¡Espera!

¿Seré tonta? Si aún no me ha dicho ni para qué tengo que ir. ¿Hago fotos a una granja y vuelvo? ¿O me pongo a esquilar ovejas haciéndome *selfies* con ellas?

—¡Hola, hola, señora fotógrafa! ¿Celebramos esta noche tu primer día de trabajo sola? ¡Cena y música en tu casa! Kate ya está informada. —Bendita sea Rachel, que ha llegado justo a tiempo para no seguir haciendo este ridículo.

—¡Señora no, señorita! —la corrijo y hago una reverencia bromeando. Con ella me siento más relajada. La he visto más veces que a Tyler y lo pasamos muy bien juntas. Se viene de vez en cuando a casa y estamos Kate, ella y yo viendo películas o redecorando... Cenamos juntas y charlamos, aunque nunca le hemos contado lo que me pasa cuando estoy cerca de su chico. Ni tengo intención de hacerlo.

Me coge del brazo con el suyo y me arrastra escaleras abajo. Yo me dejo porque tampoco me apetece seguir haciendo el ridículo, y también lo hago porque no es cualquier persona, sino su novia, y no creo que me despidan por ella.

Le oímos hablarnos cuando nosotras ya estamos en la planta baja. Le dice a Rachel que luego la llama para explicarme más sobre el trabajo de mañana. Ella lo saluda despidiéndose con la mano y lanzando un beso mientras cojo la mochila y tira de mí hasta salir.

Estamos abriendo la nevera y los armarios pensando las tres qué podemos hacer para cenar cuando suena el timbre de casa. Será James. Pero abro la puerta y me echo las manos a la cabeza.

—¡No me lo puedo creer! ¿Pero qué haces aquí? —Me lanzo a sus brazos, cuántas ganas tenía de que viniese.

—¿Me echabais de menos, *bitches*? —Jess nos abraza y abraza a Rachel también, sin importarle quién es, pero es un momento muy emotivo, ya llegarán las presentaciones.

Los planes de cenar se nos olvidan porque no paramos de hablar, menos de quien ya sabes. No pienso decirle nada de Tyler, aunque ya sabe bastante por las llamadas y por los wasaps que nos vamos enviando cada día. Lo de hoy no lo sabe ninguna aún, ya les contaré.

Hablando de mañana, tengo que ir a una granja de la que no recuerdo ni el nombre, y tampoco sé para qué tengo que ir. Supongo que para hacer fotos, pero no sé con qué fin. Mejor dejo pasar un poco la noche y, antes de que se marche Rachel, le pediré el teléfono de su novio, aunque me cueste horrores hacer la llamada.

Llaman al timbre.

—¿Otra vez? Ahora sí, seguro que esta vez es James, o puede que Matt, persiguiendo a su amada —lo digo en voz alta riéndome de Jess y voy a abrir de nuevo.

—Perdón por molestar y venir así, Elisabeth. Es que Rachel no me responde las llamadas y tenía que hablar contigo.

—¿Y ese tío bueno quién es? —Se oye a Jess de fondo; no ha perdido su esencia.

Rachel se asoma y le regaña.

—¿Quieres dejarme en paz? Estoy divirtiéndome. Tranquilo, que no me va a pasar nada. —Se

gira hacia nosotras y nos dice—: Es que es muy protector, no tiene remedio. —Y pone los ojos en blanco mientras mueve la cabeza.

¡Qué dulce! Si se preocupase así por mí, no me molestaría.

¿Ha dicho que tiene que hablar conmigo? Es decir, ¿conmigo? Abro más la puerta invitándolo a entrar, pero me hace un gesto con la cabeza hacia fuera, a su vez diciendo:

—Muchas gracias, aunque solo tenía que decirte una cosa. Lo siento, chicas, por ser tan maleducado. ¡Encantado, por cierto! —dice mirando a Jess y a Kate y asintiendo con la cabeza a modo de saludo cortés.

Además es educado. Salgo y cierro tras de mí la puerta, aunque me siento rara porque estoy fuera para hablar con él, estando su novia dentro como si nada.

—Lo de mañana era para que hicieras unas fotos en la granja a una vaca que ha tenido dos crías. Se supone que es algo que no suele pasar y el granjero insiste en que vaya el periódico.

Asiento, pero no respondo.

—No sabes dónde es, ¿verdad? A las siete te recojo y vamos juntos.

¡¿JUN-TOS?! Y querrá que haga fotos bien enfocadas y nada movidas. ¡Venga, hombre!

No sé ni qué responder, pero acordándome de la educación que recibí y de la promesa que me estoy haciendo a mí misma de sentirme más segura me quito los miedos y le respondo.

—Perfecto, gracias. ¿Quieres pasar? —«Que diga que no, que diga que no, que diga que no».

—No, gracias. Tengo todavía trabajo en la oficina. —Se le ve apenado de verdad.

A mi corazón le importa un bledo de quién sea novio, porque cuando estoy cerca de él va a mil por hora; en cambio, mi cerebro sabe que tengo que comportarme, distanciarme y mostrar más frialdad con él.

Dudamos de cómo despedirnos y acabo por tenderle la mano. Parece que no soy la única nerviosa aquí, pues él tampoco se ha decidido, pero soy una simple trabajadora suya.

Mañana le doy mi número de teléfono aunque me cueste hacerlo, porque me daría un patatús si se vuelve a presentar en casa... y a saber con qué pintas lo recibo.

Nos despedimos con un apretón de manos. Cosa con la que voy a soñar esta noche, ya me lo estoy avisando a mí misma. Porque esas manos...

Al entrar en casa voy directa a los pósitos y cojo uno, donde apunto mi teléfono con mi nombre. Lo guardo en mi mochila para que no se me olvide dárselo mañana, si es que me atrevo a hacerlo, y, si lo hago, para no tener que estar escribiéndolo con él delante esperando a que acabe.

Capítulo 11

Suena el claxon de un coche fuera. ¡Oh, no! ¡Me he quedado dormida! Estamos en el salón, las cuatro, con copas por la mesa y alguna mancha que otra, y es que recuerdo que estaba amaneciendo cuando decidimos dormir.

¡Las siete en punto! Ahora la impuntual soy yo. Corro hacia el baño de arriba y me lavo la cara y los dientes. Siempre me han dicho que tengo una bonita sonrisa y que mi risa es contagiosa, así que no puedo descuidarla si es un punto de atención. Me intento adecentar el pelo, aunque solo llegue a ser eso, un intento de adecentarlo. Al verme en el espejo para cerciorarme de que llevo el cabello decentemente cuidado, me percató de que mis ojos celestes están enrojecidos, cosa que me suele ocurrir cuando tengo falta de sueño.

Me dirijo a mi habitación casi derrapando por el pasillo, me visto a toda prisa, me pongo un poco de colonia y gafas de sol para disimular la rojez de mi mirada, me cuelgo de un hombro la mochila, cargo la cámara del mismo brazo y salgo a la calle corriendo. Antes de salir decido hacer una broma a las chicas, les grito que son las doce y les echo agua de un vaso a cada una, lo más rápido que puedo, y salgo, escuchando insultos de parte de Jess. Si yo me fastidio, ellas también. Voy riendo hacia el coche por lo que escucho de fondo por parte de mis amigas y Tyler también sonrío.

Viene en una preciosa Chevrolet C10 del setenta y cinco de color verde, de esas que te encuentras en una exposición de coches antiguos; y yo he ido a muchas con mi padre, por eso la he reconocido en cuanto la he visto. ¡Es una pasada!

—Perdón, nos hemos quedado dormidas. Es que anoche estuvimos hasta tarde... Bueno, hasta esta mañana. Ni nos dimos cuenta de la hora. Estuvimos bebiendo... —hablo demasiado, serán los nervios, pero él me corta riendo.

—¡Buenos días, tardona! ¿No has desayunado? —Niego con la cabeza—. Bien, ahora vamos.

Sonrojada me alegro y él me devuelve la sonrisa. Esa sonrisa que cada vez tolero más, y aunque me sigue alterando los nervios, no lo exteriorizo igual.

Paramos frente a una cafetería donde hay mesas de madera fuera, y como hace buena temperatura nos sentamos en la terraza. Tyler se levanta para pedir y me pregunta qué es lo que quiero... si él supiera... Sin embargo, simplemente respondo:

—Lo mismo que tú, tampoco tengo mucho apetito.

Cuando estoy segura de que Tyler está lo suficientemente lejos de mí como para oír lo que voy a hacer, abro el WhatsApp y escribo en *Run the world* antes de enviar el audio para seguir molestándolas y que despierten. No responden ni están en línea desde anoche, así que les mando un audio bastante molesto y gritón.

—¡Oíd, dormilonas! Venga, ¡arriba, remolonas! Arriba, arriba, arriba. ¡Flojas!

Me quedo muda en cuanto lo veo aparecer con una bandeja que lleva nuestros desayunos, riendo.

—Rachel es una de ellas —me excuso encogiéndome de hombros, pero sigue riéndose.

Ha traído un par de cruasanes, dos cafés y dos zumos. Desayunamos tranquilamente mientras intentamos hablar de temas superfluos. Él ya ha pagado y yo le he dado las gracias, así que al acabar volvemos al coche y nos dirigimos a la famosa granja.

El camino parece largo, y cuanto más tiempo pasa, más me relajo y más cómoda me voy

sintiendo, a no ser que mire hacia mi lado y me encuentre con su mirada burlona. Apoyo mi brazo en la ventana abierta, noto el aire en mi cara, vamos por un camino de campo lleno de flores. Cierro los ojos, oigo la música de fondo... ¡es el paraíso!

—Elisabeth, ya hemos llegado. —¡Mierda! Me he quedado dormida, estaba relajándome... y tanto que me estaba relajando, ¡hasta me he quedado frita! Tierra, trágame.

Pido perdón mil veces, avergonzadísima, mientras él no para de decirme que no pasa nada, sonriendo. Baja de la camioneta y, mientras camina hacia la puerta principal de la granja, saco el móvil y les escribo a las chicas rápidamente: «¡Horror! Me he quedado dormida en su coche». Le he dado a enviar sin pensar en que Rachel estaría al lado de ellas. Espero que no llegue a leerlo.

Es una granja como las de las películas. Grande, de color rojo y de tejados altos de un tono verde militar. El amable granjero, con su peto vaquero y botas de agua, nos recibe con un abrazo a cada uno, sonrosado y muy contento por su vaca y los terneros. Acto seguido, nos guía hacia el lugar donde están para que pueda hacer fotos. Estamos en silencio, solo se oye el relajante pitar de los pájaros de fondo; la banda sonora de esta granja hace que cualquiera pueda soñar despierto.

Me entretengo al ver a un gato que no debe tener más de un par de meses, persigue mis pasos y yo me agacho para hacerle caso mientras juego con él con mi dedo. Miro hacia delante y está Tyler, con su dulce mirada posada en mí, o en el gato, como es normal. Me despido del pequeño felino y le doy unos toquecitos cariñosos en la nariz mientras intenta arañarme jugando.

Cuando llegamos, veo una escena enternecedora. La vaca está tumbada, uno de los terneros está apoyado en su hocico mientras su madre le lame la cara y el otro se alimenta de sus ubres. Están en completa paz y no me gusta interrumpir este momento tan especial. Me retiro y Tyler se posiciona justo a mi lado, a escasos centímetros para explicarme:

—Con su lamido, está estimulando la circulación y respiración de su pequeño ternero. — Además es culto. ¡Cuánto me gusta!

Lo miro, no me avergüenzo, le sonrío y le doy las gracias. Con media sonrisa, gira la cabeza hacia un lado poniéndome cara de duda, sin saber por qué agradezco.

—Gracias por contarme esto y por conseguir que me relaje para así poder hacer fotos captando uno de los momentos más tiernos que he vivido.

Me toca el brazo opuesto al que está a su lado y hace leves movimientos de arriba abajo, con cariño, mirándome fijamente con su sonrisa eterna.

Hago fotos, inmortalizando este momento como mejor puedo. Estamos un buen rato, nadie habla, pero no es un silencio incómodo.

Al acabar, Tyler me da las gracias por la delicadeza con la que hago mi trabajo, y es que muchas veces todo esto lo hago disfrutando, no viéndolo como algo que tengo que hacer de manera forzosa.

Vamos hacia donde hemos aparcado, ya nos hemos despedido del granjero. Encuentro unas plantas aromáticas que llaman mi atención. Me acerco feliz, toco el romero, sigo caminando y me topo con el tomillo, el orégano, la albahaca... Las acaricio y me agacho para olerlas.

Tyler me mira desde la distancia y, cuando subo a la camioneta, me propone irme a casa y no volver a la oficina, porque sabe que estoy cansada de la noche loca, dice. Se lo agradezco y no insisto en seguir trabajando. La verdad es que me vendría muy bien volver a casa.

—¡Vaya copiloto! Te duermes para no darme conversación. —Me echa en cara bromeando y a la vuelta intento hablar. Hablo de mi vida en España, de mis estudios, de mis trabajos, de lo que hacía en Nueva York, de mi amistad con Jess y Kate, de cómo conocí a Rachel... La verdad es que ha sido un bonito día, tanto que estoy parlanchina y cómoda, y a él parece gustarle porque también me responde hablando, riendo... Y canta ante mi mirada y mis sudores internos, y esos gestos que

hace de tocar la batería me vuelven completamente loca, ¿para qué engañarnos?

Se detiene justo delante de la puerta de casa, va a extenderme la mano cuando lo abrazo unas décimas de segundos, y me bajo dándole alegre las gracias.

Al llegar no hay nadie en casa, supongo que Kate está dando clases, Rachel en la tienda y Jess... ella sabe apañárselas sola, estará familiarizándose con el pueblo. Cuando vuelven me explican que efectivamente era así, hasta que Rachel cerró la tienda y Kate terminó las clases, entonces se fueron a tomar algo. Intentaron llamarme, pero yo estaba sin batería.

Capítulo 12

Tenía muchas ganas de llegar de nuevo a la oficina, de poder sentarme tranquila delante del ordenador y revisar las fotos que hice en la granja. Tyler, al pasar por mi mesa, me saluda con una dulce sonrisa de las suyas, esas que hacen que te derritas al instante.

Las fotos de la granja habían quedado espectaculares, creando sentimientos a todo el que las veía, tanto que Tyler me ha llamado para hablarme de ellas y tengo que subir a su oficina. El periódico con las fotos no sale hasta dentro de unos días, así que no sé qué querrá.

Entro tras llamar a la puerta y oír su «¡pasa, por favor!» entre los ajeteos normales que siempre tiene. Me siento en el sofá y no en la silla, presiento que no es algo tan serio como para estar temblorosa esperando malas noticias sentada frente a él.

—Dime que no te enfadarás. —Uy, a ver qué se trae entre manos—. Envié tus fotos a un concurso de fotografía a la naturaleza, y ha gustado tanto que estás entre las finalistas.

Mi cara de sorpresa es un poema y estoy totalmente muda. Nunca había participado en ningún concurso de estos porque hay tanta gente buena en el mundo de la fotografía que no he tenido la posibilidad de resultar ganadora. Hasta ahora, que por lo visto han sido buenas y estoy entre las mejores. ¡Estoy flipando!

—Este finde tienes que ir a la resolución del concurso, no puedes faltar. Será cerca, a menos de dos horas del pueblo.

—Es que... no tengo coche. —Estaba buscando cualquier excusa para no tener que presentarme allí, me daría algo si tengo que subir a un escenario o ser el centro de atención.

—¡Yo te llevo! —Lo noto contento y no entiendo por qué, pero no puedo romper el motivo por el que sus ojos se vuelven rasgados de la ilusión. Está tan mono así... aunque, ¿y cuándo no lo está?

Me despido de él con una sonrisa sincera y voy de vuelta hacia casa pensando en lo que tendría que evitar pensar: él.

Cuando llego a casa, revuelvo de principio a fin el armario. Todo está tirado por el suelo o en la cama.

—¿Qué me pongo? —grito pidiendo ayuda a las chicas. Llegan Kate y Jess corriendo para salvarme.

Me ayudan a rebuscar en todo el desastre, también miran entre la ropa de Kate y en la maleta de Jess. Me pruebo al menos veinte modelitos, a cuál peor. Me prometo quemar la ropa en la siguiente barbacoa que hagamos. Las veo trasteando con el móvil, y yo he perdido el mío entre todo el montón de ropa.

La de Kate es demasiado normal, demasiado yo, y la de Jess, ropa muy atrevida con la que no me sentiría nada cómoda. Entonces decido hacer una parada, darme un respiro entre tanto agobio de buscar ropa.

—Jess, no es que no me guste que estés aquí, ¡al contrario! Pero ¿no tienes que trabajar? Te dan muchos días libres —le pregunto, aunque me encante tenerla en Steewon Village.

Jess se sienta en mi cama medio deshecha y cabizbaja nos explica:

—Sí, es que me pido días de asuntos propios, otros me doy de baja por alguna excusa tonta, como dolor de cabeza, de garganta... Siento no habérselo contado antes, es que no es tan perfecto como lo había imaginado.

—¿Tiffany's? Claro, supongo que tiene que ser estresante trabajar mostrando siempre una sonrisa y yendo arreglada, maquillada y perfecta cada día.

—No es eso —me corta—. En Tiffany's no estoy mal, es con Matt con el que estoy cada vez más distanciada aun trabajando con él, no es tan bonito como pensaba. Se vuelve frío, lo veo coqueteando con alguna clienta... Quizás sea como todos.

—¡Seguro! Y tú mereces lo mejor, así que si algún día decides romper con todo, aquí estamos tus amigas del alma deseando recibirte con los brazos abiertos —dice sincera Kate.

Yo la hago reír con una mueca y nos abraza fuerte a las dos.

De repente llaman a la puerta.

—Ya voy yo, señoritas, no hace falta que os levantéis —les reprocho. Siempre me toca a mí.

Es Rachel, y me enseña una bolsa de cartón llena de ropa. Está muy inquieta y vivaracha. Se levantan de un brinco las otras dos y me llevan casi a rastras a la habitación a probarme más ropa.

Estoy sudorosa de tanto cambio de vestuario, y la última que me pruebo es la que al fin me gusta y convence a las demás.

Cuelgo la camisa para que no se arrugue. Es de gasa, de color blanco, con mangas hasta el codo y con un lazo anudado bajo el pecho. Es preciosa y dulce. De pantalones, elijo uno básico color negro de tiro alto; comodidad ante todo. Y claro está, conjuntado con Converse blancas.

Aliviada de haber encontrado qué ponerme para el concurso, le doy las gracias a Rachel por salvarme. Pero ella no sabe que no solo quiero estar decente y guapa por si tengo que subir a un escenario, por si me tienen que aplaudir o por algo que espero que no pase, sino que también quiero estar bonita para los ojos de su novio. Soy de lo peor, lo sé, y espero que esta tontería se me quite de la cabeza pronto, aunque sé que me va a costar mucho. Debería hacer menos caso a lo que siente mi corazón y más a lo que dicta mi cabeza, pues es el novio de mi amiga.

Capítulo 13

Me aplico unas gotitas de mi perfume favorito. Su aroma me recuerda a una noche de verano. Es un olor dulce, muy dulce, de caramelo, grosellas, cítricos y con un sutil toque de vainilla, canela, mandarina y mango que me encanta. También huele a bosque y a naturaleza por su delicada pincelada de madera, cedro, lirios y peonías. Tiene todo lo que me gusta. Su nombre es Dulce Luna, creación de una amiga española, y siempre lo llevo conmigo.

Tras el sonido del claxon de la camioneta de Tyler, salgo algo avergonzada. Es como si me fuera a unas minivacaciones con mi novio. Pero ni son vacaciones porque volveremos en el mismo día ni es mi novio, sino el de mi nueva amiga del pueblo que me ha acogido tan bien.

Ni mano, ni beso, ni abrazo, solo lo saludo con un alegre «¡hola!», y empieza nuestra aventura de finalista de concurso.

—Los asistentes van a alucinar, ¡estás muy guapa!

¡Bum! Mi cara es un tomate en cuestión de segundos. Me limito a disimular mirando por la ventanilla con la cabeza gacha para que no note que me sonrojo con cada palabra bonita que dice de mí.

Voy sin material fotográfico, él es el que se ha encargado de recopilar el resto de las fotos de aquel día y de traerlas en una carpeta. Ordenado, con su fecha, impoluto, cuidando hasta el más mínimo detalle. Pero traigo mi cámara de fotos, como siempre, por lo que pueda pasar y lo que pueda encontrar para plasmar.

—He traído *cupcakes* para el camino, están en esa bolsa. —No me niego, tengo pasión por los dulces, así que sin pensarlo dos veces abro la bolsa de papel que hay junto a mis pies. Qué pinta y qué olor... ¡tremendo! Te hablo de los *cupcakes*.

Aunque esté cortada siempre a su lado, cada vez estoy un poco más cómoda y voy cogiendo más confianza cuando estoy con él. Estoy intentando verlo como un amigo, a ver si mi cabeza se mentaliza de eso.

Llegamos al lugar del concurso. Hay mucho ambiente, música, una barra para pedir comida y bebida... Todo va con *tickets*, y el dinero recaudado se donará a una protectora de animales de la zona. Hay coloridas banderillas por todos lados, carteles, gente riendo y bailando.

Por todo esto ya ha valido la pena venir, me da igual no ganar, disfruto del entorno. Me recuerda a las ferias de mi pueblo, pero con más encanto.

—¿Qué quieres tomar? —pregunta Tyler, y al verme dubitativa no me deja responder diciendo—: Mejor que vengas conmigo y lo decides allí.

Me agarra con suavidad del brazo a la altura de la muñeca, con su mano firme y suave al mismo tiempo. Esquivamos a gente bailando y no me pierdo gracias a él. En la barra me suelta al notar que yo miro su mano. Pedimos las bebidas y estoy cerca de él, tanto que su olor inunda mis sentidos. Puedo olerlo y hasta casi tocarlo. Está tan guapo hoy, vestido de manera informal. Lleva una gorra que le sienta de maravilla y su barba de dos días hace que resistirme a tocar su dulce cara sea tan difícil, pero obligatorio, así que me intento distraer con el entorno.

Ya he escrito al grupo de las chicas para decir que hemos llegado. Si no lo hago me matan o vienen en mi búsqueda con el apoyo del FBI; son unas exageradas.

Tyler empieza a bailar, haciendo el tonto a mi alrededor y consiguiendo que no pueda parar de reír. Sigue bailando y yo riendo, hasta que me tiende su mano para que lo acompañe, y se la doy,

mientras unos escalofríos recorren todo mi cuerpo. Me voy animando y empiezo a desinhibirme un poco sintiendo la música... gracias a él. Me da un par de vueltas y bebo para no derramar la bebida entera. Suena *Mercy*, de Duffy, y los dos bailamos y cantamos de principio a fin toda la canción. Tras esta, vienen otras tantas, y continuamos igual. Seguimos divirtiéndonos, me agarra de la cintura y hace que me incline levemente hacia atrás. Al volver a incorporarme, es una situación incómoda y paro en seco, pero él vuelve a convencerme con su movimiento para seguir bailando.

Coge mi cámara pidiéndola con un «¿puedo?» y me hace fotos, bailando y sonriendo, dejándome llevar. Se la arrebató diciendo: «¡Ahora te toca a ti!». Entonces no solo yo veo que está guapísimo, sino que la cámara lo adora, es superfotogénico, aunque esté haciendo el loco adrede mientras posa.

Se me ha pasado el tiempo volando y compruebo que, lo que yo creía que eran unas cuantas canciones, han sido horas al ver la pantalla de mi móvil. Entre charlas, risas y movimientos de baile acabando en carcajadas... Me doy cuenta de que estaba realmente cómoda, como nunca antes lo había estado con un chico a mi lado.

El volumen de la música baja considerablemente y suben al escenario dos mujeres y un hombre. Una de ellas se presenta, alegando que es la presidenta del concurso y, junto a las otras dos personas, miembro del jurado.

Estoy empezando a temblar, mis manos comienzan a moverse sin control, las observo e intento tranquilizarme, pero no puedo. Tyler, que me mira de reojo, se percata de la situación y me da la mano para mantenerlas firmes. Funciona, y aunque ahora las manos no las note temblorosas, el estómago está repleto de pequeños bichitos voladores de alas de colores queriendo salir por algún lado. Me sonrío y le devuelvo el gesto. Afortunadamente estoy aquí con él, no necesito más.

Nombran a los tres finalistas, y yo soy una de ellos, pero por suerte no tenemos que subir a mostrar nuestro trabajo, ya que han puesto unos caballetes con las fotografías impresas de cada uno.

La tercera finalista es una foto de unos árboles frutales floreciendo, son cítricos y la estampa es preciosa. Le asignan una especie de lazo con un número tres en el centro.

Es el momento, van a decir el segundo puesto, y, por lo tanto, el ganador del concurso. Solo queda mi foto y la fotografía de un campo de flores mecido por el movimiento del viento y visto desde un plano desde el que se puede observar todo un horizonte verde y rojo de césped y amapolas.

—Muchas gracias a todos los participantes por la gran acogida que ha tenido el concurso. Demos paso a la fotografía que ocupa el primer puesto. Y el ganador es... —Los nervios me matan. Aprieto la mano que me sostiene Tyler de forma inconsciente, él me asiente—. ¡Campo de amapolas! Enhorabuena por el premio. Puede subir a recogerlo.

Me relajo tanto que estoy contenta de no tener que subir y hacer el ridículo recogiendo el premio, sea cual sea. Miro a Tyler, ya más tranquila.

—Eres la mejor fotografía que he conocido, y esa imagen transmite mucho más que cualquier campo de flores —dice intentando consolarme y mostrándome todo su apoyo, y yo ya suspiro aliviada, me conformo con cómo ha ido todo. Un segundo puesto está más que genial para nunca haber participado en nada.

Siento una sensación de alivio, me ha gustado la experiencia y, posiblemente, si veo futuros concursos y tengo fotos de la temática que pidan y me convenza, ¡participaré! Sobre todo al ver el apoyo que he recibido. Las chicas ansiosas por saber si he resultado ganadora y Tyler aquí, apoyándose como el que más. Porque, claro, él ha sido partícipe de todo este jaleo.

Decidimos volver, puesto que el veredicto del jurado es el final de la fiesta por motivo del concurso. El camino de vuelta es más relajado y cómodo, y, al llegar, estoy algo cabizbaja. No puedo parar de pensar en todo lo que pierdo por mi inseguridad y por las tonterías que siempre rondan mi cabeza. Tyler lo nota, me alza la barbilla y yo trato por todos los medios no mirar sus ojos perfectos, pero al ver su mirada penetrante observando mis labios trago con dificultad. Me da un abrazo, un abrazo fuerte y sincero que hace que mis miedos vayan desapareciendo.

—Gracias —le digo, y sin dejar tiempo para ninguna respuesta bajo de la camioneta. No miro atrás hasta llegar a casa y cierro la puerta tras de mí. Ahora es cuando oigo que se va alejando.

Es tarde y no hay nadie en casa. Esta vez prefiero despejarme y abro el WhatsApp para preguntar a las chicas dónde están y unirme a ellas. No obstante, veo que hay un audio que me ha enviado Jess al grupo: «*Tía, Lisa, vente en cuanto llegues. Estamos en el Porter's Pub*». De fondo se oye a Kate gritando: «*¿Has ganado?*». Y luego Rachel, ansiosa: «*¡Vente, vente, vente, vente!*».

El audio es de hace veinte minutos, así que no me lo pienso y sin ni siquiera cambiarme de ropa salgo de casa para encontrarme con ellas.

Al llegar me abrazan todas en grupo, sonrientes. Esto es lo que necesitaba, a ellas, siempre. Y Rachel me dice:

—Enhorabuena por el segundo premio. Tu foto era de ganadora, pero aunque hayas quedado en el segundo puesto para nosotros has ganado.

—¿Cómo lo sabéis? —le pregunto.

Me señala a Tyler y él me saluda desde la barra, donde está pidiendo. Al verme se gira al camarero y, cuando viene hacia nosotras, trae una de esas bebidas que probé la primera vez que vine y me la da. Aquella de color morado que tanto me gustó. ¿Cómo se ha acordado?

—¡Gracias!

—Vas a tener que ensayar algo más para decirme aparte de gracias. Además, no tienes por qué darlas. —De nuevo me dedica ese guiño que hace que me estremezca. No lleva la gorra y se pasa los dedos entre su pelo perfecto a modo de peine tras beber directamente del botellín que tiene en la mano. Le haría una foto mental ahora mismo para recordarlo siempre, aunque prefiero no hacerlo y no meterme entre él y Rachel. Estoy perdiendo mi enmarañada y castaña cabeza por él, y eso no es bueno, ya que está pillado.

Todos juntos disfrutamos, bailando, bebiendo y hablando, hasta que Tyler, el chico responsable del grupo, mira el reloj y se excusa para marcharse.

—Lo siento, mañana madrugo para terminar unas cosas del periódico.

—¡Qué corta rollos eres! Pues adiós. —Rachel es dura con él, aunque también entiendo que su chico tenga responsabilidades.

Nos despedimos y no pasan ni diez minutos hasta que decidimos volver a casa también todas nosotras.

Capítulo 14

Al acabar el finde, Jess tiene que marcharse a Nueva York. Nos da mucha pena, pero ya sabemos lo cerca que estamos realmente. Además nos ha prometido que volverá pronto, y si están bien y se arreglan las cosas, traerá a Matt para conocer el pueblo y quedarse unos días. Si no, también existe la posibilidad de ir nosotras a la *city* a pasar unos días, llevar a Rachel para que conozca la gran Nueva York y hacerle un *tour*. ¡Lo pasaríamos en grande!

Lo último que me dice mi rubia al oído mientras me da un abrazo es: «No seas tonta, te hace ojitos, ¡lánzate!».

Qué ingenua, no se entera de que está pillado. Si es que está hablando de quién yo sé, porque ojitos no veo yo tampoco que me esté haciendo. Ya me contará cuando no estemos delante de su chica.

Cuando llego a la oficina, todos van acercándose para darme la enhorabuena por el segundo puesto. Me han traído hasta un ramo de flores con una tarjeta de parte de todo el equipo, felicitándome. Me siento emocionada de haber venido a parar a este pueblo con todo este grupo de buenas personas que no paro de encontrarme.

Todo sigue con normalidad, y aunque Tyler me siga poniendo algo nerviosa, continúo sintiéndome culpable por recordar a Rachel y qué pensaría ella de todo esto, pero cada vez estoy más segura y tengo más confianza con él.

Nuestra casa se ha convertido en un hogar de lo más bonito, y es que gracias a mi sueldo y al de Kate, que consiguió trabajo como profesora de música en la escuela, además de algunas clases particulares, estamos decorando poco a poco todo a nuestro gusto. Tenemos alfombra nueva para el salón, una pequeña de color blanco de pelo largo, y también las lámparas de los lados del sofá, de un tono *beige* cálido con pequeñas flores que hace todo más acogedor con su tenue luz. De vez en cuando encendemos las velas para dar un ambiente rústico romántico y huele toda la sala a un suave aroma de vainilla. También tenemos una cesta de mimbre que nos regaló la abuela de James, donde hemos metido varios troncos para esperar la llegada del frío. Esto es como una cabaña en medio del bosque, aunque con más comodidades.

Hoy vamos a la bolera, y ya estoy advirtiéndoles a todos que no tengo ni idea, es la primera vez que jugaré a los bolos. Van a tener que ponerme las barreras a los lados que ponen a los niños o a los principiantes para que no se les vaya la bola por el carril y no toquen ni un solo bolo.

Ya en la entrada lo vuelvo a repetir, sonando pesada, y se siguen riendo de mí, aunque insisten en que no pasa nada por quedar la última, ¡qué vergüenza!

Ibamos a venir Rachel, Tyler, Kate, James y yo para cortar el rollo a los novios, pero pedí a Kate que llamase a los hermanos Count, además de porque son nuestros amigos, he de reconocer que también por no sentirme tan sujetavelas. Aunque Rachel y Tyler ni se tocan, nunca los he visto como a cualquier pareja, solo al encontrarse, cuando se dan un beso en la mejilla, nada más, ni hablan apenas.

Cuando llega Tyler saluda a la parejita y a los hermanos, y... ¡ya sé sus nombres!: George y Peter, aunque no me preguntes cuál es cuál porque no tengo ni idea. Tendría un 50 % de posibilidades de acertar.

Tyler, tanto a Rachel como a mí, nos saluda dándonos un beso en la mejilla. Conmigo ya tiene esa amistad para poder hacerlo, porque nos vemos cada día durante unas cuantas horas, y de vez

en cuando también fuera, cuando Rachel lo avisa para que venga. Esos labios carnosos perfilados que hacen que me ruborice ligeramente me han dado un beso, me da igual que sea en la mejilla... Me cuesta horrores ocultar lo que siento al ver sus ojos, y creo que cuando quedamos con él no debería usar colorete, total, él hace que me aparezcan los colores. Rachel me mira arqueando las cejas repetidamente, aunque no sé qué quiere decirme.

Hemos quedado en la entrada, donde hay un *parking* al aire libre. Está atardeciendo y se aprecia el tono rosado del cielo con algunas nubes grises. Inmortalizo el paisaje y, de paso, hacemos unas fotos de grupo, turnándonos para aparecer todos. El local de la bolera es algo así como una nave de cualquier polígono, de una chapa gris con un pequeño techado de color naranja. Hay cristaleras por las que se ven el mostrador y unas mesas haciendo las veces de sala de espera, pero al entrar nos damos cuenta de que está casi vacío, por lo que no tardan en atendernos e ir preguntándonos uno a uno nuestros números de pie.

Nos entregan los típicos zapatos de jugar a los bolos, esos de color rojo y blanco, con cordones y mostrando el número en la parte de atrás, y duros como una tabla, aunque sorprendentemente no son nada incómodos. Al ponérselos, dejamos los nuestros dentro, bajo la mesa donde nos han dado pista. Es una mesa baja de madera clara sobre la moqueta de millones de cuadros de muchos tonos de marrones. Hay unos sillones, unos frente a otros, de un tejido parecido al cuero, pero, en cambio, más suaves y cómodos. Pienso en que podríamos hacer una foto y enviársela a Jess para que cambie el sofá incómodo de nuestro piso en la *city* y que así podamos dormir ahí cuando vayamos de visita. El olor característico a patatas fritas y hamburguesas que venden en el bar del local hace que nos entre hambre a la mayoría, aunque por el momento pedimos unos refrescos para hacer tiempo. A mi lado el sitio está libre, y solo quedan por sentarse Rachel y Tyler.

—Os dejo aquí, me siento yo en el taburete —les digo a los dos.

—Sí, claro, ¿para qué quiero más tiempo con él? Demasiado lo veo ya en casa, que lo voy a aborrecer —lo desprecia Rachel entre risas.

—Vale, chicas, no os peleéis por mí. —Me sonríe y se sienta a mi lado, muy cerca.

—Por ti no, por deshacernos de ti. —¡Cómo se pasa Rachel!

La luz que nos cubre es entre amarilla y blanca por haber lámparas de varios estilos rodeando el lugar, pero la luz que hay en las pistas es de un tono azulado. Suenan bolos de fondo, y a mí me da mucha vergüenza acabar la última en esa tabla de puntuaciones que hay en la pantalla que se encuentra sobre nuestras cabezas.

Los hermanos Count son a los que mejor se les da jugar a los bolos, no fallan ni una, aunque no se lo tienen nada creído, porque aconsejan a los demás cómo hacerlo. A los otros también se les da bastante bien, y no entiendo cómo pueden hacerlo, si yo nada más coger por primera vez el bolo sentía que se me resbalaba del peso, hasta que se levantó Tyler para ayudarme y decirme que eligiese otra bola en la que estuviera marcado un peso menor.

El resto del grupo está entretenido con sus charlas, o bebiendo, e incluso Rachel está apoyada en la barra hablando con el que trabaja aquí. Un chico que se ve que es mayor que nosotros, bien afeitado y con el pelo corto entre pelirrojo y castaño. Están hablando con mucha confianza por lo que puedo apreciar en unos segundos.

Pongo el anular, el corazón y el pulgar en los agujeros de la bola, porque eso es lo que he visto hacer a los demás. Al menos no parezco boba, por ahora, aunque ya llega el momento de tener que lanzarla hacia los bolos, los cuales veo demasiado lejos.

Al verme dubitativa, Tyler no se va de mi lado y me dice al oído, susurrando:

—Coge por aquí, te ayudo, tienes que hacer este movimiento de muñeca y, cuando hayas

visualizado el bolo central, ¡lanza! —Hace conmigo el movimiento, cogiendo mi mano desde atrás. Imagínatelo como una película en la que enseñan a la chica a jugar al billar, porque así es como está sucediendo. No tengo la mano disponible para envolver el dedo en el pelo como hago cuando estoy más que nerviosa, así que cierro los ojos, respiro y lo huelo a él, tan cercano que se me acelera el pulso. Los abro de nuevo y confío en él hasta lanzar la bola.

¡He tirado tres bolos! No me lo puedo creer. Y dirás que son pocos, pero para ser la primera vez es un logro. Le doy un espontáneo abrazo gritando de alegría, como si de haber hecho un pleno se tratase, y rápidamente me percató de que a pocos metros está Rachel, por lo que me separo rápidamente. Siento mucho respeto hacia ella y su amistad, y no quiero entrometerme en su relación, aunque a ella parece no importarle mucho por el gesto que me hace de triunfo celebrando mis tres bolos caídos.

No lo entiendo, nos ve en plena película a su novio y a mí pegaditos para tirar un bolo y se alegra celebrando que estoy aprendiendo. Bueno, mejor, aunque yo no quiero tener un acercamiento con Tyler, porque, cada vez que lo pienso, no para de estar Rachel dando vueltas en mi cabeza. ¡Se va a marear de tantas vueltas por mi mente!

La verdad es que me he estado fijando todo este tiempo en lo que me dijo Jess de que me hace ojitos. No sé si es que tenemos ya algo de confianza como para que me vea como una buena amiga o es que es verdad y no pierde el tiempo, porque siempre aprovecha los momentos a mi lado para alterarme mientras se ríe mirando cómo enredo en mi dedo un mechón de pelo debido a mi nerviosismo. ¿Y si, aunque tenga novia, es un mujeriego al que le da igual estar delante de ella para coquetear con otras? Puede parecerme que está tremendo, pero creo que no quiero comprobar si le gusto. Demasiada carga tengo pensando en la pobre Rachel como para sentirme aún peor haciendo que lo dejen por mi culpa.

Era de esperar. He perdido por goleada, he quedado la última de los siete y con muchos puntos de diferencia del penúltimo puesto, que lo ocupa James. Así que dicen que por quedar los últimos tenemos que invitar a cenar otro día. Se han sacado esa norma de la manga en un momento; sin embargo, no me opongo y acepto con gusto, ya que con este grupo me siento muy bien y no me importaría tener que quedar otra vez todos de nuevo para cenar.

Capítulo 15

Todo este tiempo transcurre con normalidad. La casa está preciosa y, cuando recibimos visita, tanto de Rachel como de los chicos, nos traen algún detallito para que podamos seguir en nuestro empeño de conseguir la decoración ideal. Las tardes libres las pasamos en el jardín, haciendo manualidades, como un tapiz de diferentes tipos de cuerdas para colgar en el salón o un cuadro con piedras y ramitas que recogemos por alrededor de casa. Rachel es una artista en esto de las manualidades.

Se oye el piar de los pájaros, que se asoman para hacernos compañía y cotillear qué hacemos, y al fondo del lago se aprecia entre la arboleda verde intenso un gran sauce llorón que, al cerrar los ojos tras mirarlo, te transporta a mundos de fantasía y paz.

A veces también nos quedamos con los demás hasta tarde bebiendo y comiendo nubes de algodón que quemamos en la pequeña hoguera circular de nuestro jardín. Pasamos horas riendo, hablando de todo y de nada, conociéndonos mejor, y cuando se hace el silencio, no es incómodo, sino que al mirar a lo lejos, a la oscuridad del bosque, estamos en completa calma.

En el trabajo va todo sobre ruedas. Hago fotos bonitas, pies de páginas perfectos, montajes... y al subir a mostrárselo a Tyler cada vez voy más decidida y segura de mí misma. Él también me está ayudando a que tenga más confianza, puesto que no pierde un solo momento para recordarme lo buena que soy en mi trabajo, y me dice que como persona hay pocas como yo, y entonces me nombra decenas de virtudes que cree que poseo. Esto último me sonroja, pero asiento con una sonrisa cada vez que me elogia. Yo a él no le digo nada. Primero, por vergüenza máxima, y, segundo, porque, a ver, tiene espejos en su casa, supongo, y verá la perfección que veo yo, exteriormente. Esa mirada que hace derretir los polos, el pelo siempre perfecto, un cuerpo atlético que se aprecia con su ropa cuando es ceñida, los labios... ¡ay, los labios! Y las manos que se apoderan de mis sueños casi cada noche. Bueno, eso y que también es una persona increíble. Es amable y se preocupa por que todos estemos bien, y si no lo estamos, nos ayuda y apoya ante cualquier problema que nos surja. Es detallista, y huele tan bien... siempre recordaré su olor.

Aquel día, justo cuando iba a subir a llevarle a Tyler todo lo que había hecho, pasó ante mí, ignorando a cada compañero del periódico, una chica que mostraba su superioridad. Es rubia de cabello corto, tez clara y piernas largas, y va vestida de una forma demasiado vulgar para mi gusto, destacando los tacones altísimos que controla a la perfección. Tiene, además, unos ojos pequeños y unos labios más grandes que toda mi cara. Vale, estoy exagerando, pero es que ya desde primera hora, con la forma que ha tenido de aparecer y pasar de todos nosotros, no me ha gustado ni un pelo.

Entonces oigo a una de las chicas que trabaja aquí decir con una palmada en la frente:

—¡La que se va a liar!

Intrigada, la sigo con la mirada, y se dirige, flechada, a la oficina de Tyler. Yo subo casi tras ella, unos pasos por detrás, no sea que se voltee y me fulmine con esos ojos de fuego que tiene. Además, tengo que ir a darle todo lo acabado al jefe, así que a ver cómo me las apaño con la tipa esta. No me gusta ni un pelo.

Cuando llega a la puerta, la abre sin pedir permiso, y puedo apreciar que se sienta en el sofá cuando Tyler rápidamente se tensa y se levanta de un salto de su silla, dejándolo todo tal y como estaba. Está tenso, serio, y si las miradas matasen, esa chica ya sería historia.

En ese momento se percata de mi presencia porque me acerco un poco y estoy a punto de tocar en la puerta para pedir permiso, a diferencia de otras. Al mirarme, noto cierta relajación y una media sonrisa sincera.

—No quiero molestar, lo siento. Te dejo lo de hoy. —Entonces le tiendo rápidamente la carpeta de cartulina con el trabajo realizado dentro y me alejo rápidamente.

La chica no me mira, sino que sigue con la mirada fija en él, comiéndoselo desde la distancia, tirada en el sofá con pose seductora. ¡Qué mala espina me está dando! Y no porque se vea de lejos que es una lagarta, sino por lo serio y tenso que se ha mostrado él en cuanto la ha visto.

Tyler se acerca a la puerta, me mira tranquilo, sin preocupaciones, como siempre hace, me toca la mano y me da las gracias justo antes de cerrar la puerta. Qué caricia, cada vez que lo hace consigue estremecerme.

En menos de un minuto ya se empiezan a oír gritos por parte de ella. A él también se le escucha, aunque no se pone a su altura y demuestra la educación que lo caracteriza, aun teniendo alguien cerca que grita y grita. No me entero de lo que hablan, así que en un momento me doy por vencida y, al haber llegado la hora de finalización de mi jornada, recojo las cosas y me voy, junto a mis compañeros, que no paran de hablar sobre ella.

—¿No te molesta? —me pregunta un compañero, y sé que se refiere a la chica de arriba.

—¿A mí? ¿Por qué iba a molestarme? —Se ríe, no me responde, y todos nos despedimos hasta el día siguiente.

Capítulo 16

Tyler lleva varios días faltando al trabajo, no sabemos nada de él, y cuando pregunto a Rachel, se muestra triste. Unas veces me dice que está enfermo y otras que tiene que arreglar unos asuntos y que pronto volverá. Ya no sé qué creer.

No tengo ni idea de qué habrá pasado ni de si está bien. Me parece muy raro que haya desaparecido así y no llame ni una sola vez para asegurarse de que todos los artículos, las fotografías y los montajes llegan a tiempo a la rotativa. Hacemos un buen equipo y sé que él daría el visto bueno a todo, pero, aun así, me sigue extrañando todo esto. Y más que Rachel tampoco quiera contarme nada, rehúye mis preguntas.

Estando tumbada en el césped, sin nada que hacer, solo ver pasar bandadas de pájaros y fijarme en cómo van cambiando de forma las nubes por la brisa del verano, se acerca a mí, a menos de dos metros, un pequeño parajillo de color naranja intenso. Tiene una graciosa cresta que parece imitar a un verdadero punki. Se acerca un poco a mí dando un par de saltitos, y yo me sobresalto por no esperarlo y doy un brinco. Entonces sale volando hacia arriba, donde me percaté de que está su mamá, o quien sea, pero es igual, aunque algo más grande. Están en un nido y comienzan a picotear algo, supongo que la comida que ha traído la hembra. Los observo y, de repente, recuerdo cuando estuvimos en la granja para hacer fotos a los terneros. No puedo evitar pensar en Tyler, y es que es una persona educada y formal, y me preocupa que nos haya dejado así estos días en el trabajo sin dar ni una señal de vida. Él es tan dulce que mis pensamientos se tornan en rabia imaginando a aquella chica gritándole, aunque no es lo único que me preocupa por cómo lo miraba en su despacho, por cómo estaba sentada, esa postura... Me levanto decidida, salgo de casa y a mitad del camino llamo a Rachel.

—Estoy en casa desayunando, ¿quieres que vaya?

—No hace falta, ¡estoy a un minuto de llegar a la tuya! —Cuelgo antes de que le dé tiempo a responder, y no se lo he dicho, pero no me voy a ir hasta que me diga qué pasa de verdad. Puede ser su novia, pero yo soy su amiga, y también tengo derecho a saberlo. Me siento segura, decidida, y espero seguir estándolo cuando llegue y quizás me encuentre con él.

Toco al timbre y me abre ella, dándome un abrazo y canturreando alegre un «buenos díaaaas». Me invita a pasar y no se oye nada. Hablamos de temas nada importantes y acabo por preguntarle:

—¿Y Tyler? ¿No está en casa? —Viven juntos, nos lo dijeron al principio de conocernos.

—Se ha ido a pasar unos días a casa de mis padres. Viven en un pueblo de aquí al lado y ha ido a despedirse un poco.

Pues sí que se lleva bien con los padres de Rachel. No me imagino yo yendo a casa de mis futuros suegros, preferiría irme a la mía. ¿Te parece normal?

Se oye un *claqueo* de tacones bajando por la escalera y no quiero ni pensar en que sea esa chica, pero es ella. Entra a la cocina y le da un beso en la frente a Rachel, lanzándome tal mirada que parece que siente asco hacia mí. Cada minuto que pasa entiendo menos. Saludo, pero no responde y se va. Rachel se disculpa y me explica que es una ex de Tyler, que no me puede contar más porque fue una situación un poco difícil, y que por eso está en la casa de los padres de ella, pero que pronto volverá. Entonces me da como a escondidas un trozo de papel en el que ha escrito algo y se despide de mí; echándose de casa, básicamente.

Es decir, vamos a aclararnos... la chica extravagante es la ex de Tyler, que está quedándose en

su propia casa y se lleva bien con su novia. Dime que no soy la única que no ve nada lógico en todo esto. ¡Menudo lío!

Cuando abro la nota, leo: «Necesita que hables con él, lo sé», y un número de teléfono. Es el de Tyler, y voy a escribirle, por supuesto que lo haré, es mi amigo, pero ¿no puede consolarlo su novia y hacerle sentir bien?

Mi día acaba pronto en el periódico, y cuando llego a casa no hay nadie. Kate últimamente está muy ocupada con los dos trabajos. Por las mañanas está en el colegio, aunque no a tiempo completo, y por la tarde con los niños dando clases. Le encanta y cada día me lo repite.

Entonces recuerdo el papel que me dio Rachel, aunque la verdad es que no lo he olvidado en todo el día, así que lo abro y guardo su contacto en el teléfono. Tirada en el sofá, no lo dudo un segundo y abro WhatsApp para escribirle.

Yo: *¡Hola, Tyler! Soy Lisa.*

Tyler: *¡Elisabeth! Por fin me has dado tu número. Te has hecho de rogar, ¡eh! ¡Lo conseguí! Y solo he tenido que desaparecer unos días.*

Yo: *Es que Rachel me dio tu número. Estaba preocupada y tenía que saber cómo estabas. Espero no molestarte, ¿va todo bien?*

Cambia de tema a cosas del trabajo, a recuerdos de otras ocasiones, y me pregunta por nuestros amigos, y así estamos pegados al teléfono durante más de media hora. No nos damos cuenta de cuánto tiempo ha pasado hasta que veo la hora y pienso que tengo que ir planeando la cena. Antes de despedirme, ¡se lo suelto! No me lo callo, ¿por qué tendría que hacerlo?

Yo: *Oye, Tyler, tengo que decirte algo... Si no es mucho preguntar, ¿qué pasó con la chica rubia que llegó aquel día a tu oficina? Ni los del trabajo ni Rachel me quisieron contar nada.*

No contesta. Así que insisto, me preocupo por él, no me importa parecer pesada.

Yo: *Soy tu amiga, puedes contar conmigo y decírmelo. Te ayudaría en cualquier cosa. Total, si estoy aquí en Steewon Village es gracias a ti. Si no hubiese llegado aquel chico dispuesto a contratar a cualquiera que se desmaya a la primera de cambio, al final hubiese acabado en otro lugar.*

Se ha desconectado. Pues sí que será fuerte lo de la rubia esta porque todos rehúyen mis preguntas e insistencias, incluso él.

Entonces le escribo que voy a pensar qué cenar y me despido, pero se me ha quitado el apetito y dejo el móvil de lado.

Cuarenta minutos después llaman al timbre. Se lo voy a contar todo a Kate, será ella, aunque es pronto para que llegue, igual que Rachel, que aún no ha cerrado la tienda. Abro la puerta y es él, ha venido Tyler. Trae una *pizza* que huele a recién hecha. Lo abrazo, sin pensar en Rachel ni en nadie. Lo echaba de menos, y esto es solo un abrazo de amistad, aunque uno de los que te dejan sin aliento, fuerte, sentido... tanto que cierras los ojos para abrazar aún más.

Al separarnos me mira disimuladamente de arriba abajo, con una mano frotándose la nuca, y acaba fijándose en mi manía con el pelo. Entonces sonrío diciendo:

—Me dijiste que no sabías qué cenar. Espero que te guste, es mi favorita.

Lo invito a pasar, pongo la mesa con dos refrescos, unos posavasos de la tienda de Rachel y unas servilletas y nos sentamos, uno al lado del otro. Hablamos como hacía un rato por WhatsApp, cómodos y sin vergüenza ninguna. Tenemos confianza. Hasta que vuelvo a sacar el tema y se muestra cabizbajo.

—Siento no habértelo dicho antes, Elisabeth. Pero te lo voy a contar todo... La chica esa que viste se llama Miranda. Tenía la esperanza de que no volviese al pueblo, porque se mudó a Maine y no he vuelto a saber de ella desde que se fue. —Escucho atenta, sin interrumpir. Dejo que me lo

cuente todo—. Estuve saliendo un tiempo con ella, pero incluso me enteré de que estuvo engañándome con otro chico. Vivíamos juntos y fui a casa para dejarla, porque estaba convencido, y no quería seguir con alguien que buscaba fuera de casa algo porque no se sentía completa conmigo. Cuando llegué para contarle que lo sabía todo y que no quería seguir con ella, me la encontré, engañándome de nuevo, aunque esta vez con otra persona, lo que me dolió mucho más. Fue con Rachel, estaban juntas... bueno, no te voy a contar esos detalles, es mejor que no los sepas.

¿Qué? ¿Con Rachel? Me va a doler la mandíbula de lo boquiabierto que me ha dejado, y es que me ha sorprendido un montón.

—¿Cómo? ¿Rachel? ¿Nuestra Rachel? No me lo puedo creer. Pero... sigues con ella, aunque con Miranda estéis mal, ¿no? —Esto parece una telenovela. Y soy tan cotilla que no puedo quedarme sin saber qué ha pasado.

—Claro, no puedo estar sin Rachel. Estuve sin hablarle un tiempo, pero no puedo apartarla de mi vida. Miranda es diferente, a ella no quiero ni verla. Además, ha venido al pueblo con intención de que volvamos, y si no vuelvo con ella, lo intentará de nuevo con Rachel, así que hasta que no se vaya no pienso volver. Crispa mis nervios y no quiero tomarla con nada ni con nadie. No os merecéis que os trate mal porque esté enfadado con Miranda. —Lo noto triste, sus ojos están vidriosos.

Sé que necesita un abrazo. Al menos yo lo necesitaría si estuviese en su situación, así que me lanzo y lo abrazo, susurrándole:

—No nos tratarías mal a ninguno, te conozco lo suficiente para saber lo buena persona que eres y que no dañarías a nadie. —Con el gesto que hace sé que se ha secado una lágrima aunque al terminar el abrazo disimule y ya no corra ni una más por sus mejillas.

Momento incómodo. Cuando deshago el abrazo estamos demasiado cerca, pero Rachel aparece en mi cabeza, así como mi respeto hacia ella, y me freno al instante.

Cambiamos de tema radicalmente, ya no le recuerdo nada de ellas dos, no las nombramos y pasamos del tema, disfrutando de una buena noche.

Llega Kate, con James, discutiendo que si tal película es buenísima mientras que al otro le parece la cagada más grande del cine. Uno la ama y otro la odia, y están hablando de tal forma que parece que se enfadan de verdad. Nosotros soltamos una carcajada y se dan cuenta de que estoy acompañada.

—¡Uuuuuuh! ¡Visitas inesperadas! —exclama Kate, haciendo que empiece a darme vergüenza, una sensación que ya había desaparecido en mí durante la noche.

—Entonces, ¿vemos esa peli hoy o qué? ¡Yo me apunto! —Se anima Tyler autoinvitándose, y yo no pongo problema ninguno, ¡me gusta!, su compañía... claro.

La verdad es que a mí también me ha parecido un poco bodrio la película, y a Tyler también se notaba que le aburría, porque no paraba de cuchichear, riéndose y hablándome todo el tiempo, cosa que no me molestaba para nada, todo lo contrario. Al terminar, nos vamos los cuatro al jardín, con unas copas, a disfrutar de la temperatura de la noche y a hablar un poco.

—Me lo he pasado muy bien, lo necesitaba. Gracias, de verdad, gracias, Elisabeth.

—Vuelve pronto, por favor —ruego, aunque no soy nadie para hacerlo, pero quiero que vuelva y que todo siga su normalidad.

Me toca el brazo y me da un beso en la mejilla para despedirse; es un beso más dulce y suave que otras veces, más delicado.

Capítulo 17

Al día siguiente, cuando llego al trabajo, vuelvo a ver su puerta cerrada y me entristece, hasta que...

—¡Buenos días, chicos! —Es él, ha vuelto. No puedo evitar mostrar mi sonrisa más amplia—. No mires para arriba, estoy aquí, te he hecho caso. —Y aunque sé que me ha pillado con la mirada fija en su despacho, estoy muy contenta de tenerlo de vuelta. Es un jefe excelente, y además de alegrar la vista a cualquiera, me encanta tenerlo a mi lado como a un amigo.

Su vestimenta de hoy es informal, lo que hace que se me caiga más la baba al verlo. Esos *jeans* desgastados, esa camiseta, su media barba... incluso viene con deportivas. No me puede encantar más.

—¿Te disfrazas de persona normal? —le pregunto bromeando.

—No tengo que aparentar con vosotros, ya me conocéis. O ¿quieres conocerme más a fondo? —Este chico lanza indirectas cada vez que le viene en gana, es su estilo, y aunque me ponga nerviosa, me encanta. Sé que lo dice en broma, porque no creo que quiera tener algo con nadie si sale con Rachel. Así que le sonrío enroscando mi pelo.

Hemos empezado el día con buen pie. Tyler sube a revisar todo lo atrasado y a ver nuestro trabajo ya acabado de estos días. Todo va viento en popa a toda vela hasta que vuelve nuestra querida amiga, si me permites la ironía. Se dirige flechada de nuevo hacia arriba, hasta que, sin pensarlo, sale mi vena defensora, mi yo más atrevida y caradura, y me planto delante de ella.

—¿Necesitas algo? No puedes subir, el jefe está reunido. —No me creo cómo de convincente y seria se me nota. ¿Premio a la mejor actriz? Para Lisa, está claro.

—¿Perdona? ¿Y tú quién eres? —me dice con su barbilla levantada y mirándome con desprecio.

—Nadie que a ti te importe, y si nos permites seguir trabajando... ¡Buenas tardes! —contesto señalando la puerta con la mano, invitándola a salir de aquí.

Se queda petrificada, parece que nunca la han puesto en su sitio, pero solo recordar esos preciosos ojos de color aguamarina y ámbar, anegados en lágrimas queriendo ocultar su dolor, me hace más fuerte. Y ahora sé que tengo el poder de mandarla a freír espárragos antes de que suba a seguir hiriéndole.

Dubitativa, sale sin decir ni una sola palabra, y tras cerrar la puerta no paran de oírse cosas como: «¡Guau! Por fin alguien que la deja sin habla», «¡El nuevo fichaje ha tenido las agallas para hacerlo!», «¡Bravo, Lisa! Todos hemos querido hacerlo en algún momento y nadie se ha atrevido».

Y aparece Tyler, con las cejas arqueadas, los ojos como platos y sin decir nada. Hasta que le hago un gesto dubitativo encogiendo los hombros.

—Ven arriba un momento, por favor. —No lo dice en plan regañina, sino amable. A ver qué querrá decirme, a lo mejor me he pasado tres pueblos, pero no pienso tolerar que lo trate así, al menos delante de mí.

Cierra la puerta cuando entro y me da un abrazo que hace que me cruja todo.

—¡Gracias! Lo he oído todo. No tenías por qué, estoy decidido a ser claro y desterrarla de mi vida para siempre. Nadie hizo algo así por mí nunca. Gracias, mil veces gracias. Normal que me vuelvas loco.

¿Que le vuelvo qué? No lo dirá en plan... romántico, ¿no? Seguro que es la emoción del

momento la que habla por él. Sea como sea, le respondo que no tiene por qué dar las gracias.

—Hoy salimos a celebrar el destierro de la bruja, ¿vale? ¡En el Porter's como siempre! —me propone. Con todos los demás, obviamente.

Qué día de locos... Ay, «loco», no quiero recordar esa palabra, ese momento... porque me dan cortocircuitos mentales. ¿Se lo debería contar a Rachel? Aunque no quiero fastidiarle a Tyler lo que tienen, y menos ahora que se va a librar de Miranda.

En el *pub* se le ve liberado, como si fuera el más feliz de todo el pueblo. Invita a rondas, me coge para bailar, ríe hasta quedarse sin aire... está disfrutando. Rachel ha venido y no ha traído a su amiga, así que todo bien.

Cuando Tyler me da un respiro, porque no para de hablar y bailar conmigo, me acerco a Rachel para preguntarle.

—¿Y Miranda?

—Se ha ido, no sé qué le dirías, pero me advirtió que había una chica nueva que parecía la guardaespaldas de Tyler y no quería malos rollos. —¿Que no quería malos rollos? Pues sabe disimular muy bien—. La dejé quedarse en casa porque no tenía a donde ir, y él ya decidió irse a casa de mis padres hasta que ella desapareciese de nuevo.

Supercontenta voy a Tyler y le cuento al oído la buena noticia, a lo que reacciona abrazándome, y me dice sincero:

—¿Sabes? Esto no suena exactamente a libertad, porque sé que tarde o temprano volverá, pero estoy en ello, me has dado la fuerza y seguridad que necesitaba para enfrentarme a ella. ¡Se acabó! —Me coge de la cintura, me eleva y me da vueltas, creyéndose que estamos solos en el *pub*. Dice que le he dado fuerzas y seguridad, justo lo que me falta a mí, pero poco a poco, gracias a estar en este maravilloso pueblo, lo estoy empezando a reforzar. Tyler irradia felicidad, nunca lo había visto así.

La noche está siendo una de las mejores desde que estoy aquí, y es que cada vez me siento más integrada en Steewon Village.

Seguimos bailando, haciendo movimientos exagerados, y bebiendo, hasta que vamos a pedir un último cóctel, pero el camarero no está. Miramos a todos lados y me percató de que a lo lejos está dándose el lote con una morena de cabello largo ondulado. Me suena, y cuando se gira para dar una calada al cigarrillo, veo que es ella. ¡Rachel!

Tyler no la ha visto, y no sé por qué intento disimular y ocultárselo para que no se dé cuenta de la situación.

—Por favor, acompáñame fuera a que me dé un poco el aire. ¿Vamos?

Le doy la mano y lo llevo camino a la puerta, esquivando a todos los que nos encontramos. Me nota rara porque estoy nerviosa y no se me ocurre qué contarle para tenerlo entretenido.

—¿Qué pasa? Estás rara.

Miro de reojo hacia dentro en dirección a donde está Rachel para asegurarme de que ya ha parado todo y el camarero ha vuelto a su sitio. Pero Tyler se percata de este movimiento que quiero hacer levemente, así que me pilla de pleno. Se gira y yo le cojo la cara para que no mire, aunque insiste y lo ve. Ve que Rachel se da el lote con el camarero. Y además fumando, y no entiendo por qué lo hace, se ve raro en ella. Furioso, se deshace de mí y se acerca rápidamente a la pareja de los besos de quinceañeros.

Desde la distancia veo furia en los ojos de Tyler, que se han oscurecido de la rabia. Lo que era una noche feliz y divertida, se convierte en incomodidad, en furia por su parte y en despreocupación por parte de Rachel. Ella parece restarle importancia, niega con la cabeza, señala a su cigarrillo y Tyler se lo quita, lo tira y lo pisa. Se despide del camarero muy

educadamente, demasiado para lo que acaba de ver, y se lleva a Rachel casi a rastras, tirando de ella y agarrándola de su muñeca.

Me da igual que sean pareja y que no deba meterse nadie entre ellos, pero no pienso consentir que un chico haga daño a una chica, aunque el chico me parezca de lo más irresistible que exista en la Tierra, porque esto obviamente le quita toda la sensualidad que creía que tenía.

Salgo a toda prisa tras ellos, y cuando llegamos los tres fuera, apartados del bullicio del *pub*, la suelta justo frente a él y alzando la voz le echa un sermón digno de un padre a su hija si la ve fumando. Que si es malo, que no lo haga para creerse guay, que si los daños son irreversibles... y bla, bla, bla. Observo la escena y sé que él no lo ha hecho con mala intención, no quería hacerle ningún daño, todo lo contrario, se preocupa por ella y por su salud.

Rachel se disculpa con él, se abrazan y los dos lloran al unísono. Estoy desconcertada, no entiendo qué pasa. Es una escena muy emotiva, pero ¿acaso no ha visto que se besaba con el camarero? Me duele verlos así, llorando, y me acerco poco a poco para abrazarlos. Lo necesitan, y yo también, son mis amigos, y no quiero verlos pasándolo mal.

—Vaya escenita estáis montando, tortolitos. —Se secan las lágrimas riendo conmigo. Tyler me tiende sus suaves aunque fuertes manos y yo pongo las mías sobre ellas. Rachel me da un beso en la mejilla y nos deja solos, se va de nuevo al interior del *pub*.

—Elisabeth, tengo que contarte algo. Siento que me hayas visto así, pero mi padre murió de cáncer, y es que fumaba más que nadie. Me odiaría si no hiciese nada al respecto viendo a Rachel con un cigarro. —Agacha la cabeza y noto pesar en su voz, está triste a la vez que aliviado de poder contárselo a alguien.

Solo lo abrazo, ya habrá otro momento para recordarle la traición de Rachel con el camarero.

Capítulo 18

Adoro mi rincón de paz, de soñar viendo a los pajarillos de un lado a otro y a esa familia de patos contonearse haciendo una fila en el lago frente a mi casa, mi hogar. Ha pasado un mes desde aquella noche tan rara. Quiero hablar primero con Rachel, aunque de momento no he tenido la ocasión, puesto que siempre nos vemos con alguien más. Tyler sigue en su línea, coqueteando conmigo cada vez que puede, y yo rehuyendo esos coqueteos por mi amiga, aunque ya me gustaría a mí corresponderle, es lo que más deseo cada vez que lo veo, o cada vez que hablamos o nos rozamos la mano.

Las hojas de los árboles empiezan a teñirse de tonos rojos, amarillos y naranjas... van perdiendo su color verde intenso, teniendo como meta transformarse en un marrón crujiente y así poder caer de una forma elegante hasta llegar a posarse en el suelo y convertirse en un romántico follaje. El otoño en Steewon Village es una obra de arte, cada rincón parece diseñado por un gran modista famoso para que esos tonos típicos de esta época sean dignos de revista. Lleno la tarjeta de maravillosas fotografías para nunca olvidarlo.

Es el día de hablar con Rachel, ya le he escrito un mensaje en el que la citaba aquí en casa para hablar con ella de un asunto importante. Ella, claro, se sorprende porque siempre hemos quedado sin motivo aparente, simplemente para charlar de cualquier cosa, hacer manualidades o lo que se nos ocurra en el momento.

Llega preocupada, con cara de culpabilidad, como si ya supiese que le voy a pedir que le diga a Tyler lo que pasó con el camarero.

—Rachel, por favor, cuéntale tú a Tyler lo del camarero, no quiero tener que hacerlo yo. Sois muy buenos amigos para mí, ambos, ninguno más que otro, y odio tener que estar ocultándole algo tan grande.

Después de relajar su rostro y sonreír, se sincera diciéndome:

—Lisa, soy bisexual. Tyler ya lo sabe, desde hace mucho. Siempre lo ha sabido y no le estoy ocultando nada.

Bueno, esto tampoco es que me sorprenda mucho. No me importa su condición sexual, a mí me gustan los chicos, y especificando un poco más, me gusta el suyo, lo reconozco, pero aquí cada uno tiene un gusto diferente, mientras no moleste a nadie... Yo solo quiero que él no vuelva a sufrir nunca más, y se lo digo, omitiendo lo de que a mí me gusta él, aunque sin darme cuenta de que sale a relucir cuánto me importa Tyler.

Las risas ya son más intensas.

—¿Estás hablando de mi hermano? Lisa, por favor, no pensarás que tenemos algo, ¿no? ¡Que es mi hermano! Her-ma-no... por si no te ha quedado claro. ¿En serio, Lisa? Ay, que llevas aquí ya un tiempo, no me digas que no lo sabías. Pero si nunca estamos juntos, ni nos tocamos ni nos decimos cosas bonitas, al contrario, no paramos de chincharnos, y él es un pesado protector.

Me quedo muda, literalmente, no sé qué decir. Tampoco sé si alegrarme porque Tyler no es un mujeriego que tontea conmigo estando con otra o enfadarme porque parece que hayan estado jugando todo este tiempo para que yo siga pensando que son pareja.

—Lo siento, tengo que estar sola. Después hablamos, te escribo o lo que sea.

Rachel respeta mi decisión y se marcha. Y ahora, ¿qué hago? ¿Me enfado con Tyler?, ¿voy a abrazarlo? Saco el móvil del bolsillo, abro la *app* de WhatsApp y ahí, arriba del todo, está *Run*

the world, así que escribo a mis chicas y les cuento todo... todo. El chat está que arde, tanto que hasta agota la batería, como siempre que pasa algo importante. Y esto lo es. Al menos, aunque no me aconsejen lo que quiero leer, son mi desahogo y sé que siempre estarán ahí, igual que yo estoy para ellas. No sería nada sin mis dos neoyorquinas.

Estoy decidida, abro la conversación de Tyler y le escribo: «*Habéis jugado con mis sentimientos. Llevo preocupándome por que no lo pases mal ¡meses! Y ahora me entero de que Rachel es tu hermana, no tu novia. ¿Queríais engañarme? ¿Escondérmelo? ¿Por qué? ¿Tan tonta os parezco?*».

No me responde, claro, ya Lisa no da juego ni tienen de quién reírse. Se estarán buscando a otra para pasar el rato engañándola. Estoy rebosando rabia por todos los poros de mi piel.

Me ha leído, pero se ha desconectado. ¿No te da rabia que te lo hagan? ¡Que veo el doble *check* azul!

No ha pasado ni media hora cuando suena el timbre. Llega él con algo en la mano que quizá sea lo primero que ha podido coger de algún jardín en el camino y disimula como si fuera un ramo de flores. ¿Sigue de broma?

Continúo enfadada, aunque está tremendamente irresistible, adorable con esos hierbajos en su mano, tendiéndomelos y poniendo ojitos de no haber roto un solo plato. Abre los labios y no puedo parar de mirárselos.

—No digas nada. Ya me lo ha dicho todo Rachel. No sé cómo me habéis engañado así.

—Toma, son lavanda, manzanilla y menta. Recuerdo cómo mirabas aquellas plantas aromáticas de la granja Anderson, y no sabía cómo traértelas para que no pienses que soy un pesado intentando conquistarte. Elisabeth, no te hemos engañado, nunca dijimos que fuéramos novios, por favor, ni nunca lo seríamos, ¡que es mi hermana! Estaba claro por cómo nos hablamos y cómo nos tratamos. ¿Cómo llegaste a pensar eso? —No respondo, solo veo a un chico, con el detalle más bonito que han tenido nunca conmigo, que recordó ese momento en la granja, pero que hasta ahora no se había atrevido a dar el paso—. ¿Estás bien, Elisabeth?

—Sí, solo estoy procesándolo. Es culpa mía, lo di por hecho, y si doy una vuelta por todos mis recuerdos, nunca os vi juntos ni nada parecido a una relación de pareja. Sois muy raros, ¿eh? — Ahora me hace gracia y no puedo ocultarlo.

Deja las plantas a un lado, sobre la mesa de madera, y me acaricia la mejilla. Su mirada me traspasa, y me abraza, me abraza sonriendo. Cuando nos separamos, tras unos instantes juntos, dirige la mirada a las plantas, se quita su fina cazadora y animado me dice:

—Venga, te ayudo a plantarlas, ¿dónde las quieres poner?

Y ese día lo disfruto más a su lado, sin preocupaciones, sin pensar en Rachel creyendo que estoy ocultándole algo o engañándola, solo disfrutando.

El me habla con dulzura, me toca la mano con más seguridad que nunca y me mira con cariño. Parece estar conquistándome suavemente. Soy valiosa, y por fin me doy cuenta de ello. Nunca antes me lo había dicho a mí misma, el miedo y la inseguridad me invadían, pero ahora lo sé, sí, valiosa, claro que lo soy, y mucho.

Capítulo 19

Se está acabando el verano, y antes de que termine Tyler quiere llevarme a un sitio. No sé dónde es, sin embargo, me fío, sea donde sea. Confío en él, todo ha sido perfecto desde que me enteré de que Rachel y él son hermanos. Nunca había tenido una amistad con alguien del otro sexo, aunque noto que esta es sincera. ¿Que yo quisiera más? Pues sí. ¿Que a él se le nota que está intentando seducirme? Pues también. Pero no ha surgido el momento idóneo en el que podamos sincerarnos y dejarnos llevar. Nos divertimos mucho, y siempre rodeados de nuestros amigos, o solos durante unos momentos fugaces, en los que los besos en la mejilla de despedida se acercan un poco más a la comisura de mis labios.

Decido ponerme ese vestido guardado en el armario que espera ser estrenado en alguna ocasión especial. No es nada del otro mundo, pero es dulce, de un tono rosa pastel con pequeñas flores color lavanda. Aunque es de manga larga, también necesito de mi chaqueta vaquera para el aire que de vez en cuando aparece, y mis inseparables Converse.

Esta vez quedamos solos él y yo. Viene a recogerme en su camioneta y está guapísimo, aunque siempre digo lo mismo. Lleva unos vaqueros y una camiseta negra básica que le sienta de muerte, quizás porque se asoman unos suaves músculos por las mangas. Un par de colgantes con medallas pequeñas redondas descansan sobre su pecho por fuera de la camiseta. Ríe con labios apretados, puesto que se ha dado cuenta de que lo miro con ese deseo que no puedo disimular.

Vamos a una heladería del pueblo que nunca había visto. Es como la típica hamburguesería americana de los años cincuenta convertida en heladería. Colores aguamarina, rosa claro y blanco inundan el local, y por si la dulzura no fuese suficiente, las vetas en la pared y las mesas y sillas a juego. Un olor a helado y a algodón de azúcar invade los sentidos del que se acerca al lugar.

—De yogur, por favor. —Entusiasmada espero hasta que me lo entregan, con el cono envuelto en un papel con los mismos colores y unas virutas de caramelo por encima. Me siento como una niña pequeña cuando recibe un helado que lleva días pidiendo.

No nos tomamos el helado dentro porque me invita a salir e ir a un sitio que quiere que vea. Vamos caminando, dando un paseo, no hay prisa ninguna, disfrutamos del camino tomando el helado. Me ofrece del suyo y no puedo evitar poner mala cara.

—¿No te gusta el de menta?

—¡Quita, quita! No quiero ni olerlo. —A lo que él me lo acerca hasta mancharme la nariz. Se ríe, y yo me pongo seria de repente. Se tensa, cree que me he enfadado, pero explota en carcajadas.

Espontáneamente coge mi mano, la que sujeta el helado, y pasa su lengua por él, sorprendiéndome con su espontaneidad, dejándome petrificada, a punto de dejar que se me derrita por los dedos. Le encanta provocarme y hacer que me ponga nerviosa, confirmado.

Acabamos riendo y riendo, paseando, pasándolo bien, tranquilamente. Hasta que llega el final del pueblo por una de las laderas. Da a un bosque y, cuando lo miro, me señala con la cabeza.

—¿Traes aquí a todas las chicas?

—Tú no eres como otras chicas, no eres como nadie que haya conocido antes. Te traigo aquí porque sé que apreciarás esto, y, si no, dame unos minutos y verás que tengo razón. —Y la tiene. Naturaleza, la brisa otoñal, el olor a tierra mojada, ya que esta mañana llovió un poco, todo lleno de árboles, hojas en el suelo...

Lo miro con ilusión. Cualquier chico te llevaría al cine, a un bar, te regalaría un peluche... Pero él... él me regala experiencias, el poder sentir todo esto: oler, tocar, respirar... ¡Único!

Viene una ráfaga de viento, de esas que hace que te estremezcas de frío, pero se me olvida pronto al ver lo que sucede. El viento mueve las hojas que están más débiles de los árboles y hace que se desprendan poco a poco de las ramas y lluevan hojas secas con especial sutileza.

Caen, yo miro hacia arriba para ver esos movimientos elegantes, girando y girando sin parar cada una de las hojas. Cierro los ojos para sentir que caen sobre mí y a mi alrededor, con los brazos abiertos en cruz.

Cuando abro los ojos está Tyler frente a mí, a unos pasos. Él sonríe y yo miro hacia abajo, con algo de vergüenza. Soy demasiado intensa en estos momentos, pero se acerca más, estamos a un paso de distancia. Me coge de la barbilla para que lo mire y, susurrando, aunque no puede oírnos nadie, me dice:

—No sientas vergüenza, me encanta verte sentir y disfrutar de instantes como este. Todo esto es un regalo para ti, ¿verdad? Así lo sientes.

Tiene razón, al 100 %. Me relajo y le sonrío con delicadeza. La misma delicadeza con la que se acerca más a mí, mirándome con ternura. Acaricia mi mejilla y yo siento enloquecer por dentro. Siento que su mirada y la mía se entrelazan, y él mira cómo me muerdo el labio intentando impedir que estropee el momento. Sus dedos entre mi pelo, mis manos subiendo por su cuerpo, lentamente. No espera más, es el momento perfecto, roza sus labios con los míos, me da un beso tan añorado todo este tiempo que me hace suspirar, sonreír junto a él. El mundo se ha parado en este mismo instante, y no me importaría vivir en este momento para siempre. Sus labios son suaves, tiernos, invitan a quedarse en ellos. Entonces empiezan a caer unas gotas de lluvia otoñal que hacen que nos separemos riendo por la situación. ¡Me siento tan viva! Lo abrazo, me abraza, como si yo estuviera buscando en sus brazos refugiarme de la lluvia, aunque terminamos empapados en un segundo por la nube que acaba de pasar. Solo ha sido una nube, y ya el cielo se empieza a despejar.

—¡Has hecho que nos mojemos con tu danza de la lluvia mientras te caían las hojas! —bromea, pero se sincera—: Verte disfrutar así ha sido muy especial, ojalá pueda seguir viendo a tu lado situaciones tan bonitas como la que me has hecho presenciar.

—¿Ojalá? Vamos a romper ese ojalá y hagámoslo realidad, ¡por más momentos así! —ruego.

Asiente y me da su mano. La vuelta a casa es especial, estoy menos nerviosa que otras veces, ya mi tic del pelo se está esfumando; bueno, poco a poco. Siento el viento darme en la cara y disfruto de nuevo, aunque para el coche, el viento cambia de dirección y se me mete el pelo en la boca y cubre toda mi cara. ¡Qué sexi!, irónicamente hablando. Haciendo el ridículo de nuevo, sí, puedes reírte, porque Tyler también lo hace, pero no por molestar, lo hace sin mala intención, tratando de aguantarse la risa.

Capítulo 20

Estoy en casa, no me puedo creer todo lo ocurrido en el día de hoy. Pienso en ir a mi habitación, tumbarme en la cama y relajarme. Pero decido sentarme en el sofá, abrir *Run the world*, añadir a Rachel, porque sé que a Jess y a Kate no les importa, y enviar un audio medio gritando: «¡Chicas! ¡Novedades! ¿Para cuándo videollamada?».

Kate llega en cuestión de minutos y Jess está haciendo llamada en grupo. Respondemos y vemos a Rachel corriendo, diciendo: «¡Voy para vuestra casa! ¡Esperadme que quiero oírlo en persona!».

Están más entusiasmadas aún que yo, que ya es decir. Se lo cuento todo y no paran de bromear conmigo, y la videollamada dura más de una hora. Las chicas gritan emocionadas, y afortunadamente no tengo vecinos cercanos, si no se percatarían de las voces locas de mis amigas.

Te pongo al día. A Jess la han hecho fija en su trabajo de Tiffany's, aunque sigue con sus altibajos con Matt, así que está muy indecisa, no sabe qué hacer al respecto. Kate trabaja en el colegio y con los niños en las clases algunas tardes. A ella, la mar de feliz con James, parece que la suerte le sonríe. Rachel, por su parte, disfruta con las oportunidades que se le presentan de vez en cuando, aunque repita el numerito con el camarero más de una vez y de dos.

El trabajo se vuelve más fácil cada día que pasa. Hay compañeros que cuchichean y bromean, pero no me importa, no lo hacen con intención de fastidiar. Las subidas a mostrarle a Tyler el trabajo cada fin de la jornada son lo que más deseo durante todo el día. No lo hago tensa ni avergonzada, como hasta ahora sucedía; ahora se lo enseño estando sentada a su lado en el sofá de su despacho, entre miradas y sonrisas. Mi cabeza me dice que me centre en el trabajo, pero el corazón hace que tenga mariposas revoloteando en el estómago y ampliando mi sonrisa cada vez más.

El cuarto de revelado se ha convertido en nuestro escondite no muy secreto. Todos lo saben, sin embargo, el hacer como que nadie se ha enterado de lo nuestro da más emoción a nuestra historia. A veces me deja allí sobre la mesa algún detalle. Un día me encontré un bombón, otro una rosa de color rojo, que al llegar a casa puse boca abajo para secar y tenerla siempre conmigo. También me sorprendió con un paquete de chicles de menta, seguro que recordando el día de nuestro primer beso, cuando él pidió helado de menta, y con una nota en la que había escrito solo una palabra: «Sonríe». Otro de los detalles fue un pequeño bote que contenía un perfume con un olor que hacía que me transportara a los campos de Escocia. Nunca he estado allí, pero seguro que huelen como lo que contenía ese frasco. Me conoce y sabe que los detalles perfectos para mí son regalos para los sentidos o que al recordarlos en algún momento me hagan sonreír.

Ha querido invitarme a cenar a un restaurante indio, de esos a los que tienes que ir arreglado y es todo en silencio, impecable, con camareros supereducados y atentos. Me pongo unos pantalones negros y una camiseta de un tono rojo anaranjado muy bonita que me regaló Jess diciendo que era demasiado ñoña para ella, con unos encajes en los hombros. Él va guapísimo de principio a fin, con pantalones de vestir negros con líneas verticales muy finas en gris claro y una camisa blanca. Su olor, sus manos, su mirada... son cosas que no puedo explicar, estaría horas detallando cada poro perfecto de su piel.

—Me dejas sin palabras, adoro el azul del cielo en tu mirada, tu dulce y tímida sonrisa... No puedo estar repitiendo lo preciosa que estás siempre. ¿O sí? —me susurra con brillo en los ojos.

—Nunca sé qué responder a las cosas bonitas. Tampoco me lo dicen mucho, y menos aún el chico por el que estoy coladita. —¡Oh, no! Eso era una nota mental, no tenía que decirlo en voz alta.

Me coge de la cintura, me acerca a él y, al ver mi cara de «¡la he liado!», me pregunta:

—¿Puedo? —Pues claro que puede, siempre puede, pero el que me haya pedido permiso para besarme hace que lo vea aún más irresistible. No le respondo y me lanzo yo. Nunca me cansaré de sus besos. Deberían ser eternos.

Al separar sus labios de los míos, se acerca a mi oído y me susurra un: «Yo también estoy coladito por ti», lo que hace que sienta un escalofrío y sonrío sin poder evitarlo.

En el restaurante estoy incómoda, no es mi estilo, yo soy más de «ponte los *jeans* y una camiseta y vámonos a tomar un refresco con algo de picoteo», pero esto tenía más pinta de ser una señora cita. Por suerte, el chico que me acompaña es la mejor cita que he tenido nunca. Hace que me sienta mejor, sin pensar en todo lo lujoso que me rodea. Reímos como siempre y me da la mano. Él pide porque le digo que yo no entiendo nada de la carta, nunca he comido en un indio, y cuando nos sirven... esa mezcla de colores en las salsas, esos olores que se mezclan, las texturas...

En uno de los platos hay una salsa naranja, no anaranjada, no, ¡naranja! Otra comida es de un color verde como el prado. Al probarlos, unos suaves, otros crujientes.

—¡Tenemos que ir a la India! —suelto, sin darme cuenta de lo poco que llevamos conociéndonos. Qué adelantada soy, espero no fastidiarla.

Su carcajada demuestra que no, que no voy a fastidiarla con comentarios así.

—¡Donde quieras, por supuesto! Si llevarte a restaurantes de comida típica de otro país hace que quieras viajar conmigo, te llevaré a unos cuantos que hay en la ciudad para poder recorrer el mundo a tu lado.

Nos conocemos, tenemos más confianza, mucho más que hace un tiempo, es lógico. Pero aun así, hay comentarios que hacen que me sonroje y automáticamente mi mano vaya en busca de un mechón para enroscarlo. Siempre que lo hago él se queda mirándome con una sonrisa de labios cerrados y negando con la cabeza. Hoy también, hasta que se sincera:

—Me encanta verte hacer eso. Te hace tan dulce...

Y pensar que hace nada yo creía que su hermana era su novia, que él era un mujeriego porque no paraba de intentar coquetear conmigo, a lo que yo rehuía, y que su hermana era una loca por intentar perder a Tyler por liarse con el camarero en sus propias narices. ¡De locos!

Pasamos días tranquilos: trabajo, casa, a veces tomar algo por ahí, y de vez en cuando los amigos también vienen a casa para aprovechar los últimos momentos de estar en el patio sin tiritar de frío. Damos por finalizadas las reformas, el suelo de madera está reluciente, sin una sola astilla, los armarios de la cocina perfectos, alfombras preciosas que dan calidez a nuestro hogar, velas de distintos tamaños a los lados y sobre la chimenea, mantas que hacen las veces de decoración, aunque pronto empezaremos a usarlas, libros nuevos en la estantería... Está todo impecable, no falta detalle, y nos encanta. Los chicos de la obra se han implicado mucho para que guste a las inquilinas, tanto que James sigue al lado de Rachel, y seguro que por bastante tiempo más.

Capítulo 21

¡Nos vamos de excursión! A ver qué tal se nos da el senderismo. Kate y yo vamos superdeportivas, con mallas, camiseta ancha, sudadera básica, mochila con agua, bocadillo, una pieza de fruta y poca cosa más; cuanto menos peso, mejor. También llevamos unas frutas deshidratadas a modo de picoteo, porque con lo poco entrenadas que estamos nosotras puede que nos dé algún pequeño mareo, y la fruta nos ayudará con los niveles de azúcar... Lo que me hubiese venido muy bien aquella vez que me mareé en el despacho de Tyler. ¡Qué recuerdos! Parece que fue ayer.

Salimos al jardín, donde ya nos están esperando James, los hermanos Count, Rachel y ese chico que parece que va a juego conmigo. Tyler viene vestido con pantalones de chándal negros, una camiseta blanca que, como todo lo que se pone, le sienta de muerte, por muy básica que sea, y una sudadera gris colgada del hombro. Se toca el pelo mientras me mira... irresistible.

Todos conocen el sitio donde vamos, excepto nosotras dos, y tampoco quieren decírnoslo para que no lo busquemos en Google y nos fastidie la sorpresa. Sería un *spoiler* en toda regla, eso dicen.

Tras un buen rato caminando, empiezo a sudar y me falta un poco el aire. Presiento el poco tiempo que voy a tardar en acabarme el agua, pero afortunadamente Tyler me dice en voz baja, como si de un secreto se tratase:

—Bebe lo que necesites, he traído de sobra porque sabía que os podría resultar algo difícil si no estáis acostumbradas, chicas de ciudad. —Y me guiña un ojo, bromeando. Tan atento siempre...

El sendero es fácil, nada pedregoso, al contrario, ya que hay que caminar sobre unos tablones de madera hasta llegar a la base de una colina. Nos rodea un bosque enorme de árboles tan altos que sorprendería a cualquiera el que levantase la mirada para encontrar las copas de estos. A veces lo que nos encontramos bajo nuestros pies es un pequeño riachuelo, de corriente suave, tranquila. Estamos solos, no se ve a ningún otro caminante por nuestro alrededor. Cuando llegamos al final de este camino con tablones, debemos recorrer el resto del trayecto por uno algo más pedregoso, incluso resbaladizo por algunas zonas. Más de un traspies hemos dado, aunque afortunadamente tenemos al lado un buen apoyo en nuestros amigos.

—¡Sssssh, escuchad! —nos anima James a prestar atención en silencio.

—¿Qué es eso? Como sea una serpiente me doy la vuelta y me voy. —Kate está nerviosa y se queda paralizada.

Se oye como el arañar en la madera. Se escucha poco, pero Tyler encuentra de dónde viene ese sonido.

—Venid por aquí, sin hacer ruido. —Camina apenas unos metros y, cuando nos señala, vemos qué era lo que estaba rascando la madera. No eran arañazos ni era madera, sino un grupo de pequeños castores trabajando en el tronco de un árbol. Nunca había visto algo así, y estamos muy cerca de ellos. Nos ignoran, y saben perfectamente que tienen público, porque por muy silenciosos que hayamos sido, sus oídos se han percatado al segundo de que no están solos. Hago unas fotos de la escena y, mientras los demás miran a los castores, veo las caras de atención y curiosidad que tienen mis amigos.

Nos sentamos sobre unas piedras para hacernos unas fotos, hablar y descansar un poco, aunque

no ha sido muy complicado el camino hasta ahora.

Cuando retomamos el sendero, es un poco rocoso e irregular a ratos, pero fácil y plano en su mayoría. Tras un rato por el camino, empezamos a oír agua de fondo y el sendero comienza a ser más empinado, aunque vale la pena, porque lo que encontramos al llegar es impresionante: unas cascadas majestuosas que hacen que mi vista se nuble. No me estoy mareando, no te preocupes, es que me emociona ver la grandeza de la naturaleza. Son altas, las aguas caen en vertical y recorren las grandes rocas. El agua es espumosa por la fuerza con la que cae y choca contra las piedras. Tyler está a mi lado y se percata de mis lágrimas a punto de brotar por mis mejillas, toma mi mano y me aprieta sonriendo.

—Gracias por traernos aquí, chicos. Esto mejora cada uno de los rascacielos de la ciudad — me sincero, y Tyler me acerca a él con su mano en mi hombro. Rachel, a mi otro lado, coge mi mano y me sonrío. Estamos relajados, tanto por el respiro después de un rato caminando como por el sonido relajante de las cascadas.

Subimos por la pendiente que hay a un extremo de la cascada para poder verlo todo desde arriba. Al alcanzar la máxima altura, las vistas son imponentes, tenemos bajo nuestros pies un regalo de la naturaleza. Ahora sí que podría abrir los brazos, con los ojos cerrados, y gritar el famoso «¡Soy el rey del mundo!», aunque en este caso reina, porque ni un barco como el Titanic podría dejarme más encantada con las vistas como ahora lo estoy. Vale, no serán las cataratas del Niágara, que tampoco lo sé porque nunca he estado allí, pero el tener esto, plena naturaleza y cascadas mágicas, a dos pasos del pueblo... hace que mi amor por Steewon Village se refuerce aún más.

—Bueno, ¿quién quiere un cóctel? —pregunta Rachel, sacando de su mochila unas botellas reutilizables llenas de un líquido verde oscuro.

—¿Y esa pócima? ¿Nos quieres envenenar? —Tyler y su rifirrafe con ella.

Por la pinta que tiene, dudo si beberlo, pero tras probar un poco acabo encantada con la receta que nos ha traído.

—Es sin alcohol, ¡eh! Para que atinéis al pisar mientras volvemos.

—Bah, ¡qué rollo! —se burla George, o Peter, no lo sé, sigo sin saber quién es quién. Algún día lo conseguiré.

Cuando terminamos nuestras copitas y después de haber estado un buen rato saboreando el paisaje que nos ha regalado esta especial caminata, nos disponemos a bajar para volver.

—Esperadnos un momento abajo, ahora os alcanzamos —pide Tyler a los demás.

Todos se burlan entre risas, pero por supuesto nos dejan solos. Y cuando ya no hay nadie a nuestro alrededor, se acerca lentamente, acabo apoyada en un árbol, sujeta mi cara, me mira fijamente y dice:

—Siempre repites lo que para ti es un regalo cuando te emocionas al ver lugares, olores, sabores, sentimientos... y para mí, esto es el mayor regalo, no imaginas lo que yo siento cuando te veo disfrutar así. Eres la persona más especial que he conocido, Elisabeth. —Y me besa. Es un beso diferente a los demás, sigue siendo dulce, cariñoso, cálido, pero esta vez parece que se apodera de él la pasión. Nos traslada a un mundo en el que estamos él y yo, nadie más. El beso que no solo trae consigo el deseo, sino que nos hace sentir completos, impulsados a querer más.

Hasta que nos llaman silbándonos desde abajo al final de la cascada, porque, por lo visto, según ellos, no hemos tardado tan poco como pensábamos. Y es que cuando estamos juntos las manecillas del reloj corren a toda prisa, sin detenerse ni un momento para que podamos divertirnos juntos. Algún día romperemos todos y cada uno de los relojes, nos perderemos en un bosque y nadie podrá conseguir distraernos al uno del otro.

Bajamos de la mano, y lo agradezco enormemente, ya que si la subida fue algo complicada, al bajar por las rocas resbaladizas y mi poca habilidad para la estabilidad en estos terrenos caería como en cualquier escena de película de comedia, rodando sin parar.

Kate se dispone a sacar los bocadillos de su mochila, cuando Rachel la ve y rápidamente pregunta:

—¿De verdad habéis traído bocatas? No, no, no, me niego. Después de todo el camino a pie no pienso comer eso, quiero un plato con cien ingredientes, ¡tengo un hambre atroz!

Nadie ha traído nada de comer salvo nosotras dos, ¡qué pardillas! Y es que ya tenían pensado que nos llevarían a un bar a comer. Yo encantada, porque todo esto me ha dado mucha hambre, y tampoco me apetece sentarme en una roca a comerme un bocadillo insulso.

Nos han traído a un bar que nunca había visto, y es precioso. Por fuera parece una casa, con escalones hasta llegar a la entrada, ventanas, dos plantas, chimenea y mesas de picnic fuera con las sombrillas para el sol en verano o para la lluvia en días como hoy. Es toda de madera brillante, con lámparas colgadas en el exterior, dando una cálida luz anaranjada para crear un ambiente más tranquilo e íntimo. Pero lo que más me llama la atención es que, aun estando en otoño, todos los alrededores de la casa están repletos de flores grandes, blancas y rosas, altas, para que así no te vea la gente de la calle si estás comiendo dentro del recinto y tener algo de intimidad. Es una pasada, y si no tuviera la casa tan bonita que tengo, querría esa.

Hemos decidido pedir a la española, por Kate y por mí, y vamos a elegir unos cuantos platos para poner en el centro y comer todos de todos, es decir, picotear.

Tiene todo una pinta de rebañar el plato, pero sobre todo un entrante que lleva una bola de *mozzarella* con pesto sobre el queso y, alrededor, piñones, tomates *cherry* partidos por la mitad, rebanadas de pan y una mezcla de colores y sabores que te hace disfrutar de la comida como si no te hubieses alimentado desde hace días.

Si nos quedamos con hambre, que sé que no, pero puedo disimular para que me lleven, me han prometido volver a la heladería del otro día, porque contó Rachel que los helados de allí vienen directamente de la fábrica de los helados más famosos del mundo. ¿A que puedes acertar qué marca es? Pienso repetir allí antes de que llegue el invierno.

Soy feliz, todo a mi alrededor está más que perfecto. Y solo de pensarlo, se forma en mi cara una enorme sonrisa relajada. Pobre de mí, no imagino lo que se me vendrá encima.

Capítulo 22

El invierno ha llegado a Steewon Village, y mientras todos gastan sus energías en ir a hacerse con provisiones para salir lo menos posible al supermercado, en hacer compras de ropa y en cambios de armario, yo estoy viviendo mi sueño. Soy fotógrafa en el periódico local, donde mi jefe es el chico con el que estoy saliendo, y vivo con mi mejor amiga en una casa preciosa a orillas de un lago y con un bosque alrededor... ¿Puedo pedir más? Respondiéndome a mí misma, sí, que todo siga tal y como está en estos momentos.

Tyler y yo pasamos mucho tiempo juntos, muy muy juntos. Un día más en su mundo, y cada detalle suyo sigue dejándome sin palabras. Alguna vez que otra, me envía notas con especies de acertijos para que adivine dónde me llevará o dónde nos encontraremos.

«Cuando el sol esté más cerca del cenit, nos encontraremos donde no da la luz ningún día del año». Esta vez es fácil, y es que a mediodía vendrá al cuarto de revelado en el trabajo.

Hace que me divierta, que siga sintiendo los cosquilleos del primer día, que sonrío con la cabeza gacha tratando de ocultar mi sonrojo ante su mirada atenta de ojos profundos.

Son días tranquilos y ya vamos necesitando un poco más de abrigo. Las reuniones del jardín empiezan a trasladarse dentro de casa al final del día cuando anochece. Así les damos utilidad a las mantas que antes solo hacían las veces de decoración. Hace frío, pero, aun así, no nos quita la alegría y la positividad, como le pasa a mucha gente. Cuando vas acercándote a nuestra casa, se siguen oyendo risas y bromas, siempre ha sido así, y espero que lo siga siendo mucho tiempo más.

—Va siendo hora de empezar a encender la chimenea. ¿Queréis que lo haga yo? —Tyler se ofrece voluntario, y no veo la hora de verlo trabajar ante la chimenea. Sé que no le quitaré el ojo de encima en ningún momento.

—No tenemos leña. ¿Eso cómo va? ¿Llamamos a una empresa y la traen? —se pregunta Kate.

—Viviendo en pleno bosque no tenéis que hacer eso. Un ratito de recoger troncos entre todos y ¡solucionado!

No nos da pereza ninguna, es como si fuera otra aventura más, porque, en mi caso, yo nunca he ido al bosque a recoger madera para nuestra chimenea. Cuando digo que Steewon Village me está trayendo experiencias nuevas, me refiero a todo esto que estamos viviendo.

Nos ponemos el abrigo, las botas, los guantes y la bufanda y salimos siguiendo las indicaciones de cómo tenemos que hacerlo, porque la verdad es que no tengo ni idea, hubiese cogido cualquier rama o tronco que encontrara. Vamos por equipos, nos separamos por parejas y, por supuesto, yo he elegido al mejor, Tyler. ¿Quién si no? Tú lo hubieses escogido también.

Creía que sería más fácil, pero esto pesa un montón, y aunque él lleve la mayoría, estoy que se me van a caer todos al suelo de golpe. Y así es... ¡Pum! Se resbala uno y allí van los demás, siguiéndolo hasta dar con el suelo. Me enfado conmigo misma. ¡Uf!

—¿Ves? ¡Es que no puedo ni llevar unos troncos!

La rabia se apodera de mí, pero Tyler deja sus troncos en el suelo, se acerca a mí, sus manos rodean mi cara con suavidad y me susurra:

—Tranquila, respira. Por supuesto que puedes, y yo te ayudaré siempre.

Mientras todo a nuestro alrededor sigue su curso, nosotros estamos allí, frente contra frente, solo respirando, anhelando estar más cerca aún. Se separa unos centímetros de mí y esos ojos sonrientes me miran y me hacen sentir algo inexplicable.

Inspiro, digo en voz alta «Yo puedo» y expiro.

—Por supuesto que puedes, siempre has podido, ¿acaso lo dudas?

Sé que no se refiere a llevar unos cuantos troncos a la entrada de casa, sino a mi inseguridad, que ya está casi extinta. Él me apoya mucho, me anima a combatir mis miedos y a olvidarme del qué dirán.

Me abalanzo a sus brazos y lo abrazo fuerte, alzo la mirada y lo beso, como si fuese la primera vez que nos vemos en meses. Pasión, deseo. Pero oímos silbidos a lo lejos, lo que significa que ellos ya han acabado, así que me separo y nos dirigimos a la casa cargados de troncos.

—Oye, eso no vale, ¡nos habéis ganado en cantidad! ¡Si parece que os hayan ayudado tres personas más! —nos dice James, y me siento orgullosa de haber conseguido llevar tantos.

Me dispongo a entrarlos a casa, pero me detiene Tyler.

—Un momento, ahora viene la parte divertida. —Saca un hacha del rincón de herramientas que deja siempre James—. ¿Me ayudas, Elisabeth?

—¿Yo? Me es difícil romper cuatro folios juntos y quieres que parta los troncos. ¡Estás loco!

—Nosotros vamos a entrar a preparar la cena. —Kate nos da intimidad. Aunque vaya intimidad, para cortar troncos... Esta lo que ha hecho es escaquearse. ¡Un escaqueo en toda regla, vamos!

Aun con el frío que hace, se remanga la sudadera, enseñando sus fuertes brazos. Él prueba el corte y un tronco largo lo parte en varios trozos. Así trabajando se le ve súper sexi... Siempre, pero ahora aún más si cabe.

—¡Ven, que te enseñe! —dice animado, tirando de mi mano suavemente hacia él.

Me pone las manos sobre el mango y las suyas sobre las mías, me las aprieta con firmeza, aunque con delicadeza al mismo tiempo. Sí, en él esto es posible. Un beso en el cuello que me desconcentra totalmente de todo hace que me entren escalofríos. Entonces apoya el filo del hacha en el tronco que ha puesto en vertical para que lo corte por el centro. Yo con un hacha, es una locura.

Tras un golpe seco, en el que en el último segundo cierro con fuerza los ojos, doy con el hacha al tronco, partiéndolo en dos. ¡Lo he conseguido! Con ayuda, pero he cortado el tronco por la mitad. Soltamos el hacha y lo abrazo dando saltos de alegría como celebración. Lo beso con todo el entusiasmo que me invade, sonriendo a la vez.

Estos momentos son surrealistas, parecen un sueño del que ni pellizcándome podría despertar. Son retos que consigo gracias a él.

—¿Vamos a por otro? —me anima a seguir cortándolos.

—Mejor que sigas tú, yo ya estoy contenta de haber conseguido cortar el primero, no queremos romper la suerte del principiante. —Ha sido gracias a él, lo sé, aunque me siento orgullosa.

—Te propongo un trato, yo corto todos los que faltan si me invitas mañana a ver una película, y esta vez la elijo yo.

Estoy demasiado contenta para decirle que no, y sé que no elegiré ninguna que a mí no me guste. Vuelvo a sellar mis labios con los suyos y le contesto con un «por supuesto».

Kate y James salen, no dicen dónde, pero sé que es para dejarnos a solas, otra vez. Y la noche acaba entre risas, *marshmallows* en palos de pinchitos calentados en la chimenea y acurrucados abrazándonos con mantas sobre los hombros. Me abraza por la espalda, cosa que me encanta cada día más. Hace que se me erice el vello de la nuca y sienta la piel de gallina. Tiene unos provocativos a la vez que delicados modales que harían enloquecer a cualquiera.

Capítulo 23

Kate ha ido a una barbacoa familiar con James y nos dice que llegará tarde, si es que llega, porque cabe la posibilidad de que se quede en la cabaña del bosque con su chico. La cosa pinta seria, ya conociendo a su familia y todo.

La casa será para mí toda la noche, y viene Tyler a ver una película, por lo que más nerviosa me pongo. Hemos estado mucho tiempo a solas, pero no en casa, a excepción del otro día, aunque era con Kate y James yendo y viniendo. A veces estamos solos en el trabajo, o en el bar, por ejemplo.

Llevo puestas unas mallas para estar por casa y una camiseta cómoda básica. No es una cita, me repito, porque, aunque llevemos bastante tiempo juntos, pensar en la seriedad de la cita haría que estuviera más inquieta.

Llaman al timbre y voy corriendo a abrir. Es Tyler, con ropa cómoda al igual que yo, despeinado, con una mano en movimiento en su nuca, quizás por nervios, aunque no sé por qué motivo, y en la otra mano, como es tan detallista, una película en su carátula y un ramo de flores.

Cojo el ramo e inmediatamente de forma automática lo huelo. Es de los más bonitos que he visto, y al cerrar los ojos y olerlo me transporta a los campos florecidos en primavera, con contrastes de frescor. Son peonías de un tono rosa que roza la blancura, a medio florecer, y algunas ramas de eucalipto, que da el color verde que resalta en el ramo.

—Gracias, me encanta, es precioso. ¿Qué película has traído?

Ha ido a un cajero automático, como una máquina expendedora, pero de películas. Ya los videoclubs están casi extintos, cosa que me da pena por no poder disfrutar a su lado de ese momento especial en el que entras a uno de ellos y empiezas a elegir qué película te vas a llevar esa noche a casa, para decidirnos, al final, por la que más nos guste a los dos, y luego verla y no olvidar devolverla al día siguiente, a toda prisa por no pagar el día de más.

—No lo sé, elegí el apartado de «comedia romántica» y escogí la que mejor valoración tiene. No me preguntes, que ni siquiera he leído la sinopsis. —Se encoge de hombros, se acerca y me atrae hacia él, posando su mano en mi cintura, y me da un dulce beso en los labios.

Nos dejamos caer en el sofá tras poner el ramo en un jarrón decorando la mesa del salón. Hablamos de cómo nos ha ido el día y de las ganas que teníamos de vernos. Cuando noto que hace más frío, le pido que me enseñe a encender la chimenea, ¡y es que es todo tan diferente de mi vida anterior! Antes vivía en Nueva York, rodeada de materialismos: que si este rascacielos, que si tal *hotelazo*, que si vestidos de miles de dólares... Y ahora estoy aquí, en un pueblo donde la mayoría se conoce, donde el precio de la ropa es lo de menos y donde la naturaleza la encuentras en cada esquina... Creía que adoraba vivir en la gran ciudad, pero me he dado cuenta de que aquí es donde realmente soy feliz. He encontrado lo que me hace sentir plena.

No ha sido tan difícil, y después de un rato ya entramos en calor con las grandes llamas de la chimenea que hemos encendido los dos.

Estamos en el sofá, juntos, sin nadie a nuestro alrededor, a la luz del fuego de la chimenea y de unas cuantas velas que hay encendidas. Tras un suspiro intento esconder un gran bostezo, pero Tyler se percata de él y me pregunta:

—¿Estás cansada? ¿Todo bien? No te estará dando demasiado trabajo el jefe, ¿no? —bromea.

—Es que tu hermana me ha llevado hoy a correr y a hacer deporte. Ha acabado conmigo, hacía

mucho que no corría ni hacía ejercicio, y estoy agotada. Pero ¡pon la película! —le pido, aunque sé que no aguantaré ni hasta los créditos iniciales.

—Anda, ven aquí. —Sonriendo me acerca hacia su pecho. Me entristece no poder aprovechar el tiempo con él como se merece, y por otra parte estoy feliz de estar en el mejor lugar en el que puedo estar: sobre su pecho. Me relajo, cierro los ojos y respiro profundamente, solo oyendo el «pum, pum» de sus latidos.

—Se podría crear una canción a partir de los sonidos de tu corazón. Solo con apoyar el rostro en tu pecho, hasta el más principiante de los compositores haría una gran obra maestra —susurro, y giro ligeramente la cabeza para poder ver su cara, la sonrisa que asoma después de habérselo dicho, su mirada...

—Descansa, preciosa Elisabeth.

—No quiero quedarme dormida, pero contigo estoy tan a gusto y relajada... —me sincero.

—¿Ya no te pongo nerviosa?

—¡Eso es solo a veces! Pero ¿quién te ha dicho que me pongo nerviosa cuando estás conmigo? —pregunto.

—Tú ahora mismo. Pero ¡sh!, no se lo diré a nadie —me anima a callar y a relajarme.

Me acaricia la cara, el cabello, el cuello, los hombros... y hace que me adentre en un profundo sueño.

Me despierto en mi habitación, en mi cama, y estoy sola. No sé ni cómo llegué hasta aquí ni cuándo se fue Tyler, hasta que entra en la habitación sujetando una bandeja con el desayuno y unas margaritas en un pequeño jarrón. Va vestido bastante elegante, con unos pantalones oscuros y una camisa blanca con finas líneas del color del pantalón, y perfectamente peinado. ¿Estaré soñando o es tan perfecto como yo lo veo?

—Mmmm, huele a tortitas, pero ¡si no hay apenas nada en la cocina! —le digo dudando y tocándome el pelo y la cara imaginando las pintas que debo tener recién levantada. Desde que nos conocimos estaba deseando que se fijase en mí, aunque no así. Así lo que iba a conseguir era espantarlo.

—Me he dado cuenta, he tenido que ir pronto a casa a por un par de ingredientes que faltaban, y de paso una ducha rápida. Me ha dado tiempo a sorprenderte. Estás preciosa. —Me da un beso en la frente y me lo dice sincero, con una sonrisa y una caricia en mi mejilla.

Demasiado perfecto. Siento como si flotara en las nubes.

—Pero... si te has ido a casa a por cosas para el desayuno, ¿has dormido aquí? ¿Hemos...? — Y caigo en la cuenta de que no bebimos nada de alcohol, no puedo no acordarme de algo que ocurrió anoche solo porque estaba cansada.

Se ríe negando con la cabeza.

—He dormido en el sofá. Te traje a la cama porque te quedaste dormida y aquí descansarías mejor. Como Kate no ha pasado la noche aquí, preferí quedarme abajo para que no estuvieras sola. —Es tan dulce. ¿Quién haría eso por cualquier chica?

Me da vergüenza, y más si pienso en que anoche quedamos, ¿para qué?, ¿para que me viese dormir? ¡Soy una tonta! Y ahora recién despierta, con pelos y cara de dormida. ¡Ay, Lisa! ¿Cuándo vas a dejar de hacer el ridículo?

Aun así, se sienta a mi lado y me cuenta los planes de hoy, y es que después de trabajar los chicos han dicho que salgamos al Porter's Pub a tomar algo y estar juntos. Acepto todo, puesto que tengo ganas de verlos. Me preparo para ir al periódico mientras Tyler me espera en el jardín, mimando un poco las plantas, si no, tendrían un mal final conmigo cuidándolas, pobrecitas. Pero estoy en proceso de aprender a cuidarlas, lo prometo.

—¡Estoy lista! —alzo la voz mientras bajo las escaleras de casa.

Él me está esperando en el pequeño huerto que me ayudó a plantar. Por las tardes huele todo a manzanilla, con sus flores decorando y dando su toque de color amarillo y blanco al verde intenso del jardín.

Se alza y, como siempre que me ve aparecer, se le dibuja una gran sonrisa, estirando sus perfectos labios. Nos acercamos y me da tal beso de película que me deja no de piedra, sino al contrario, parezco una gelatina en pleno terremoto. ¿Te lo imaginas?

—Vaya dos buenos días me has dado. Desayuno y ahora esto.

—Todos los días te los daría con mucho gusto. —Me da un cariñoso toquecito en la nariz, coge mi mano y vamos hacia su camioneta.

De camino al periódico me da por pensar. Parecemos una pareja de verdad, pasamos mucho tiempo juntos, viene a casa cuando quiere y, por supuesto, es bien recibido, no habría visita mejor. Me ayudó a acabar las reformas y la decoración, me llena de detalles, de sorpresas... solo con la intención de que sonría y sea feliz. No sé él, pero yo ni estoy viendo a nadie más ni quiero hacerlo. ¿Será el momento para preguntarle?

—Oye, Tyler... —Estas conversaciones me ponen nerviosa.

—Dime. —Me mira de reojo y pone su mano sobre la mía, con una media sonrisa.

—¿Qué somos? —Temo la respuesta, pero tenía que preguntar.

Aparca cerca de la entrada, bajamos, y son los minutos más eternos que vivo desde que estoy aquí en el pueblo. Me mira, sonriente, y de la mano me lleva al banco donde acabé medio desmayada.

—¿Tú qué quieres que seamos? —No respondo, me quedo pensativa, aunque lo tengo más que claro. Al ver que no digo nada, él prosigue—. Supongo que te refieres a poner nombre a lo que tenemos. Pues... solo sé que cada mañana pienso en ti al despertar, y en el trabajo la mayoría de los días no doy pie con bola porque miro por la ventana a ver si sales para cruzar una mirada contigo, y estoy deseando cada fin de la jornada que subas a enseñarme el trabajo de ese día. Cuando vuelvo a casa y sé que ya no te veré hasta el día siguiente, lo hago con desánimo, añorando tus besos, tus abrazos, tus caricias, tus miradas... tu dedo enrollándose en tu pelo, tus sonrojos cuando te digo algo que no esperas... ¿Que si quiero estar contigo? Cada día. ¿Que si pienso en que puedes irte con tu familia o a otra ciudad? Es mi temor diario, y ojalá no te pierda nunca. Llámalo como quieras, pero puedes estar segura de que me tienes aquí, y me seguirás teniendo siempre... Desde ese día en el bar cuando nos presentaron y me ignoraste, o las siguientes veces cuando no me dirigías la palabra y me evitabas. Me encantabas antes y me encantas ahora, y con cada beso que me das me vuelves más loco.

Me habla mirándome a los ojos, a él no le avergüenza sincerarse, y yo, aunque esté mucho más segura que hace un tiempo, tiemblo y vuelvo a coger color en mis mejillas. Me acaricia y con sus labios contra los míos me besa suave y lentamente.

—¿Te sirve mi respuesta? —me dice burlón, y lo abrazo con fuerza.

—Siempre.

Y entrelazando nuestras manos caminamos hacia la entrada del periódico. Es idílico, nunca hubiera pensado que me podría llegar a sentir así.

Capítulo 24

Es domingo por la mañana, día de no hacer nada. Me siento en el escalón de fuera de casa, solo un momento, con el café humeante entre mis manos para entrar en calor. Me lo tomo fuera porque, haga calor, frío, lluvia, viento..., me encanta sentarme aquí y disfrutar del entorno que me regala esta casa cada día.

—¡Buenos días, princesa! ¿Puedo? —Es Tyler, pidiendo permiso para sentarse a mi lado.

—¡Qué sorpresa! Claro que puedes. ¿Qué haces aquí? No digo que no me guste que estés aquí, todo lo contrario, me encanta verte todos y cada uno de los días, pero ¿ha pasado algo?

—Tengo que llevarte a un sitio. Cuando acabes nos vamos, ¿te gustaría?

—Tenía muchas cosas que hacer, sin embargo, confiaré en ti, a ver qué te traes entre manos — le contesto burlándome, pero muriendo de ilusión por saber dónde me llevará.

—Estás muy guapo. —Agacho la cabeza. Ese jersey de cuello alto color *beige* le sienta genial. La barba de tres días que le acompaña y su pelo alborotado lo hacen extremadamente sexi.

Le paso mi café para que se lo acabe él, le doy un pequeño beso en los labios y salto para ir a terminar de arreglarme e irnos.

Jeans, camiseta blanca, chaqueta con motivos étnicos, gorro de lana negro y para fuera con Tyler de la mano. No pregunto dónde vamos, prefiero que sea sorpresa, y siendo él, seguro que me encanta.

Vamos en la camioneta, y aunque hace frío, abro ligeramente la ventana para sentir el aire. Tyler me observa siempre que la carretera se lo permite, sonrío y me da la mano. Ojalá el lugar al que me lleva fuese a horas de aquí, porque disfruto cada momento junto a él. Está sonando *I Don't Care*, de Ed Sheeran, en la radio y él canta. Yo no me la sé, pero me fascina mirarlo y oírlo. Disfrutamos el camino, cantando al unísono, aunque la mayoría de las veces me invento la letra.

—Hemos llegado, pequeña. —Con su mano en mi barbilla me gira la cara y me da un beso en los labios para luego bajar e ir rápidamente a mi puerta antes de que yo abra y hacer un gesto caballeroso para que me baje.

—Gracias, caballero. —Hago una reverencia, burlona, y le tiendo mi mano.

Afortunadamente, mis inseparables compañeras las Converse me acompañan en cada paso, y es que el terreno es un poco irregular.

Dirijo la vista hacia donde me señala. Me ha traído de compras, pero no a un centro comercial, no, ese no es mi estilo para nada, me ha traído a un mercado. Exactamente lo que pone es «Steewon Village Farmer's Market».

Vamos puesto por puesto, empapándome de mil colores, siempre de su mano y dedicándonos sonrisas de esas que te dejan dolor de mandíbula.

—Coge todo lo que quieras, hoy invito yo. —Me guiña un ojo y apoyo mi cabeza en su hombro.

Pimientos rojos, verdes, zanahorias, alcachofas, rábanos... todo con sus ramilletes atados en unas preciosas cuerdas a modo de lazo. Peras, frambuesas, arándanos y manzanas tan brillantes que me es imposible no coger una, limpiarla con la chaqueta y darle un mordisco, después de haberla pagado, claro.

Hay puestos que huelen a dulces recién horneados, son bizcochos de zanahoria, diferentes tipos de panes y *muffins* de calabaza, y justo detrás decenas de calabazas más grandes que pelotas de

baloncesto.

Hay también una especie de quiosco diminuto lleno de jabones, champús y mascarillas sólidas de colores y tonos que parecen magia y cubiertas de flores secas. Además, al lado, una pequeña floristería con girasoles, hortensias, dalias...

Es un miniparaiso, y hay tanta variedad de productos llenos de color y sabor que mis ojos brillan de ilusión.

—Sabes cuánto me encanta todo esto, ¿verdad?

—Algo imaginaba, por eso quise traerte. Es un mercado de granjeros y artesanos de la zona, y se celebra todos los domingos, llueva, nieve o haga calor.

Compramos de todo para llenar la cocina de colores, de alimentos que saben a lo que realmente son. Nada de supermercados, con tantos conservantes, colorantes, potenciadores de sabor... No, esto es real.

Algunas disfrutan cuando van de tiendas a comprar ropa, y yo lo hago en cosas como estas, donde pueda sentir y ver la vida de verdad. Hablamos con los dueños de los puestos y Tyler me presenta a algunos que conoce, y no suelta mi mano.

—Tenemos que celebrar una comida para los chicos, les va a encantar —propongo.

—¿Te puedo ayudar?

—Bueno, pensaba más bien en ayudarte yo a ti. Tú eres el perfecto cocinero.

—Sí, yo perfecto... —Resopla, como si yo hubiese dicho alguna tontería.

Encontramos una tienda de telas o algo por el estilo, y cuando me acerco, vemos que hay unos pañuelos preciosos de estampados únicos hechos a mano. Al tocarlos noto tal suavidad que me recuerdan a la seda.

—Me encantan. Son muy bonitos —le digo a la mujer que está tras el puesto.

—Un momento. —Está rebuscando entre todos los pañuelos, queriendo encontrar algo escondido—. ¡Aquí! Este es el tuyo.

—Lo es, es perfecto —responde Tyler, y sonrojada lo cojo, admirando el estampado de un campo de trigo color mostaza, con fondo de cielo azul y pequeñas nubes blancas.

Tyler sonríe a la mujer, que le habla de sus padres. Ella, emocionada, me tiende sus dos manos y aprieta las mías con cariño, asintiendo.

Voy a devolverle el pañuelo, pero ella insiste en que me lo quede, guiñando un ojo a Tyler.

—Muchas gracias, de verdad, no tenía por qué, es su trabajo. —Valoro mucho lo artesanal y me da pena cuando alguno de ellos regala su trabajo, pero se lo agradezco con toda mi alma y con la mirada sé que lo ha entendido así.

Cuando nos vamos, Tyler me cuenta que era una antigua amiga de la familia.

—Quiso hacer un regalo a la chica que hace feliz al pequeño Tyler. —Se ríe.

Cojo su mano y paseamos disfrutando de la mañana juntos, solos, aun estando rodeados de decenas de personas. ¿Eso es lo que se siente cuando estás con la persona correcta?, ¿estar solos y no necesitar a nadie más?

Ya hemos dado varias vueltas y lo hemos visto todo, y vamos hacia la camioneta cuando empieza a llover, no una llovizna, sino una fuerte lluvia. No corremos, caminamos, cogidos de la mano, riendo, mirándonos. Hasta que él suelta las bolsas de papel, sabiendo que acabará todo por los suelos, y me besa. No podemos aguantar la risa, pero tampoco nos damos prisa por romper nuestro momento bajo la lluvia.

En casa, sacando todas las verduras, frutas y el resto de la compra de las bolsas casi desechas del agua, lo encontramos todo empapado. Aunque recordando el día que hemos pasado, sonreímos felices.

—¡Todo listo! Te toca pensar en qué haremos de comer mañana para los chicos.

—Pero si yo me he ofrecido a ayudarte, tú eres la jefa en esto —se burla, sabiendo que él es el mejor chef de esta pareja.

Capítulo 25

El timbre resuena en mis tímpanos.

—Kate, ve tú —grito desde mi cama, pero Kate no responde, estará en el noveno sueño, suertuda ella.

Arg, tendré que bajar yo.

—¡Tyler, no! Ya es la segunda vez que me ves con estas pintas recién levantada. —Me cubro la cara completamente con mi mano, aunque solo quiera verlo a él. Que sea la primera persona a la que veo al despertar hace que mi día empiece con buen pie.

—Son las siete ya, dormilona. Y me dan igual esas pintas, como tú dices. Me encantas a todas las horas del día.

—Pasa, yo mientras me voy a dormir un rato más —respondo, aunque es una broma, porque ni loca me iría a dormir estando él aquí. Tengo que estar junto a él.

—No estarás pensando en irte y dejarme aquí solo, con todo este zafarrancho de la comida, ¿verdad? Si quieres que alimentemos a siete personas, nos tenemos que poner ya con el menú.

—Y la organizada era yo. Tranquilo, relax.

Él se ríe, nada más. Sé que, aunque yo me escaquease para ver cómo crecen las plantas o con cualquier otra excusa tonta, él estaría ahí, haciendo el trabajo de los dos.

Saca un papel doblado del bolsillo, me lo da y lo leo.

MENÚ DEL DÍA. Chef: Tyler Blake. Ayudante: Elisabeth Gutiérrez.

Entrantes:

Ensalada de garbanzos

Hummus con crudités de verdura y pan de pita

Pastel de patatas y espinacas

Nachos con guacamole

Segundos:

Patatas en salsa verde

Flautas de verduras

Albóndigas de calabacín

Lasaña de verduras

Postres:

Tarta de zanahoria

Smoothies cremosos de frutas

Hojaldres de manzana y canela

Brownie de chocolate blanco y caramelo

—¿Cómo que ayudante? La jefa ahora soy yo, que no estamos en el periódico.

—Ya veremos si sabes hacer el trabajo de chef —se burla—. Pero ¿no vas a decir nada del supermenú que me he currado?

—Bueno, yo quería hacer una tortilla de patatas, como buena española que soy, pero qué sorpresa, y la planificadora de las mil listas se supone que soy yo. —Agrando tanto los ojos que se van a salir de mis órbitas.

—Trato hecho, tortilla, ¡qué ganas de probar algo hecho solo por ti! Tengo el resto de los ingredientes en la camioneta. ¿Me echas una mano, ayudante? O... señora chef. —Esto va a ser

divertido.

—¿Cómo vamos a hacer todo esto en una mañana?

—Con organización. —Saca otro papel del bolsillo y me lo tiende orgulloso. Ha hecho un horario de lo que tenemos que hacer y a qué hora, paso por paso. No me lo puedo creer.

Pensaba que la cocina iba a estar patas arriba después de todo lo que vamos haciendo, pero no, la organización del horario de Tyler tiene hasta pausas para recoger, limpiar y lavar utensilios. Así es todo más divertido. No me frustró por todas las montañas que quedan por recoger al acabar porque, de vez en cuando, vamos haciendo limpieza. Reímos y me abraza por la espalda impidiendo que siga cocinando. Me encantan estos abrazos, cuando me los da, mis ojos se cierran automáticamente para respirar y sentirlo.

—Y pensar que casi todo lo habéis comprado en el mercado aquel —dice Kate, y todavía estamos en los entrantes.

La casa está llena de alegría y sonrisas, tantas que se convierten en carcajadas, en bromas, en abrazos... ¿He dicho ya cuánto me gusta vivir aquí?

—No es comprado, es hecho, gracias a Elisabeth —señala Tyler.

—¿Te has vuelto loco? Si lo has hecho todo tú, yo solo seguía tus indicaciones.

—¿Y la tortilla? Ha sido todo un éxito, lo primero que se ha acabado.

Con su brazo sobre mis hombros me mira, lo miro, nos sonreímos y me siento plena. Entre mis amigos, él y todo lo que me está pasando estoy completa, ¿para qué pedir más? Diría que esto es con lo que llevaba soñando desde hace tiempo, pero ni en mis mejores sueños lo hubiese imaginado.

Está todo para chuparse los dedos y huele de maravilla. Disfrutamos mucho y acabamos llenos hasta arriba. Ya es tarde, casi de noche, y van despidiéndose poco a poco.

Los hermanos Count son los primeros en irse, y les sigue Rachel. Los últimos en irse son James y Kate, que van a ir a dar un paseo por el pueblo, pero afortunadamente nos han ayudado a recoger y está todo impoluto.

Me dejo caer en el sofá y doy unos toquecitos a mi lado invitando a Tyler a sentarse junto a mí.

—Vente, nos merecemos un descanso, un poco de relax no viene mal después de todo el día —le pido.

Se sienta y lo abrazo. Él me envuelve con su brazo y me relajo. Pero dura poco, porque lo que quiero es mirarlo a los ojos, hablar con él, besarlo.

Me muestro enérgica, por difícil que parezca después de toda la jornada sin descanso de hoy.

—¿Estás nerviosa? —Pongo su mano en mi corazón.

—Nerviosa no, feliz.

Respira, con su mano en mi pecho, y cierra los ojos, sintiendo cada latido.

—Se podría vivir del sonido de los latidos de tu corazón, no hay canción por muy romántica, dulce y especial que sea que mejore este sonido.

Un beso eterno inunda la estancia, cada momento lo hace especial.

Capítulo 26

—Vamos a hacer una nueva sección en el periódico para la semana que viene que serán solo fotografías. Sé que todo se ve en blanco y negro y que así no se aprecia bien tu trabajo, por eso hemos alquilado un local donde se expondrán tus fotos publicadas, con el pie de letra y la fecha. Vas a tener tu propia galería, solo que una parte será para fotografías del periódico, ya con el resto podrás hacer lo que quieras.

—Tyler...

—¿No te gusta la idea?

—¿Cómo? No, no, digo sí, claro, me encanta la idea. ¿Tú sabes qué significa esto para un fotógrafo? Nunca había soñado con llegar tan lejos, pero ¿es buena idea? A ver, hago fotos normalitas, nada del otro mundo.

—Yo creo en ti, Elisabeth, y tienes que darte cuenta de cómo te vemos los demás —me lo dice acariciando mi mejilla.

—No eres objetivo. —Suspiro.

—Ojalá te vieses como te veo yo. Va a ser un éxito, confía en mí.

—Venga, vale, tampoco estoy muy convencida aunque esto sea un paso enorme en mi carrera, pero ¡lo voy a intentar!

—No lo vas a intentar, lo vas a conseguir. —Me da un beso, pero lo corto para hacerle una pregunta.

—¿De qué tengo que empezar la sección la semana que viene?

Y sonriendo me dice: «Fotografía otoñal», y abre las manos a la altura de su cabeza, como si visualizase un cartel grande donde está escrito ese título. Me río.

—¡Eres lo más! —le respondo dándole una palmadita en el brazo.

Ahora tengo que pensar y hacer fotos como una loca para que me convenza alguna lo suficiente como para enviarla y empezar este nuevo reto.

—Eres muy listo tú, vaya en el lío que me has metido, a ver qué foto hago yo ahora —me quejo.

—No tienes que hacer más que ser tú y fotografiar lo que sientas —me dice dándome un pequeño toque en la nariz con su dedo.

Voy viendo cómo van apareciendo poco a poco las fotografías remojadas en la habitación bajo la luz oscura color escarlata. Aquí puedo pensar durante horas, aclarar pensamientos y tomar decisiones, porque rara vez me interrumpen, como ahora. Tocan en la puerta.

—Elisabeth, ¿se puede? —Tyler con su formalidad y su educación... Sigue volviéndome loca cómo pronuncia mi nombre. Viniendo de sus labios, es especial.

—Esto es tuyo, claro que se puede, jefe.

Cierra la puerta y viene hacia donde yo estoy trabajando. Se afloja un poco la corbata que lleva sobre la camisa de un tono azul cielo. Se posiciona detrás de mí y con sus manos cubre las mías, que están apoyadas en la mesa, rodeándome entre sus brazos, y me besa delicadamente el cuello.

—Oye, que el jefe me va a echar la bulla por no centrarme en lo que estoy haciendo.

—Hazle la pelota.

—¿No lo hago lo suficiente?

Los besos siguen y los escalofríos que recorren mi cuerpo se intensifican. Me giro y no puedo parar, pero se retira y me mira a los ojos.

—Solo he venido porque me apetecía tenerte entre mis brazos. No pasa ni un solo minuto en el que no piense en ti.

—Te gusta mucho a ti entretenerme, ¿eh! —le digo caradura. ¿Dónde estará esa chica insegura el 100 % de las veces? Tyler me ha ayudado a que la transforme en lo que me estoy convirtiendo. Segura, fuerte, decidida.

Vuelve a darme un beso.

—¿Y esto por qué ahora?

—Porque me lo estás pidiendo.

—Yo no he dicho nada, y que sepas que eres un canalla.

—Sí, lo estás haciendo con esa mirada, suplicando que me quede. —Es un ligón nato, no sé cómo este chico no estaba cogido desde hace tiempo. Será porque la ex aguafiestas no le dejaba disfrutar de su vida. Cada vez que la recuerdo se me revuelve el estómago.

Se aleja poco a poco para salir y dejarme hacer mi trabajo. Pero ya es tarde, y en mi cabeza solo hay besos, caricias y abrazos, no puedo pensar en nada más. Y mis labios palpitan por sus incesantes besos. Afortunadamente mi jefe es bastante permisivo y comprenderá que me han entretenido y desconcentrado.

Capítulo 27

¡Ya sé! Salgo corriendo de casa hacia el jardín. Estaba escuchando *Elastic Heart*, de Sia, con los cascos, relajada, mirando por los grandes ventanales del salón, cuando, al sobresaltarme con mi idea, se me caen los cascos. Justo en ese momento, cuando está atardeciendo, una tenue luz con una pincelada de un tono rosado cubre el lago y los árboles. Se respira tranquilidad, paz. Colores otoñales que se quieren tornar en invernales. Frío, mucho frío, que se puede apreciar con la mirada antes aun que sentirlo calarte los huesos. He salido con la manta sobre los hombros, una manta que, al cerrar los ojos e inspirar, huele a él. Su perfume está impregnado, un olor cálido y sensual a la vez que natural.

Es el momento perfecto, y por suerte llevo la cámara conmigo. Hago unas cuantas capturas al paisaje, al horizonte y su movimiento con el aire que hace bailar las hojas de los árboles, con una danza romántica, suave, como un vals, hoja por hoja, finas ramas abrazando a otras. Unas gotas de lluvia caen, formando en el agua surcos unos dentro de otros, creciendo, pisándose sin esperar su turno. Aquí está, es esta, es la foto que quiero que me represente en mi primera sección del periódico. Soledad en otoño, frío, danza suave, y él, su olor me acompaña, como siempre en pensamiento, y también en mi corazón.

Cuando cierro los ojos, me imagino las anteriores sesiones de fotos en la *city*. Bailarines, actores, empresas serias, edificios... y ahora estoy aquí. Campos, animales, paisajes, personas... ¿Estoy haciendo bien? Al abrir los ojos sé que sí. Toco mi cara, donde se ha dibujado una sonrisa, una sonrisa de plenitud. Por supuesto que estoy haciendo bien, mejor que nunca.

Ni filtros ni retoques, no voy a retocar nada de esta foto. No lo necesita. Normalmente siempre suelo hacer algunos ajustes, que si luz, contraste y demás, pero ahora la belleza de la naturaleza hace que sienta que no tengo que hacer nada más, solo enviarla a la redacción y enseñársela a Tyler cuando tenga todo lo del día listo. Según él, será la primera foto que se vea en grande a la entrada de nuestra galería. Me hace ilusión hasta decirlo... «nuestra» sí, de los dos, y «galería», donde podré mostrar mi arte, deseando que guste a los demás.

Mi madre siempre me lo ha dicho: «No hay segundas oportunidades para causar una buena primera impresión». Así que espero haber hecho lo correcto con esta foto, y ya todo lo demás irá rodado.

—He mandado el archivo de tu foto a imprenta para que la cuelguen en la entrada, la más grande, que se vea desde fuera. —Se le ve orgulloso.

—¿La has visto? ¿Qué te parece? —Siempre siento nervios por si gusta o no mi trabajo, aunque a mí me encantó el resultado final.

—No, no quiero verla hasta que no llegue allí, pero voy a ser el primero en pisar la galería, que lo sepas.

—¿Y si no te gusta? Voy a mostrar una porquería el día de la inauguración. —Me doy una palmada en la frente y me quedo con la cara cubierta con mi mano.

—¿Por qué dices eso? Si has elegido esa foto, será perfecta, lo sé. Confío en tu trabajo.

Sale de detrás de su mesa del despacho, viene hacia mí y de la mano me levanta para darme un abrazo.

Después de varios días, ya están elegidas y enviadas todas las fotos que vamos a exponer. Las traerán esta tarde, pero Tyler y yo vamos para asegurarnos de que todo está en orden, a falta de las

fotografías.

La fachada del lugar se ve blanca, amplia, con luminosidad. Es un local no muy grande, de unos cuarenta metros cuadrados, en el que hay dos columnas. Las paredes son completamente blancas, los suelos de mármol con un gris vetado muy elegante y las columnas finas y negras, dando un toque diferente. En la pequeña mesa del fondo ya están listas las bandejas de los canapés fríos para los invitados. Las bebidas están al otro lado del local, tras una pequeña barra.

—Todo saldrá de maravilla, ya lo verás.

—Gracias por el regalo más grande de mi vida —me sincero.

—Bueno, cuarenta metros tampoco son para tanto. —Quiere restarle importancia, pero no imagina lo que significa para mí.

El beso que me da en la mejilla hace que me relaje; siempre surten efecto esos labios carnosos.

Capítulo 28

Llega el día tan ansiado, el día de mi primera exposición. Estoy tan nerviosa que a veces noto que suspiro profundamente porque se me ha olvidado respirar. Siento cosquilleos por mi estómago, no puedo estarme quieta ni un minuto.

Llega mi cita, perfectamente trajeado, con corbata, tan elegante como irresistible.

—Tyler Blake, estás...

—Tú lo estás aún más, mi Elisabeth.

Estamos frente a la galería. Es temprano, así que estamos solos él y yo, los demás invitados llegarán en una hora aproximadamente.

—¿Puedo quitarme ya esto? —insiste Tyler. Le he puesto una especie de antifaz para que no vea las obras colgadas por toda la galería, sobre todo la principal.

—Espera un poco, impaciente, ya mismo estamos.

Unos pasos más, ya dentro del local, y estamos frente al otoño desde mi jardín. Le quito el antifaz estando frente a él y me mira a los ojos, sereno. Me aparto para que pueda ver bien la obra y guarda silencio... Durante demasiados segundos, diría yo.

—Tyler... —Lo miro, y me doy cuenta de que no es que no le guste, sino que sonrío plácidamente, una sonrisa relajada, y sus ojos brillan de la emoción.

—Es perfecto, Elisabeth. Debería haber estado contigo en ese momento. —Se apena.

—Lo estuviste. Quizás te parezca una tontería, pero recordaba tu olor por la manta que llevaba sobre los hombros. Eso hizo que, al cerrar los ojos, me sintiera cerca de ti.

Me besa, es un beso largo y dulce. Al separarnos, me da la mano, entrelazando nuestros dedos, frente a mi fotografía, y me la aprieta suavemente, mostrándome todo su apoyo.

Ha venido mucha gente, muchísima más de la que esperaba. No pensaba que mi trabajo iba a atraer a tantas personas. Beben, comen, hablan entre ellos, ríen y, sobre todo, observan las fotografías asintiendo con la cabeza. Recorremos la sala y me miran, alzan la copa con gesto de aprobación.

—Parece que les gusta.

—Te lo dije, claro que iba a gustar. Está siendo todo un éxito —me convence.

Las fotografías expuestas son una mezcla de mi vida en Steewon Village. Está la de la vaca con sus dos terneros, también una de cuando estuvimos de excursión y vimos a los castores y otra de la familia de patos que pasó por el lago de casa un par de veces haciéndome una visita. Me doy cuenta de que nunca antes había hecho tantas fotos de animales diferentes, y quedan preciosas aquí expuestas. Aunque no todo es de la fauna local, ya que en una aparece Rachel, bailando en el jardín de casa, con los ojos cerrados y los brazos en alto, dando vueltas, y se aprecia el movimiento, el sentimiento, la felicidad. Hay otra foto muy bonita en la que sale Kate riendo, riendo mucho, y a su lado James, con su sonrisa de enamorado, mirándola fijamente. Y no podía dejarme la de Tyler. Lo fotografié un día cuidando mis plantas, yo estaba cerca del lago, y se ve a Tyler, con sus *jeans* desgastados que se han convertido en mis favoritos por cómo le sientan, agachado, sonriendo, con mi casa de fondo. Ese es mi hogar. Hay algunas de mi trabajo en el periódico, de cómo va imprimiéndose todo hoja por hoja, con alguna de ellas movida por la velocidad de la impresión.

Noto que me tapan los ojos con las manos y Tyler dice un «¿quién es?» para que yo adivine

quién se esconde detrás de mí. ¿Quién puede ser?

Me deshago de ellas y me doy la vuelta.

—No podía perderme la inauguración de mi fotografía favorita.

—Jess, pero bueno, no me has dicho nada, ¿cuándo has llegado?

Hoy todos me acompañan: Jess, Kate, James, Rachel, los hermanos Count... están todos, y lo más importante, está él, a mi lado, apoyándome, sin soltar mi mano, transmitiéndome seguridad y tranquilidad.

Es difícil despertar pronto si has trasnochado tanto como anoche por la inauguración. En casa estamos las cuatro, ya que Jess y Rachel también han dormido aquí. Parecemos salidas de un capítulo de *The Walking Dead*, ¡qué pereza da empezar el día!

Abro la nevera con los ojos casi pegados del sueño, y mientras saco el zumo, suena el «bip, bip» de un mensaje. Es el móvil de Rachel. Pasados unos segundos, la miro y está petrificada.

—¿Qué pasa, Rachel? ¿Está todo bien? —pregunta Kate.

—Lisa, lee, por favor. —Y me gira el móvil de modo que veo la pantalla, me acerco y leo:

«Enhorabuena a tu nueva cuñada. Ya lo he visto en el periódico. ¿Seguro que están tan bien como parece? Ya lo veremos. Besitos. Miranda».

—¿Y seguro que ella no está para que la encierren? ¡Bah! —Encogiéndome de hombros trato de restarle importancia al mensaje. Tyler y yo estamos lo suficientemente bien y felices juntos como para que al llegar ella fastidie algo—. No le digas nada a tu hermano, por favor, él no se lo tomaría como yo.

—Lo sé. No le pienso decir nada. ¿Qué se cree? —Y niega con la cabeza.

Ha empezado el día un poco torcido, pero esta noche salimos y seguro que mejora la cosa. Siempre que veo a Tyler se me olvidan los problemas, su mirada me tranquiliza y sus manos evaporan cualquier contratiempo con solo rozarme.

Hemos hecho una pequeña merienda en casa, con chimenea y tortitas incluidas. Me encantaría vivir eternamente en estos días.

—¿Os vais a ir ya de una vez? ¡Después os quejáis si llegamos tarde! —Jess se queja a los chicos, que se van entre risas y burlas.

Tyler espera a que vaya a la puerta para despedirse de mí con un dulce beso en los labios, diciéndome:

—Nos vemos en un rato, mi chica.

Me ha gustado cómo se ha referido a mí como «su chica». Suena bien, suena bonito, y quiero que siga sonando así durante mucho, mucho, mucho tiempo.

Me he puesto un vestido de invierno gris, muy calentito, como si fuera un jersey, pero más largo. Quiero ir guapa y a la vez no pasar frío, así que también me pongo unos leotardos negros, por los que difícilmente pasará el aire, las botas y un sombrero. Mis Converse he tenido que dejarlas aparcadas un tiempo, no sabes el frío que está haciendo aquí. Pretendo ir diferente, ya que siempre voy en *jeans*, y es que hoy es un día especial, hemos dado un paso más Tyler y yo con la nueva galería y poniendo nombre a nuestra relación. Bueno, eso entre comillas, porque no hemos dicho la palabra «novios»; en cambio, se supone que así es.

Llegamos y está el Porter's Pub abarrotado, aunque aquí no hay esos empujones molestos del metro de Nueva York, por lo que por mucha gente que haya se está bien.

—¡Allí están! —Nos señala Kate al grupo que hay al fondo, donde están los hermanos Count, James y Tyler.

Cuando Tyler me ve, viene hacia mí, me alza con un abrazo y me besa. Me encanta su

espontaneidad y que le importe un bledo el qué dirán.

Su rostro refleja ilusión y plenitud; el mío, reciprocidad, y es lo mejor que puede pasar en el amor. Ante él mi corazón anda siempre acelerado, aunque me sienta relajada con sus abrazos y caricias.

Pasamos la noche disfrutando de los amigos, contentos de haber llegado aquel día a este pueblo y de haber conocido a gente maravillosa. El que esté aquí Jess lo hace aún mejor, aunque acabe por irse siempre por su trabajo en la *city*, pero esto se acerca a la vida perfecta.

Bailamos, bebemos, cantamos... Rachel va de un lado a otro, dando viajes a la barra para hablar con su ligue, sí, el camarero. Se van encontrando gente conocida del pueblo, se saludan, hablan, y, mientras, Kate y yo seguimos a lo nuestro.

Voy al baño, acompañada de mis dos chicas, y Tyler va a pedir unas bebidas a la barra. Le doy un beso y quedamos en encontrarnos en el mismo sitio.

—¿Le has dicho algo a tu hermano? —pregunto a Rachel.

—No le he dicho nada, lo prometo. No pienso fastidiar la noche —me responde, refiriéndose al mensaje desafortunado de esta mañana. Me abraza como si fuese una mala noticia, de las peores. Pero pronto se le olvida y se vuelve loca dando saltos, gritando y sonriendo.

Cuando salimos, me doy cuenta de que Tyler está cerca de la puerta, y ver esa otra cara conocida entrando al bar me sienta como una jarra de agua fría. El corazón se me acelera de la rabia. Es quien crees que es, sí, Miranda, con un vestido en el que puedo apreciar cada rincón de su anatomía y con unos taconazos que tienen que medir al menos quince centímetros. Él está raro, como si no fuese él, decaído, serio, y está a su lado. Ella tira de su mano y se lo lleva fuera del bar.

Poseída por la rabia, no espero ni un segundo para salir en dirección a ellos. No sé si ha venido a hablar con él, a volver a intentar conquistarlo o para fastidiarnos a todos, pero no quiero darle la oportunidad de que hablen sin estar yo presente. Si la última vez él huyó a otro pueblo durante días, no sé qué podría pasar ahora.

Kate no se ha percatado de que he salido a toda prisa, está ocupada con James. Pero Jess y Rachel vienen detrás de mí.

Cuando salimos, veo que hemos llegado tarde, puesto que Miranda ya está subiéndose a la parte trasera de un coche con cristales tintados. Nos mira, guiña un ojo saludando y desaparece de nuestra vista.

—¡Se ha ido con ella! —Me refiero a Tyler. Estoy en *shock*.

—No puede ser, ¿estás segura? No lo he visto subir al coche. —Rachel llama por teléfono a su hermano, pero no da tono, está apagado.

Me siento hundida, estoy sin habla. Esta mañana tuvimos esa conversación, y justo el mismo día lo veo irse con la ex que tanto daño le hizo, sin decirme nada, ni un «adiós». Estamos las tres tan sorprendidas que no podemos creérnoslo.

La fiesta se acabó para mí, y Rachel, Jess y Kate me acompañan porque tampoco les ha hecho ni pizca de gracia.

—¿Queréis venir a casa a ver si han ido allí? —nos propone Rachel. Pero odiaría tanto que al llegar nos los encontrásemos allí...

—Ni hablar, no pienso pillarlos con las manos en la masa —niego, rompiéndome por dentro.

Llegamos a casa y no puedo quedarme tranquila, voy de un lado a otro, incluso limpio. Son las tres de la madrugada y sí, estoy limpiando, y a ellas les preparo un *snack* con lo poco que encuentro en los muebles de la cocina.

—Lisa, siéntate con nosotras, deja todo eso, por favor —me anima Kate a estar con ellas.

Al sentarme no puedo evitarlo y me derrumbo llorando. Llantos que no cesan mientras ellas me abrazan, me animan e intentan que me calme.

Hemos conseguido dormir un poco, aunque mal, y tras una veintena de intentos de llamadas de Rachel a su hermano, sigue con el teléfono apagado.

¡Decidido! Estoy cansada de engaños, de que me hayan ocultado esto como si me tomasen por tonta, y no lo soy.

—Hum... Lisa, tienes que ver esto. —Rachel intenta contarme lo que está viendo en su móvil. Acaba enseñándomelo y es la cuenta de Instagram de Miranda, que acaba de subir una foto junto a Tyler. Están en la cama, él dormido y ella con su cara de seductora mirando con ojos entrecerrados a la cámara. En el pie de foto pone: «Mi buen despertar».

Tiemblo de la rabia, aprieto la mandíbula y los puños. Me siento impotente e inútil.

—Chicas, lo siento, me voy unos días a despejarme —digo tras preparar una mochila con un par de conjuntos básicos. En lo que menos puedo pensar ahora es en ir conjuntada y mona a donde quiera que vaya.

Ellas no me detienen, solo se despiden con un abrazo de los que te hacen saber con total seguridad que están ahí para lo que necesites. Se lo agradezco con lágrimas a punto de brotar de mis ojos.

—¡Gracias! Podéis escribirme cuando queráis. —Estoy deseando recibir un mensaje diciendo que no era lo que vi, que no se fueron juntos, que fue todo un gran malentendido.

Me voy caminando hacia la antigua estación de trenes. Pongo música en el móvil y me coloco los cascos, prefiero escuchar música para no pensar y no darle vueltas a todo esto. Suena *Believer*, de Imagine Dragons, y camino a paso ligero.

Cuando estoy bastante lejos, me llama Rachel, y aunque reconozco que dudo si responder o no, lo hago.

—Dime, Rachel, estoy bien, ¿eh? He venido un momento a la estación antigua, a despejarme un poco, pero ya salgo para la actual.

—Lisa, mi hermano ha llamado, dice que no es lo que parece, que él no recuerda nada. No sabe qué ha pasado. Está preocupado por ti.

—¿Preocupado por mí? Yo no he pasado la noche con la bruja de su ex. Bueno, gracias por contármelo, Rachel. Esto no cambia nada, nos vemos en unos días. —Y tras esto, corto la llamada al instante.

Una vieja estación, completamente vacía, donde el frío provoca que al respirar salga humo por mi boca. Solo quiero perderme y poder secar mis lágrimas con el tiempo. Sé que esta estación está abandonada, que no es donde puedo subir a un tren o a un autobús que me lleven lejos, pero quería venir a este lugar, a despejarme, a pensar o a parar de hacerlo, dejando que el aire helado choque contra mi cara.

No consigo detener el tiempo, los minutos pasan sin importarles lo que nos sucede a los demás, si estoy disfrutando o si paso por el peor momento desde que estoy lejos de mi familia. Me siento caótica, con ganas de gritar, y pierdo las fuerzas cuando en mi mente vuelve a reproducirse el momento en el que los vi marchar juntos, cómo me miraba ella desde el coche o la imagen de su Instagram. Quiero caminar hasta que el sendero llegue a su fin, y en ese momento seguiré, sin dar marcha atrás, sin girarme. Debería volver, no huir de los problemas, sino enfrentarlos, encontrarme con ellos cara a cara y que me expliquen lo ocurrido, pero no puedo por más que lo piense. Soy una cobarde.

Silencio... aire... no se oye nada más, solo mis sollozos de vez en cuando. Hasta que se rompe ese silencio.

—¡Elisabeth! —Es él, alzando su voz. No me giro—. Lo siento, no es lo que parece. —Su voz se oye quebrada. Él también está afectado por lo sucedido.

No respondo y sigo dándole la espalda, con la cabeza gacha y las lágrimas mojando mis mejillas.

—Me lo ha reconocido esta mañana. Puso algo en mi copa sin que me diese cuenta para reducir mi voluntad y borrar mi memoria, pero solo fue una foto, no hizo nada más, no fue capaz. Lo hizo solo para fastidiar lo nuestro.

Mi enfado hacia él se va disipando, y solo se dirige hacia ella.

—Lo siento, de verdad, Elisabeth, tienes que creerme. ¡Perdóname! —Se acerca más, siento su respiración en mi oído—. ¿Puedo abrazarte?

Asiento, sin parar de llorar, sin poder moverme ni girarme.

Me abraza por la espalda y respiro profundamente. Lloro, lloro más fuerte, pero ese abrazo, su voz... hace que me sienta como en casa. Él es mi hogar, lo sé. Continúa abrazándome, y quiero quedarme así durante horas.

Tras un beso suave en el cuello, me giro muy despacio. Y al mirarme y percatarse de que mis ojos están hinchados por todo lo que he llorado, su cara se entristece, secándose las lágrimas con su pulgar.

—Tyler... lo que ha pasado... ¡Estoy rota! —Dolida me sincero.

—Un caramelo, por muy roto que esté, sigue siendo dulce. —Y me da un abrazo tan fuerte que todas mis partes rotas se recomponen.

Hace que sonrío, aun pensando en todo por lo que he pasado desde anoche. Tras un largo silencio, me pide:

—Por favor, no te vayas, no me dejes. —Nunca unas palabras habían cobrado tanto significado para mí.

—Ha sido demasiado, esa imagen estará en mi cabeza por mucho tiempo.

—Dicen que si amas algo hay que dejarlo ir, aunque me parece una soberana idiotez que cualquiera pueda hacer caso a es... —lo corto inmediatamente.

—¿Cómo? —Tras haberme dicho eso, lo miro a los ojos fijamente—. ¿Acabas de decir que me amas? —Eso significa lo que ha dicho, ¿no?

Está mirándome con sus preciosos ojos, aunque tristes, y cuando le pregunto, baja la mirada y se lleva la mano a la nuca, frotándose, nervioso.

—Yo también te quiero, Tyler —digo, haciendo que me mire con mi mano en su cara.

—Te amo, Elisabeth. —Resbala una lágrima por su mejilla y sus ojos empañados me miran. Sé que es verdad lo que me dice, tanto lo ocurrido con la bruja de su ex como lo que siente por mí.

Me quiere, y me quiere bien.

Esta vez soy yo la que seca su lágrima, y lo beso, como nunca antes lo había hecho. Lo beso, además de con ternura, con añoranza, con cariño, con pasión, y también con amor, ¡con puro amor!

—No me dejes, no te vayas, por favor, quédate conmigo —me suplica de nuevo con la mirada triste, aunque aliviada por lo que acabamos de confesar.

—Prométeme que siempre me seguirás buscando, que cogerás mi mano y no la soltaras jamás para que no me vaya de aquí. —El «aquí» lo digo con mi mano en su corazón, él sabe que es de su lado, no del pueblo.

Asiente y nos quedamos abrazados tanto tiempo que los minutos van desvaneciéndose. Ahora sí, el tiempo se vuelve inexistente.

El aire helado hace que empiece a tiritar, y aunque esté entre sus brazos, el lugar más cálido del mundo, tiemblo. Gota a gota, empieza a llover, una lluvia que no molesta porque es suave,

pero que al cabo de un rato nos acaba mojando por completo.

—¿Nos vamos de aquí, por favor? —le pido, esperando subir a la camioneta e ir a algún sitio solos para estar juntos durante horas.

—No he traído la camioneta, he venido corriendo. —Se avergüenza, y eso hace que me parezca más tierno si cabe. Después de todo lo sucedido sonrío, una leve sonrisa sincera que consigo que me quede presa de su cara iluminada.

Caminamos hasta llegar a casa, estamos solos, parece que las chicas han salido. Él pasa antes que yo y va directamente a coger la manta, la cual me echa por los hombros, tapándome para entrar en calor, y empieza a abrazarme y besarme.

Ha encendido la chimenea, por lo que pronto sobra la manta y nos sentimos más cómodos, pero nuestra ropa sigue calada hasta el punto de gotear.

—Cámbiate, no quiero que te resfríes por mi culpa.

—Será por culpa de Miranda. —Sigo enfadada, no con él, puesto que también ha sido una víctima, sino con ella, y espero no verla nunca más. Entonces su mirada se torna triste, y es lo último que quiero, que también por mí el Tyler de siempre cambie.

Él siempre ha tenido facilidad para sonreír y hacer que los demás sientan ese positivismo que desprende, pero ahora, por toda esta situación, está decaído.

—Es una buena idea, voy a cambiarme. Ven conmigo, que te dejo algo, también estás empapado de la lluvia.

—No me sirven tus vestidos, ¿me vas a disfrazar de ti? —Intenta imitarme, burlándose de mi ocurrencia.

—Ya buscaremos algo.

Subimos a mi habitación para elegir modelito, abro el armario y nos quedamos mirándolo de brazos cruzados. No puedo ofrecerle mallas, tampoco vestidos ni pantalones porque son demasiado ajustados. Lo miro de reojo y se me escapa una risa, él también ríe y no podemos parar. Decido coger dos pijamas, al menos estará cómodo hasta que se seque su ropa.

—Podemos bajar a dejar la ropa mojada frente a la chimenea —se me ocurre, y él asiente.

—Entra tú al baño, yo me cambio aquí. No miraré. —Me saca la lengua a la vez que me guiña un ojo.

Le doy un beso rápido y corto en los labios, con el pijama en la mano, para ir directamente al baño. Desde allí lo puedo ver, y no sé por qué, pero no cierro la puerta. Estoy en ropa interior. Él, tan caballeroso, no ha mirado ni un instante, solo inspecciona el pijama, seguro que imaginando cómo estará con él puesto. Frunce el ceño.

Me mira, me ha pillado infraganti mirándolo, lo que hace que mi corazón dé un vuelco al captar su atención. Agacho la cabeza, enrollándome de nuevo en el dedo un mechón de mi pelo. Hacía mucho que no me pasaba esto de estar tan nerviosa, y es que es una situación no muy común para mí.

Sonríe, y yo recuerdo que me dijo que le encantaba este gesto que hago cuando estoy nerviosa. Su irresistible sonrisa, acompañada de la dulce mirada y el sexi hoyuelo en la barbilla, hace que sienta un impulso, no acabe de ponerme el pijama y vaya directa hacia él para besarlo.

Se sorprende, pero me devuelve el beso, y que él aún esté con su ropa mojada no parece importarle. Cuando estamos juntos, no importa lo demás.

Me avergüenzo ligeramente por mi impulso y paro con el fin de alejarme un poco y dejar que se ponga cómodo. Agacho la cabeza y Tyler, con su mano en mi barbilla, hace que lo mire a los ojos.

—No te avergüences. —Me va conociendo bien.

Acaricia mi cara y baja por mi brazo hasta entrelazar sus dedos con los míos. Sus *jeans* desgastados están oscuros a causa del agua. Voy a sentarlo en la cama para estar con él, pero se muestra reticente. Me siento un poco tonta y me arrepiento de haber actuado de esta forma, y tras esto me dice:

—Es que tengo la ropa empapada, no quiero mojar tu cama.

Así que, sin dudar un segundo, retrocedo unos centímetros, lo justo para lentamente agarrar su camiseta y así poder ayudarlo a quitársela. Me retiro un poco y admiro ese cuerpo perfectamente musculado.

—¿Tú cuándo tienes tiempo de ir al gimn... —no acabo la frase porque coge mi cara y me besa.

Me besa y acaricia mi espalda, bajando sus manos poco a poco, centímetro a centímetro. Sus labios llegan a mi cuello, siguiendo el reguero de besos. Dulces y suaves besos que me hacen temblar y respirar entrecortado.

Al separarme, le doy un tímido beso por lo que presiento que puede pasar a continuación.

Un inoportuno mensaje llega a mi móvil y suena. No lo miro, aunque él trata de acercármelo, pero lo detengo, cogiéndolo de la muñeca. Me mira con paciencia, sin prisas. Ahora suena una llamada y sí que lo alcanza para dármele. Veo en la pantalla que es Kate, cuelgo y lanzo el teléfono hacia el pasillo, sin importarme si acabo haciendo un destrozo en la pantalla.

Sonríe, alzándose con facilidad, y me acomoda sobre él, abrazados, mirándonos. Me acaricia con una suavidad difícil de superar. Deseaba estar entre sus brazos desde hacía mucho. Me deja suaves besos sobre mi piel mientras, con delicadeza, desabrocha mi sujetador. Adoro esa forma que tiene de tomar el control de la situación.

Estoy esperando a que se quite el pantalón, y tras una profunda mirada, así lo hace, acelerando mi respiración.

Pronto estamos desnudos sobre mi cama, acariciándonos sin cesar, sintiéndonos el uno al otro, besándonos con la pasión y el anhelo que siempre hubo, pero que nunca nos atrevimos a mostrar...

Es maravillosa la sensación de ser uno, moviéndonos bajo la sábana, amándonos con miradas, gestos y palabras.

—Te amo, nunca me voy a cansar de repetírtelo. —Su voz susurrante, varonil y dulce, todo al mismo tiempo, hace que se me erice la piel.

—Ni yo de oírlo. Te amo, Tyler.

Hay besos desenfrenados, apasionados. El placer nos inunda, somos uno, y nos fundimos en un acto tan dulce y lleno de amor que acabo jadeando sin aliento.

Todo acaba con calma, sonrisas, sus tiernas caricias y su mirada cargada de sentimientos.

—Gracias por aparecer en mi vida —me susurra, con el aliento entrecortado, al igual que yo.

Capítulo 29

Oigo a alguien abrir la puerta de entrada y supongo que, al ver la chimenea, saben que estoy aquí.

—¿Lisa? ¡Has vuelto! Pero lo que me pregunto es: ¿cómo has encendido esta superchimenea? ¡Si cuando la encendemos se apaga en minutos! —está gritando. Me avergüenza cómo me está dejando, y a Tyler le hace más gracia aún. Reímos bajo las sábanas y continuamos abrazándonos y dándonos toda clase de besos.

—Ya bajo —le respondo, y enseguida me pongo en pie y me visto con lo que elegí—. Venga, ponte la ropa seca y vayamos abajo. No puedo esperar a verte con mi pijama de pelito rosa.

Él, haciendo burlas, se lo pone, sin rechistar siquiera. Está hecho un cromo, le queda ceñido y corto y yo no puedo evitar reír, aunque me tapo la boca de forma disimulada para que no se me note, pero es imposible, y suelto una carcajada de inmediato. Él niega con la cabeza y el ceño fruncido, en tono de broma.

Al bajar están las tres en el sofá. Jess, que se queda asombrada al vernos bajar, y más aún con estas pintas; Kate, que directamente se echa a reír sin parar, y Rachel, que se levanta loca de contenta a abrazarnos a los dos juntos dando saltitos de alegría.

—Uh, hermanito, has ganado el premio que llevabas ansiando todos estos meses —dice moviendo rápido las cejas cuando me mira.

—Yo no soy un premio —respondo con la cabeza alta.

—Estáis para haceros una foto para el recuerdo. ¿No os da vergüenza hacer este ridículo? — Jess con su característica amabilidad, pero nos hace sonreír.

—Pues venga, ¡a inmortalizar el momento!

Tras esto, nos hacemos decenas de fotos con el móvil Tyler y yo solos, y otras también acompañados de las chicas. Para el recuerdo como bien ha dicho Jess, porque dudo que esa situación tan rara se repita.

Pasamos la noche todos juntos, haciendo lo que hacíamos en la *city*: película, palomitas, risas, confesiones, juegos tontos, de los que jugábamos cuando éramos pequeñas... y Tyler incluido. Está cómodo, relajado, es uno más entre nosotras, y a las chicas parece gustarles su presencia porque es como un rayo de luz que todo el mundo necesita en algún momento.

El calor de sus manos sigue aquí, por cada rincón de mi cuerpo, y cuando lo miro noto que a él también le ronda por la cabeza lo sucedido en el día de hoy. Su mirada me sonroja, aunque ya no me da vergüenza estar junto a él, tocarlo, besarlo. Me ha ayudado a ser más segura, y así puedo disfrutar más la vida.

Capítulo 30

Desde entonces, hemos dormido juntos casi a diario en mi casa, y yo estoy llena de felicidad. Al irse Miranda, que supongo que se fue, se respira tranquilidad en nuestro entorno.

—Elisabeth, hoy tengo que llevarte a un sitio.

—¿Dónde? —pregunto ansiosa. Adoro sus planes.

—Es una sorpresa, no querrás que la estropee.

Cuando llega la tarde, viene Tyler a casa y, aunque tenga ya la suficiente confianza con nosotras y sea su segunda casa, es igual de educado que el primer día.

—¡Hola! ¿Se puede? —Cada vez que llega, se queda esperando en la puerta a que lo invitemos a entrar, pide permiso hasta para coger un vaso de agua.

—Venga, Tyler, que es como tu casa, pasa —le repite Kate siempre.

Hace un gesto de agradecimiento y se centra en mirarme a los ojos.

—¿Estáis listas? Los demás nos esperan allí.

Vamos en grupo, y ¡cuánto me gusta a mí este grupito que hemos encontrado! Siento que es una verdadera amistad y que podría contar con cada uno de ellos tanto en las buenas como en las malas.

Aparca la camioneta detrás de una especie de edificio, que no lo es porque solo tiene un par de plantas, pero es como un complejo turístico. Yo estoy sentada en el centro y ambos se bajan antes que yo. Tyler se acerca rápido, antes de que yo salga, y me tiende un pañuelo, diciendo alegre:

—Ahora me toca a mí darte la sorpresa. Venga, no puedes ver nada.

Sin quejarme, me doy la vuelta para que me vende los ojos cuando llegan los demás, y espero a saludarlos.

—Lisa, ¿preparada?

—Sssssh, calla, Rachel, que la vas a liar y fastidiarás la sorpresa —le espeta James.

Estoy deseando saber qué es, así que me doy la vuelta, dándole la espalda a Tyler, que me abraza por detrás, me da un ligero beso y, seguidamente, me venda los ojos con el suave pañuelo que me ha traído. Vamos hacia el lugar y camino de la mano de Tyler. No podría ir más segura con nadie más.

—Cuidado, no te caigas por el terraplén.

—¡Qué graciosa, Rachel! —le digo.

Paro cuando me dicen que hemos llegado, muevo las piernas, no sé si por el frío o de los nervios. Quiero quitarme esto de los ojos ya. Me llevo las manos a la cara, pero...

—Espera, paciente, que ya mismo estamos.

Escucho a los demás ir diciendo números, cuchicheando como si de un secreto se tratase.

—Siéntate, que tengo que cambiarte de zapatos.

—Pero ¿qué dices?, ¿zapatos? Una bolera al aire libre no, por favor, que ya perdí por goleada la última vez y no quiero que os volváis a reír —pido, aunque lo pasamos genial aquel día.

Me cambia los zapatos y me noto inestable, no me puedo poner en pie.

—Venga, puedes quitártela ya, si no vas a acabar cayéndote antes de tiempo.

Al retirarme el pañuelo veo una gran pista de hielo justo delante de mí. Hay poca gente, se divierten y patinan como si fuesen profesionales, o al menos con bastante soltura en el hielo.

—¡Me encanta!

—Lo sé, Elisabeth.

—No esperaba algo así, ni siquiera sabía que había pista de patinaje sobre hielo en Steewon Village.

—Por supuesto que la hay, cada año instalan una. En un pueblo famoso por sus deportes de invierno no podía faltar una pista.

—¿Cómo sabías que siempre quise hacer esto?

—Un pajarito me ha ayudado —lo dice guiñando un ojo a Rachel. Lo sabía, nos fuimos de Nueva York con la pena de no haber podido cumplir ese sueño, patinar sobre hielo en Central Park. Pero ahora lo cumpliré aquí, en el pueblo que me ha hecho crecer como persona y rodeada de amigos para toda la vida.

En los altavoces del recinto suena la maravillosa canción *Perfect*, de Ed Sheeran, y hace que me sienta aún más dichosa de todo lo que me rodea.

Tyler me tiende su mano y me pongo de pie con su ayuda, pero estoy más inestable de lo que imaginaba en mis pensamientos cuando patinaba haciendo piruetas como en las películas. Vale que no dé saltitos y demás, pero una simple vuelta o levantar una pierna hacia detrás... En cambio no, ni andar puedo. La que me espera cuando pise el hielo.

—Creo que voy a necesitar rodilleras, coderas, casco...

—Yo te ayudaré.

—¿Sabes patinar?

—Viviendo aquí desde hace veintisiete años, sí, un poco sí.

—¿Un poco? ¡Si de pequeños estuvimos en clases más de cinco años! —se chiva Rachel, y me hace reír la mirada de «¡cállate!» que le echa su hermano.

Como era de esperar, al entrar en el hielo mi segundo pie resbala, pero el chico de mis sueños está ahí, a mi lado, para sujetarme e impedir que caiga, al menos ahora. Voy agarrada al borde de la pista, intentando aprender, paso a paso, el complicado mundo del resbaloso hielo.

Todos patinan a las mil maravillas, dando vueltas como profesionales por toda la pista, mientras Kate va a su ritmo, aunque no se le da mal, y Tyler me está ayudando.

—¿Quieres ir a divertirte con los demás?

—Estoy exactamente donde quiero estar.

Me coge de la cintura y de la mano para separarme un poco de la barandilla. Y aunque me tambaleo ligeramente, él hace de mi pilar para que esté estable sobre las cuchillas de los patines. Es una sensación rara, no pisar en firme y poder caer en cualquier momento, pero estar sujeta a Tyler hace que mis miedos se disipen, al menos un poco.

—Aprendes rápido, pequeña Elisabeth.

—¡Calla! Que me desconcentras con esa voz tuya. ¿Quieres no ser tan rematadamente sexi un momento? ¡Por favor! —Es que con el gorro de invierno que lleva me hace babear y no poder quitarle ojo.

Nos reímos y voy relajándome en el hielo. Con su ayuda, hemos llegado al centro de la pista, y me gira hasta estar frente a él. Casi me caigo, aunque siempre llega a tiempo con su mano en mi cintura, dándome la estabilidad que necesito. Estabilidad no solo con los patines, sino en mi vida. Su mirada color aguamarina y ámbar me nubla los sentidos y percibo la intención que tiene ahora mismo.

—No, ahora no me beses, por favor, ¡quita! Que como lo hagas me caigo —digo bromeando y dándole manotazos cariñosos.

Él se ríe y se acerca sutilmente haciendo que arquee la espalda, aun corriendo el riesgo de caer de bruces en un segundo, pero estoy segura entre sus brazos. Y cuando no puedo doblarme más,

agarrada por la cintura y la nuca, me besa, hundiendo sus labios en los míos, con intensidad, con pasión, rozándome con su lengua y sonriendo al dar por finalizado el beso.

—Y yo que creía que todos estos momentos solo pasaban en las películas —logro decir sin apenas respirar. Me falta el aire de la excitación.

—Eres tú la que hace que me deje llevar. Hago lo que me pide tu mirada.

—Pero si te he dicho que no lo hicieras.

—Lo estabas deseando. —Saca la lengua haciéndome burla.

Viene Rachel y me coge de la mano, pero sigo teniendo la otra sujeta a la de Tyler. No pienso soltarlo, porque gracias a él estoy en pie, sin que mi culo haya tocado el suelo, por el momento.

—Venga va, vente conmigo, deja al tortolito un rato —suplica Rachel.

Miro a Tyler, que me observa con media sonrisa y encogiendo los hombros. Suelto su mano, aunque me cueste horrores porque sé que ella no va a poder conmigo como lo hace su hermano.

—Ten cuidado con ella, no te pases —le advierte.

Nada más soltarlo, mis pies tiemblan, pero Rachel cogiendo mi mano y mirándome a los ojos consigue que me estabilice.

—Vamos, Lisa, tú puedes.

—Con esa confianza que tenéis todos en mí ganaría hasta un concurso.

—Ya lo hiciste, bueno, segundo puesto. Pero para nosotros ganaste —dice Tyler alzando la voz por estar ya a unos metros, aunque sin quitarnos ojo.

Estamos pasándolo genial, nos divertimos mucho, y aún no ha habido ninguna caída, lo que me sorprende. No hay apenas nadie porque es temprano, ya que, según los chicos, esto se llena por las noches. Tendremos que volver a probar la experiencia con la pista llena, imaginando que estamos en Central Park, aunque no tenga nada que envidiarle.

Ha pasado ya como media hora y seguimos en pie, sin culazos en el hielo, ¿a que no te lo esperabas?

Sin embargo, cuando veo a lo lejos esa figura estirada y apretada como un chorizo, no puedo evitar que se me hiele cada poro de la piel. Nos percatamos todos de su presencia y a nadie parece agraderarle. Veo a Tyler haciéndose pequeño, no es el chico seguro y fuerte que es conmigo.

—¿Qué haces aquí, Miranda? —pregunta seria Rachel.

—Vengo a hablar con tu hermano. —Y entonces dice mirándolo a él—: Para que te vengas conmigo.

—No hay ningún sitio al que quiera ir contigo, Miranda. Déjanos en paz de una vez por todas, por favor.

—¿Prefieres estar con... esa? Si es una chica del montón, yo en cambio...

No dejo que termine la frase, me armo de valor y, aunque Tyler haya endurecido su rostro, fruncido su ceño de la rabia y apretado los puños, pongo mi mano en su pecho para que me deje a mí responderle. Solo la presencia de Tyler ha hecho que me sienta segura, y Miranda no va a intimidarme.

—En cambio tú ¿qué? ¿De verdad piensas que una persona como Tyler estaría a tu lado? Mírate, puedes ser todo lo exuberante que quieras ser... —Sonríe creyendo que es un piropo—. Pero por dentro no vales nada. Hiciste daño a esta familia, y yo no voy a tolerar que vuelvas a hacerlo. Tyler es feliz ahora. —Lo miro y asiente sonriéndome. No suelta mi mano, y yo no puedo creer lo segura que estoy—. Y seguirá siendo feliz si tú no estás aquí. Si no lo ves, tienes un problema. Deberías meterte eso en la cabeza.

Me siento poderosa enfrentándome a quien tanto daño ha hecho a mi chico y diciéndoselo todo a la cara, olvidando los miedos y las inseguridades. Eso no quita que por dentro esté muriendo de

nervios, me tiembla todo, pero afortunadamente estoy al lado de Tyler, que sujeta con firmeza mi mano, transmitiéndome su apoyo. Recuerdo quién fui antes de llegar al pueblo y en lo que me he convertido, en una chica capaz de hacer lo que se proponga, segura y fuerte; bueno, solo a veces, pero me siento orgullosa de mí misma.

Se la ve dubitativa, parece que nadie antes la había puesto en su lugar como acabo de hacer. Entonces sacude la cabeza, alza la barbilla mostrando superioridad de nuevo y, dirigiéndose a Tyler, dice:

—No hagas que una niña hable por ti. ¿Tú qué prefieres? ¿La prefieres a ella o a mí? Acuérdate de los momentos buenos que pasamos juntos. ¿Qué eliges?

—Elijo sentir, vivir, ser feliz, y con ella lo tengo todo. No pienso vivir a medias, porque con Elisabeth me siento completo y hago lo posible para que ella también lo sienta así.

Se lo ha dejado claro, y en los ojos de Miranda veo decepción, tristeza... ¡A buenas horas muestra su humanidad!

Si Tyler tiene algún fallo es este, que no se enfrenta nunca a sus problemas, prefiere huir hasta que estos desaparezcan, como con Miranda. Pero me he cansado de que siga rondándonos a todos, rompiendo nuestras sonrisas, aunque sea por poco tiempo. ¡Se acabó!

Miranda, a golpe de melena, se gira bruscamente, y dando pasos agigantados con sus largas piernas y sus enormes tacones desaparece de nuestra vista. Espero que para siempre.

Todos me miran sorprendidos, me sorprende hasta yo de lo ocurrido. Parece que, si dañan a los que quiero, muestro uñas y dientes sin pensar en nada más. Me giro para abrazar a Tyler y me sorprende de la música que se escucha por los altavoces, estaba todo tranquilo hasta que se ha empezado a oír *You And Me Song*, de The Wannadies, y caigo de culo al suelo. Parece que lo han hecho adrede, y doy una palmada en mi frente avergonzada.

—No me puedo creer que me caiga ahora, justo cuando había conseguido ser la guay del grupo.

Mis amigos ríen a la par que yo, y Tyler me tiende la mano y hace que me ponga de nuevo en pie.

—Lo siento, preciosa Elisabeth. ¿Estás bien? —Sigo quedándome embelesada con su voz y sus labios cada vez que pronuncia mi nombre.

—Tengo el culo mojado, pero estoy bien.

—No me refiero a eso. Lo que acabas de hacer ha sido... —Está sin palabras, y por más que lo dejo acabar la frase, no lo hace.

—Estoy bien, mejor que bien, estoy contigo, con vosotros. No podría estar mejor.

—Siempre estoy pensando en nosotros, y sé que diciéndote esto soy muy egoísta, pero... por favor, Elisabeth, quédate conmigo, no te vayas de Steewon Village.

—No me iré a ninguna parte, estoy donde tengo que estar.

Frente contra frente, manos entrelazadas, sonrisas, ¿puedo pedir más? Solo el cálido abrazo que me da, recomponiendo todas mis piezas, como siempre ha hecho, reforzando mis partes más débiles, ayudando a mi nueva YO.

Estos meses me han hecho fuerte y me han ayudado a estar segura de mí misma, a no hacerme pequeña ante los problemas. Soy una Lisa diferente a la que llegó aquella noche al pueblo, y estoy feliz de haberme convertido en lo que soy. He llegado a completarme gracias a mis amigos y, sobre todo, gracias a él. Mi chico de mirada aguamarina y ámbar.

Y rodeada de amigos, de naturaleza, de abrazos y de besos de película, me siento la chica más dichosa del mundo.

Agradecimientos

Pasaría horas nombrando a quiénes dar las gracias, pero intentaré no extenderme, lo prometo.

Gracias siempre a mi familia, cada uno de ellos, por estar a mi lado, por escucharme, por apoyarme en momentos en los que ni yo misma creía en mí, por sus palabras sinceras y sus consejos de sabios.

Gracias sis, por ir de mi mano, por darme inspiración y con una sonrisa estar siempre dispuesta a ayudar. Eres fuerte, valiente y conseguirás todo.

A mi papá y mamá, porque sé lo orgullosos que se sienten siempre. No os puedo querer más.

A mi tía, la gran lectora de la familia, dándome en cada momento consejos e ideas.

A mi pareja, por darme el piquito de chocolate de los helados solo para que sonría.

Gracias family, de verdad, no imagináis lo importante que sois en cada paso que doy.

Y ahora destaco a mis dos chiquititos, durmiendo plácidamente a cada lado, todas las noches, mientras yo escribía en el ordenador, silenciosa.

A Rocío, Ropunto Ilustración, por hacer realidad la portada perfecta que tenía en mente y sentir lo mismo que yo.

A mis compinches, que escuchan ansiosas cada pequeña noticia del libro, deseando saber más, con ganas locas de leerme. Caro, Marta, María, Carla, Carmen, Moruena, Irene.

Gracias a ti, por llegar hasta aquí, por tener mi sueño en tus manos, por acompañarme en esta aventura. ¿Me acompañas en la siguiente? Porque ten por seguro que no voy a parar.

Sobre la autora



Enamorada de mi ciudad natal, inspirada por cada uno de sus rincones, he pasado muchos años soñando con poder llegar a escribir un libro.

Adoro Viajar y así poder inspirar mis historias en los romances que llevo a imaginar desde mi mirada de turista.

Mente inquieta, siempre entre manualidades, amante de los momentos y sentimientos. Cuentacuentos, payasa, cantante, enfermera..., a tiempo completo por tener dos pequeños monitos, y muy feliz por ello.

Así puedo describirme aun sabiendo que me dejo muchas cosas en el tintero, pero estaré encantada de hablar contigo a través de mis redes sociales.

Anna Bissette

